

ANTONIO SCHLATTER

*A la mesa
con Dios*



PATMOS
LIBROS DE ESPIRITUALIDAD

RIALP

ANTONIO SCHLATTER

*A la mesa
con Dios*



PATMOS
LIBROS DE ESPIRITUALIDAD

RIALP

ALA MESA CON DIOS

Antonio Schlatter

A LA MESA CON DIOS

EDICIONES RIALP, S.A.
MADRID

© by Antonio Schlatter
© 2016 de la presente edición, by
EDICIONES RIALP, S. A., Colombia, 63.
28016 Madrid
(www.rialp.com)

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopias, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir, fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-321-4631-2

ePub producido por Anzos, S. L.

INTRODUCCIÓN

«La Sabiduría edificó su casa,
asentó sus siete columnas;
inmoló sus víctimas, mezcló su vino,
preparó su mesa»
(Pr 9, 1-2)

La Biblia nos enseña que, desde el comienzo de los tiempos, Dios puso al hombre en un jardín lleno de árboles frutales y alimentos sustanciosos (*Gen 2, 9*), y que, al final de los tiempos, ese mismo Dios llamará a mi puerta, entrará en mi casa y cenará conmigo (*Ap 3, 20*). Y entre esos primeros y últimos tiempos, Jesús ha venido para mostrarnos el camino más divino y más humano para llegar a Dios. Lo que vemos de nuevo es que el Evangelio, al narrar de un modo conciso los hechos ocurridos durante sus 33 años de vida en la Tierra, no cesa de mostrar entrañables escenas en las que Él mismo da el alimento necesario a quienes le rodean. Más aún, llega al paroxismo y Él mismo se hace alimento.

De este modo, en la necesidad básica, más fisiológica y material de la vida humana —la comida— los cristianos hemos aprendido a encontrar a Dios.

Resulta por eso paradójico que en estos tiempos de tanto interés por la comida, en los que la mayoría de los biólogos son partidarios del materialismo filosófico y metodológico (“eres lo que comes”), los católicos no hayamos sabido del todo enseñar que es precisamente la comida el camino que Dios emplea para acercarse al hombre.

Mostrar dicho camino sería el primer y principal motivo que me ha llevado a escribir estas páginas. Otra razón ya indirecta hace referencia a la lectura de un libro concreto —muy recomendable, por cierto— acerca de la antropología de la comida, que un día cayó en mis manos y leí de un tirón. Se trata del libro de Leon Kass, *El alma hambrienta*^[1].

En él, su autor señala la supremacía de la *forma* sobre la *materia* respecto a los alimentos. La prevalencia de la forma sería el elemento distintivo del proceso humanizador del hombre como nutriente respecto —y a diferencia— a los demás seres vivos. Esto es: el comer verdaderamente humano y la evolución del propio humanismo se distinguiría del comer de los demás seres de la Creación, no tanto en lo que comemos como específicamente en muchos aspectos formales que han evolucionado con el paso de la Historia del ser humano, y que son los que Kass va descubriendo en su obra de modo magnífico. El libro me encantó; sin embargo, al terminarlo, he de confesar que me dejó en los labios un profundo regusto amargo. Explico por qué.

Desde mis estudios primeros de Filosofía he procurado manejarme en categorías metafísicas y antropológicas que, al fin y al cabo, son las que ayudan a comprender nuestra realidad en profundidad. Por eso me alegró que *El alma hambrienta* rehabilitara la noción de naturaleza humana, al darle a la alimentación que tiene lugar entre personas una orientación y un fin muy superior a otras formas de comer propias del resto de los seres vivos.

Pero —y ese es el gran *pero*— pienso que Kass no logra alcanzar la grandeza de la naturaleza humana elevada por la gracia de Dios, redimida por Cristo, y por ello —él mismo lo comenta y lo lamenta— se queda a las puertas de escribir un último capítulo que cambia y eleva todo el contenido de sus argumentos: el capítulo sobre la Eucaristía.

La Sagrada Eucaristía no es para un católico un sacramento más, es el culmen y la fuente de toda la vida cristiana[2]. Es un alimento, Cristo hecho Pan para nosotros, y la Liturgia de la Iglesia es su ropaje, su única forma adecuada. De ahí se concluye que es la Liturgia el último y definitivo paso del proceso humanizador del hombre que se alimenta. Como en la Sagrada Hostia que Jesús muestra elevada en la famosa obra de Juan de Juanes, la Liturgia eucarística es el punto de fuga hacia el que han de converger todas las formas del comer verdaderamente humano.

Por eso no bastaba con añadir un capítulo sobre la Eucaristía para poder completar la obra de Kass, pues la Eucaristía es el alimento que da un nuevo sentido, verdadera razón de sentido, a todos los demás alimentos, y orienta toda comida hacia el único Banquete celestial. Hacía falta ver la comida tal y como la enseña el Evangelio.

Desde que Cristo se alimentó y se hizo alimento, cabe decir que el ser humano ya no come *igual*. Hay un modo de comer propio del hombre antes y después de la venida de Cristo a la Tierra, como hay un modo de vivir en general (de pensar, de vestir, de reír...) que es distinto antes o después de la llegada del Mesías.

Con todas las limitaciones propias de quien ahora escribe, estas páginas buscan profundizar en la antropología alimentaria a la luz de las enseñanzas de la fe católica, apoyándose en algunas escenas del Evangelio. Es el Espíritu Santo, autor del libro sagrado, quien mejor nos puede decir cómo se alimentaba Jesús, cómo valoraba la comida y las relaciones que esta trae consigo.

Tras un primer capítulo que engloba la idea del libro a partir del contenido de un cuento de Isak Dinesen (posteriormente trasladado al cine), *El festín de Babette*, los capítulos que se han escogido a continuación son escenas del Evangelio que tienen como contexto la comida. El primero, más genérico, sobre Belén, que trata acerca de la hospitalidad y el hogar. Los demás capítulos profundizan en actitudes humanas que la comida nos hace valorar y acrecentar: la indigencia, la intimidad, la excelencia... Otros sobre aspectos del modo de obrar divino de Jesús, que acaba siendo necesariamente humano: la sobreabundancia, la entrega, la misericordia, la belleza... Todos acaban describiendo al ser humano más humano, que nos lleva a ser delicados, a vivir el espíritu de servicio, a cuidar las cosas pequeñas o a ser permanentemente alegres. Miraremos a Cristo, nuestro único modelo, pero también con frecuencia a nuestra Madre la Virgen y a san José. En la mesa de la Sagrada Familia terminaremos estas páginas.

Por todo lo dicho, si hubiera que exponer en pocas palabras la tesis de este libro cabría resumirla en dos afirmaciones fuertes. En primer lugar, el ser humano no se distingue solo por la supremacía de la forma sobre la materia (que también) sino especialmente porque el alimento humano, desde la llegada de Jesucristo a la Tierra, no es ya ni será nunca *solo* materia. Cuando una persona se alimenta tiene lugar una transformación (como afirma acertadamente Kass), y además, de algún modo, una primera transubstanciación. La Transubstanciación que tiene lugar cada vez que un sacerdote pronuncia dentro de la Misa las palabras consacatorias (“Tomad y comed... Tomad y bebed...”) han cambiado también, y de modo radical, qué significa alimentarse para toda persona.

En segundo lugar, un corolario: elevada la materia hasta esas alturas, elevada la forma en esa misma medida. Las formas humanas de comer no responderán ya solo ni sobre todo a criterios estrictamente culturales o de etiqueta y buen comportamiento. Nuestro modo de comer debe ser también imagen y semejanza del modo que Cristo tenía de hacerlo y que el Evangelio nos muestra.

En unos tiempos en los que las creencias de las personas basculan entre un materialismo inmanente y un espiritualismo hueco, el cristiano debe saber reconocer a Cristo resucitado que se presenta al mundo en toda su humanidad tal y como lo hizo por primera vez en el Cenáculo de Jerusalén: «Soy yo, ¿tenéis algo que comer?». Todo ello para que los discípulos y nosotros tuviéramos claro que no se trataba de un fantasma sino de un hombre. Y cuando finalmente quiere hacernos participar de su Pasión, Muerte y Resurrección lo hace con su máxima expresión: «Tomad y comed».

Finalmente, a los motivos de fondo que, como hemos mencionado, me han animado a escribir este libro, se añaden otros más cotidianos pero no por ello menos importantes. Y es que, junto al Evangelio, la vida corriente, la de cada día... ¡nos enseña tanto! En mi caso —pienso que será algo común a tantas personas— la mesa familiar, las reuniones con seres queridos en torno a una comida, han sido siempre los momentos privilegiados en los que las almas se explayan, se unen y se alimentan más que el mismo cuerpo.

De ahí que en el capítulo de agradecimientos tendría que poner a tantas personas que me han enseñado a saber cómo ha de comer un cristiano; tendría que hacer historia de mis comidas y los comensales, de las personas que hicieron posible ese momento tan humano y tan divino que comienza con una bendición a Dios por todos los alimentos que vamos a tomar y acaba con una acción de gracias por todos los beneficios que recibimos del Señor. Así comienza y termina en realidad la vida misma. Más concretamente querría agradecer y dedicar estas páginas a todas las personas que obran en sus hogares cada día el milagro de la comida. En mi caso en concreto, a mi propia madre y a todas las mujeres que alimentándome cada día han sido y son también mi madre.

¹ Leon R. KASS, *El alma hambrienta*, Ediciones Cristiandad, 2005.

² *Lumen Gentium*, n.11.

1. EL FESTÍN DE BABETTE

Porque una artista jamás es pobre

Si me preguntaran cuál es mi película preferida, probablemente elegiría esa, *El festín de Babette*. Me alegró saber que también es una de las películas preferidas del papa Francisco. Una película deliciosa, basada en un cuento de la escritora danesa Isak Dinesen. El texto escrito es aún más delicioso. He repetido por dos veces el adjetivo “delicioso” de intento, porque la protagonista del relato es una experta y discreta cocinera que hace un “milagro” por medio de un banquete que ella misma prepara.

Para explicarlo bien y entender el sentido por el que traigo a colación aquí esta película, resulta necesario, aunque sea brevemente, explicar el argumento de la obra y en qué consistió aquel suceso extraordinario.

La historia se desarrolla en un pequeño pueblecito de un fiordo noruego llamado Berlevaag. Allí vivían dos damas profunda y estrictamente puritanas, Philippa y Martine, que dedicaban su vida a hacer obras de caridad y a leer e interpretar la Palabra de Dios con los demás habitantes. Todos ellos pertenecían a una secta piadosa que había sido fundada por el difunto padre de Philippa y Martine, antiguo deán de Berlevaag. La secta había alcanzado fama en todo el país. Sus hijas mantenían el espíritu de su padre y vivían entregadas a continuar su obra.

Tanto la película como el breve cuento reflejan a la perfección el ambiente escrupulosamente calvinista que se respiraba en el pueblecito. Aquellas hermanas estaban solteras porque su padre se negó a que se casaran con dos buenos pretendientes que tuvieron en su día y que, por diversas circunstancias, pasaron por la aldea. Martine podía haberse casado con el teniente Loewenhielm; y Philippa, que tenía el don de cantar maravillosamente, con el gran cantante de ópera Achille Papin, que quedó prendado inmediatamente del encanto y la voz de aquella muchacha. Las pretensiones de ambos se vieron frustradas por los deseos más fuertes del buen y estricto deán, que no quiso dejar libertad a sus hijas, para que pudieran de ese modo cuidarle a él y continuar su labor cuando él faltara.

Un día, en medio de una Francia convulsionada por la Revolución, Achille Papin escribió desde París una carta a aquellas damas pidiéndoles que acogieran en su casa a la portadora de la misiva, Babette, que huía de la ciudad para salvar la vida. Papin conocía el buen corazón de las hermanas y sabía también que Babette les ayudaría mucho.

Y así fue como aquella criada francesa vivió durante años en Berlevaag. Callada, sumisa, discreta... se fue haciendo al ambiente de la aldea. Babette, además de resuelta y sencilla, era sobre todo una experta cocinera. Supo mantener el espíritu puritano, de gran sobriedad, sin concesiones a los excesos, lleno de costumbres rígidas... solo que combinándolo con un gusto exquisito. Aquello hizo que rápidamente fuese una mujer muy querida por todos, a pesar de no pertenecer a la secta. Las hermanas dejaban hacer a Babette y le cobraron gran cariño, pues eran verdaderamente piadosas y les daba pena el triste destino de Babette. Philippa y Martine vivían, pues, felices.

Pero una gran y creciente preocupación ensombrecía aquella paz: ver que con los años el espíritu de su padre, de piedad y concordia, se había ido enfriando tanto entre los integrantes de la secta que todos en el pueblo sentían rencores y agravios, unos con otros. La unidad entre ellos se resquebrajaba a todas luces.

Fue entonces cuando dos acontecimientos cambiaron radicalmente el rumbo de la pequeña historia de Berlevaag. El primero fue la celebración del centenario del nacimiento del deán. Las hermanas se dispusieron a preparar muy ilusionadas ese aniversario con el deseo de que fuese un momento adecuado para lograr la reconciliación de todos los habitantes de la aldea.

Al mismo tiempo, Babette recibió la grata noticia de que le habían tocado 10.000 francos en la lotería. Decidió entonces hacer algo que a las buenas hermanas dejó estupefactas. Les pidió que le permitieran cumplir un deseo: preparar para el día del centenario una verdadera cena francesa, y pagarla además con el dinero que acababa de recibir.

Aquello, para una conciencia tan puritana como la de aquellas mujeres, era demasiado. La idea de un banquete les pareció que iba totalmente en contra del espíritu sencillo y austero que promovía la secta y que habían aprendido precisamente de su propio padre. No podían ver con buenos ojos ningún tipo de disfrute o placer de los sentidos, y menos aún ese día. Pero Babette lo pidió de un modo tan insistente y con tal elocuencia que se dejaron convencer. Ellas llegaron a pensar que sería más bien como una obra de caridad hacia ella. En este punto, animo al lector a leer cómo describe Isak Dinesen las pesadillas que tuvieron las hermanas aquellos días viendo los preparativos de la cena y sus terribles problemas de conciencia: los vinos carísimos de reserva; los *cailles en sarcophage*; la sopa de tortuga... ¡Pensaban poco menos que aquello les iba a condenar irremediabilmente a lo más profundo del infierno!

Y llegó aquel día. Y ocurrió el milagro.

Babette gastó toda su reciente fortuna en una magnífica cena. Y lo cuidó todo con tal esmero que aquel banquete tuvo un efecto transformador en todos los comensales. Entre ellos se encontraba el teniente Loewenhielm, ya mayor; aquella noche se curó por completo la herida que llevaba abierta durante años en el corazón, desde que se marchó

aquella vez de la aldea lejos de Martine. Fue entonces cuando pudo dejar aflorar sus verdaderos sentimientos y reconocer que «había vivido junto a ella cada día de su vida». Su improvisado discurso —uno de los momentos culminantes del relato— asombró a los comensales y a él mismo: «La gracia nos acoge a todos en su pecho y proclama la amnistía general. ¡Mirad! Aquello que hemos elegido se nos da; y aquello que hemos rechazado se nos concede también y al mismo tiempo. Sí, aquello que rechazamos es derramado sobre nosotros en abundancia».

Algo parecido ocurrió en todos los demás. La comida exquisita, los extraordinarios y refinados licores, la cuidadísima presentación de la mesa... el cariño que puso Babette en toda la cena transformó todos y cada uno de los corazones hasta devolverlos a su mejor versión. El regalo a los sentidos y la dicha del momento va deshaciendo la rigidez del mundo en que viven inmersos al mismo tiempo que desaparecen las hostilidades entre ellos, los viejos temores y los rencores.

Se cumplieron a la letra las inspiradas palabras con las que había comenzado su discurso el teniente: «Se han abrazado la misericordia y la verdad; la rectitud y la dicha se besarán mutuamente». «Era maravilloso —dice el relato— para todos ellos haberse vuelto como niños; era bienaventuradamente gracioso ver a los hermanos, que tan en serio se tomaban entre ellos, inmersos en esta especie de segunda niñez celestial».

El broche final lo pondrá la propia Babette. Al final del cuento, las hermanas le quieren agradecer la generosidad que ha tenido con ellas y el hecho de que en una sola noche haya despilfarrado todo su dinero y haya vuelto a la pobreza anterior. Pero Babette les sorprende de nuevo con una afirmación que va al núcleo del argumento de la obra: «¡Yo soy una gran artista!... Una gran artista jamás es pobre. Tenemos algo, *mesdames*, sobre lo que los demás no saben nada».

¿Qué es ese algo? Lo esencial. Un artista capta lo esencial. Y lo esencial, si bien es cierto que es invisible a los sentidos externos, un verdadero artista puede y debe transmitirlo precisamente a través de esos sentidos. De un modo semejante al modo de actuar de las hadas madrinas o de las brujas de los cuentos, con sus guisos y pucheros, Babette conseguirá transformar las almas a través de algo tan corporal como la comida y la bebida.

¿No nos recuerda esto casi inmediatamente a la Eucaristía? ¿No nos dice, en realidad... *todo*?

Los últimos párrafos del libro son antológicos. Babette les explica algo que ellas no pueden entender, pues sus esquemas mentales se lo impiden. Ella, con su arte culinario, es capaz de hacer felices y convertir incluso a aquellos grandes personajes malvados y crueles que iban a su restaurante de París —¡alguno de ellos fue incluso quien mató a su marido y a su hijo en la Revolución!—. Pero el poder de aquellas personas era al fin aparente, irreal, necio. Ella sabía cómo convertir esos corazones que, en el fondo, le pertenecían. Esa capacidad de darse y transformar era su recompensa y lo que llenaba de sentido su vida y su trabajo.

Y es que, si lo pensamos bien, ¿no es ese precisamente el fin de todo trabajo: transformarlo en algo que haga visible lo invisible y que cambie a las personas que lo

hacen y por quienes se hace? ¿No nos recuerda eso, vuelvo a decir, a la Eucaristía: una comida que primero transubstancia el pan y el vino en el Cuerpo y la Sangre de Cristo, haciendo visible lo invisible, y en un segundo momento cambia también a las personas que la reciben?

El cuento concluye con unas palabras maravillosas de una Philippa extasiada que muestra el deseo siempre reprimido de su corazón: «¡Sin embargo, esto no es el fin! Tengo la impresión, Babette, de que esto no es el fin. En el Paraíso usted será la gran artista que Dios quería que fuese. ¡Ah —añadió, con las lágrimas corriéndole por las mejillas—, cómo deleitará a los ángeles!».

El relato, como ocurre con las joyas literarias, cobra vida cuando termina y se proyecta hacia la eternidad. Isak Dinesen anima a sus lectores (sobre todo al público femenino, a quien iba dirigido de hecho este cuento) a que hagan suyo el espíritu que Babette manifiesta en sus últimas palabras: «A través del mundo se propaga un grito largo que brota del corazón del artista: ¡Dejad que lo haga lo mejor que me sea posible!».

Hasta aquí el desarrollo de la imagen. Y con esto se podría decir que «la comida está servida», porque todas las páginas del Evangelio son Palabra de Dios y al mismo tiempo alimentan el alma.

Pero si se trata de dar de comer, son más que suficientes los pasajes que aparecen en el texto sagrado que hacen referencia al ámbito culinario. Esas escenas son un lugar privilegiado para conocer la Humanidad de Cristo, pero también lo que ella oculta, su Divinidad. Cristo, como gran artista que es, sabe hacer de esos momentos que pasa en torno a la mesa el escenario adecuado para transformar los corazones que le rodean.

El papel sacerdotal que representa Babette aquella noche lo hace presente realmente Jesús estando a la mesa con sus padres en Nazaret, en una celebración de bodas en Caná, entre una multitud en la ladera de una montaña, en la fiesta que le organizan Zaqueo o Mateo, en casa de Simón el fariseo, en Betania junto a sus amigos... En todos esos escenarios, Cristo les hablará de aquel Banquete que Dios tiene preparado para los que le aman y, sobre todo, de aquella Última Cena que, como la de Babette, «cobra vida cuando termina y se proyecta hacia la eternidad».

Por eso hemos de darle siempre gracias a Dios porque haya tantas personas que hacen del hogar un espacio sagrado donde se oye resonar el eco de ese grito largo que se propaga a través del mundo y que brota del Corazón de Jesús: «¡Dejad que lo haga lo mejor que me sea posible!».

En el Paraíso, sin duda, ¡cómo deleitarán a los ángeles! Pero ahora ya aquí, en este mundo material hecho de sensaciones, sabores, gustos, olores... en este mundo donde podemos imitar a Jesucristo «que come y bebe»... en este mundo bueno, amable y divino en el que vivimos, estas personas... ¡cuánto deleitan a Dios!

2. BELÉN, CASA DEL PAN, CASA DE DIOS

Sobre la hospitalidad

«Cumplido el tiempo del alumbramiento», María dio a luz a la Palabra, que era la Luz verdadera que ilumina a todo hombre, «y le envolvió en pañales y le acostó en un pesebre, porque no tenían sitio en la posada» (Jn, 1, 9; Lc, 2, 7)[3].

En un lugar destinado a dar de comer a las bestias descansa el alimento del mundo. Envuelto en pañales la primera vez. Envuelto en pan cada vez que nace con cada Consagración eucarística.

No *envuelto* en carne, Jesús *es* carne: «*Verbum caro factum est*», el Verbo se hizo carne verdadera (Jn 1, 13-14). Carne física (*sarx*) con apariencia de pan. Alimento divino con apariencia de alimento humano que reposa sobre un pesebre. Nosotros mismos somos pesebres cada vez que le recibimos.

Nada más grande para una criatura que poder recibir a su Creador. Jesús, concedor de nuestra nada, se conformará siempre con lo que tengamos, incluso si no le recibiéramos se conformaría, tal como enseñan las escenas de su nacimiento en Belén.

Dios busca constantemente alojamiento

«Vino a los suyos y los suyos no le recibieron» (Jn 1, 11).

En la literatura clásica griega la hospitalidad era una exigencia fruto de la piedad. Se tenía la conciencia clara de que el extraño que llegaba a casa podría ser un dios, y como a uno de ellos se le procuraba recibir y tratar. La Biblia da un paso respecto al pensamiento pagano y nos recuerda cómo la hospitalidad hace recordar la posibilidad de lo divino en el ser humano; es como ofrecer un sacrificio a Dios. Basta pensar en la escena en el encinar de Mamré (*Gen* 18, 1-8), y compararla con lo que le ocurre a continuación a Lot y a su familia (cfr. *Gen* 19): cuando se trata mal a los forasteros —es la enseñanza— ni uno mismo ni su familia están finalmente a salvo.

Pero el Nuevo Testamento va mucho más allá. Dar hospitalidad a los hombres es ya mucho, pero aún no es suficiente. Lo propio del hombre es hospedar al mismo Dios que le busca y que, al mismo tiempo, le ofrece vivir de su indigencia. En el Cristianismo, Jesús no va “disfrazado”: *es de hecho un indigente*. Nadie más indigente, más anonadado, más menesteroso y despreciado que Él.

También en este aspecto su pobreza nos enseña nuestra verdadera riqueza. La criatura humana tiene tanta dignidad que puede abrir las puertas de su vida, de su cuerpo y de su alma, al mismo Dios. De igual manera nos muestra el modo extremo de malgastar la libertad que nos da: la asombrosa capacidad de negar la entrada a Dios. Tal y como lo recoge el Evangelio: «José, como era de la casa y familia de David, subió desde Nazaret, ciudad de Galilea, a la ciudad de David llamada Belén, en Judea, para empadronarse con María, su esposa, que estaba encinta. Y cuando ellos se encontraban allí, le llegó la hora del parto, y dio a luz a su hijo primogénito; lo envolvió en pañales y lo recostó en un pesebre, porque no había lugar para ellos en el aposento» (Lc 2, 4-7).

La venida de Cristo a la Tierra viene, pues, marcada por un hecho: Jesús no es acogido en el mundo que Él mismo ha creado. Y desde aquel día en el que Dios decidió bajar a la Tierra, vivir consiste en el deseo del hombre de hospedar a Dios que viene a nosotros y en el deseo de Dios de poder alojarse en nuestro muladar.

También desde aquel momento el Cielo y el Purgatorio no son más que frutos del deseo que Dios tiene de darnos y prepararnos para una morada digna para poder disfrutar de su infinito cariño y alegría. Del mismo modo, la infinita soledad y tristeza del Infierno es también el corolario lógico de quien decide no acoger a Dios.

«*Timeo Deum transeuntem et non revertentem*» («Temo a Dios que pasa y que no vuelve a pasar»), dirá san Agustín. Ese es el verdadero temor de Dios, primero de los dones del Espíritu Santo: el temor de hacer caso omiso al ruido que los nudillos de san José hacen en mi puerta cuando llaman pidiendo cobijo.

Dios crea un hogar para nosotros

Cristo viene a la Tierra con el propósito de enseñarnos quién es el hombre, para lo cual lo primero que necesitará es nacer en un hogar, en una familia, pues tener un hogar es una necesidad básica del ser humano.

Jesucristo quiso nacer en un hogar porque quiso ante todo tener una familia.

Nuestro Dios, el Dios de los cristianos, se distingue del Dios de otras religiones monoteístas entre otras cosas en que *es Familia*: Padre, Hijo y Espíritu Santo^[4]. Por eso, al venir a la Tierra, busca una morada familiar, necesita el calor de familia, el cariño humano de un padre y una madre, como toda criatura que viene al mundo.

La Sagrada Familia, formada por Jesús, María y José, es el modelo de toda auténtica familia humana. Jesús vivió treinta años de su vida con ellos, la mayor parte en Nazaret. De ahí que, durante los tres años de la vida pública, procure que sus apóstoles puedan encontrar en su cariño y compañía el ambiente que Él mismo pudo disfrutar en aquellos treinta años.

Es ese el motivo, por ejemplo, por el que tanto le gustaba ir a Betania, a la casa de unos amigos suyos donde se respiraba ese ambiente de familia. Asimismo, no deja de buscar constantemente ese ambiente allí donde se encuentre. Donde haya un alma que sea cristiana, allí habrá un hogar, allí habrá familia.

Jesús busca en nosotros un lugar acogedor, donde poder descansar y alimentarse... y muchas veces no lo encuentra. Lo sabía de antemano. Es ese y no otro, precisamente, el motivo de su venida, lo que viene a traer a la Tierra.

Jesús es nuestro descanso y nuestro alimento. Él viene, y desde que nace crea un hogar de una verdadera familia. Tal vez el lugar más pobre que nadie pudiera imaginar. Pobre, sí, pero hogar, hogar de familia, es decir, espacio donde se nos quiere por nosotros mismos, desinteresadamente.

Pastores y magos serán tratados con el mismo inmenso cariño y con la misma dignidad. Un lenguaje nuevo, una nueva y verdadera igualdad, una misma y única raza: la raza de los hijos de Dios que nos hace pertenecer a la misma familia.

La familia es pues la primera novedad que Jesús trae con su nacimiento. No significa que no hubiera familias antes de que Cristo naciera, pero quien faltaba era Dios; un “Dios habitante” en un hogar como el nuestro.

Lo que Él nos trae es un modo nuevo de ver la familia humana. Allí donde Dios pueda vivir como en su hogar, como en el hogar de María y José, allí habrá verdadera familia. Jesús hace del mundo un hogar infinito, y de cada hogar de familia, la casa de Dios.

Al igual que todo en el Cristianismo, también la idea de familia trae consigo una novedad radical, y aún en nuestros días, después de tantos siglos, sigue siendo novedad.

Así se comprende que la familia y el hogar sea todavía una institución muy atacada en la actualidad. No porque sea una institución anticuada (como suelen decir sus detractores), sino más bien porque sigue suponiendo una asombrosa novedad para muchos.

La novedad cristiana y el sentido de la Sagrada Liturgia

Cuando no se comprende bien el mensaje cristiano, nunca es por ser antiguo, sino por ser demasiado novedoso.

En el caso de la familia, que el mismo Dios quiera hacer del hogar familiar el modo natural de nacer y vivir es tan sorprendente que para muchos resulta escandaloso o ingenuo. Es tan radical y clara la idea de que Dios ha querido elevar la familia (padre, madre e hijos) y el hogar a su máxima categoría de primera institución natural, que no admite reduccionismos ni interpretaciones.

Por tanto, si bien se puede decir que antes de Cristo se vivía de algún modo la virtud de la hospitalidad, Cristo (que hace nuevas todas las cosas) le da a esta virtud toda su profundidad, y la llenará de sentido para siempre: «Venid, benditos de mi Padre, tomad posesión del Reino preparado para vosotros desde la creación del mundo. Porque... era peregrino y me acogisteis... Entonces los justos le responderán: Señor...

¿Cuándo te vimos peregrino y te acogimos?... Y el rey les dirá: En verdad os digo: cuanto hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí me lo hicisteis» (Mt 25, 34-40).

La tierra que pisamos es ya tierra sagrada, y como tal hemos de cuidarla. El cuidado de la Liturgia, el modo de preparar la llegada de Dios en el santo sacrificio de la Misa y de cuidar todos los detalles que tengan que ver con la Eucaristía, nos sirven de referencia para saber cómo hemos de acoger primero a Dios y, por ÉL, a las personas en la vida diaria, en nuestras casas y en nuestras cosas.

Y si eso vale para los aspectos materiales, cuánto más si se trata de pensar y valorar cómo recibimos al Señor en el momento de la Sagrada Comunión. El arreglo del vestido cuando vamos a Misa no es indiferente, ni lo es la puntualidad con la que llegamos a las celebraciones litúrgicas, o la atención que ponemos, o cómo nos preparamos interiormente.

Siguiendo el orden del modo de pensar cristiano: según cómo tratemos a Dios así trataremos a los demás. Cuando una persona cuida con cariño tantos detalles con Jesús hecho Pan, le resultará muy sencillo ser acogedor en su vida entera y tratar a los demás con esa delicadeza.

Belén, imagen de la Tierra entera

Repetimos. Dios ha venido a la Tierra, y desde entonces este planeta se convirtió en el lugar privilegiado donde Dios nació. Por tanto, es un lugar que hemos de cuidar, como nuestra casa y la casa de Dios.

No bastaría con lograr un planeta “sostenible”, como suele decirse. Eso está bien, pero sin duda se queda muy corto. El verdadero ecologismo será fruto de entender que la Tierra no es un lugar donde sostenerse, sino donde vivir, y que hemos de tratar como lo que es: nuestra casa y la casa de Dios.

Así también podría decirse, siguiendo el mismo razonamiento, de la familia y del hogar. Estos no son ya meros espacios donde una persona pueda solo mantenerse para hacer otras cosas más esenciales o para lograr el sostenimiento, con puro sentido funcional. Eso está bien, pero es decir muy poco.

Cristo ha venido a decirnos que en todo hogar puede y debe nacer Dios, aunque sea un establo. Cristo sabe acomodarse perfectamente a los establos.

Allí donde a Dios no se le deja nacer no habrá un hogar sino una pensión o una posada, donde ni siquiera los hombres podrán descansar por no dejar descansar a Dios, donde los hombres podrán morir pero no nacer, por no dejar nacer a Dios.

Jesús nació en Belén. Belén significa “casa del pan”, y el pan es el alimento humano por excelencia, más incluso que la carne. Decir pan es decir alimento en general: «Comerás el pan con el sudor de tu frente».

No obstante, comer pan, en su sentido específico, es ya dar un salto del animal al hombre, pues supone la superación inteligente de la incapacidad natural de digerir granos

de trigo. Lograr pan supone capacidad de elaborarlo (hacer harina, controlar la humedad, la cocción...) y dominio de las artes agrícolas (herramientas, animales...).

Comer pan supuso también —sobre todo— un cambio psicológico fundamental: con el pan llega la decisión del hombre de establecerse y permanecer en un lugar. Un lugar, además, abierto y expuesto. Trae consigo en general planear el futuro desde ese lugar en el que uno se establece. Comienzan las relaciones de propiedad y se siente la dependencia respecto a las fuerzas del cosmos. Con Caín comienzan las ofrendas al Cielo. El pan es un don de Dios, un regalo del Cielo, algo que hay que trabajar con esfuerzo pero también algo que viene de Dios: «Danos hoy nuestro pan de cada día».

La familia, el hogar, la mesa

Jesús nació en la casa del pan porque Él es el Pan de cada día que vino a la Tierra a alimentar a todos los hombres.

Jesús se alimenta, pero antes es alimento. Y no un alimento cualquiera, sino el alimento humano por excelencia que vino a establecerse en la Tierra.

A partir de Él, la humanidad se estableció y pudo llamar a la Tierra “su casa”, la Casa de Dios, Casa de Pan. La Tierra dejó de ser entonces un simple sitio donde una serie de especies tienen su morada, dominadas a su vez por una especie superior, la humana. La Tierra ha pasado a ser una casa infinita, un hogar donde poder crecer como hijos de Dios. Un espacio de cariño y de acogida.

Desde este punto de vista, ¡cuánto ayudan los numerosos pasajes del Evangelio donde Cristo va creando a su alrededor esa sensación de calor de hogar que toda persona necesita! Con frecuencia, como es lógico, lo hace en reuniones alrededor de una mesa donde comer juntos.

Lógico, decimos, pues es en la mesa donde uno se para y se sienta a tratar los asuntos verdaderamente importantes y esenciales de la vida. La mesa familiar, en la comida o en la cena, no es una mesa de negocios. Allí lo que se sirve es el amor, con sabor a cariño, y con el condimento de la paz y la alegría. En torno a la mesa se forja el hogar, y con él la familia, y con todo ello la persona.

Una familia, un hogar, una mesa... Esos son los lugares que Dios necesita para poder encontrar cobijo y sentirse en su casa.

Pensemos: ¿cómo andamos de hospitalidad? ¿Dejamos que el Señor entre en nuestras casas hasta la cocina, que se siente a la mesa con nosotros? ¿Son nuestras comidas remansos de paz y alegría —«la paz os dejo, mi paz os doy»—, donde las almas se sienten queridas y acogidas como verdaderos hijos de Dios y miembros de la misma familia?

Belén, Tierra, hogar de familia... nombres distintos para una misma realidad: la increíble realidad —inmensa dicha y privilegio— de que Dios haya venido a vivir junto a nosotros, en nuestra propia casa, como “uno más” de la familia.

- 3 Las notas bíblicas de este libro están tomadas de la Sagrada Biblia de la Universidad de Navarra, Eunsa, Pamplona, 1997.
- 4 Le debemos a san Juan Pablo II muchas y hermosas reflexiones acerca de este misterio-realidad. Nos llevaría demasiado lejos en nuestros comentarios, pero se hacía necesario sacarlo a la luz en este momento pues, no en vano, el misterio de la Santísima Trinidad, es el misterio central de nuestra fe y clave hermenéutica de toda ella.

3. Y ESTABA ALLÍ LA MADRE DE JESÚS

Sobre la excelencia

«Al tercer día se celebraron unas bodas en Caná de Galilea, y estaba allí la madre de Jesús. También fueron invitados a la boda Jesús y sus discípulos. Y, como faltó vino, la madre de Jesús le dijo:

—No tienen vino.

Jesús respondió:

—Mujer, ¿qué nos importa a ti y a mí? Todavía no ha llegado mi hora.

Dijo su madre a los sirvientes:

—Haced lo que Él os diga.

Había allí seis tinajas de piedra preparadas para las purificaciones de los judíos, cada una con capacidad de unas dos o tres metretas. Jesús les dijo:

—Llenad de agua las tinajas.

Entonces les dijo:

—Sacadlas ahora y llevadlas al maestresala.

Así lo hicieron. Cuando el maestresala probó el agua convertida en vino, sin saber de dónde provenía

—aunque los sirvientes que sacaron el agua lo sabían— llamó al esposo y le dijo:

—Todos sirven primero el mejor vino y, cuando ya han bebido bien, el peor; tú, al contrario, has reservado el vino bueno hasta ahora.

Así, en Caná de Galilea hizo Jesús el primero de los signos con el que manifestó su gloria, y sus discípulos creyeron en Él» (Jn 2, 1-11)

A las bodas de Caná también fueron invitados al banquete Jesús y sus discípulos, pero a san Juan, antes que nada, le interesa hacer mención de la presencia de la madre, protagonista principal de esta escena.

El comienzo de la manifestación de la gloria de Jesús y la inauguración de los tiempos mesiánicos tiene lugar en una celebración de bodas, en un banquete. Más adelante Jesús les dirá que «el reino de los cielos es semejante a un rey que preparó un banquete de bodas para su hijo...» (Mt 22, 1-14; cfr. Lc 14, 15-24). Un banquete al que no basta con ser invitado, sino que resulta necesario ir correctamente vestido y estar bien preparados.

Valor y sentido del vino en las celebraciones

Cuando los discípulos escucharan al Maestro hablar de banquetes, sus mentes evocarían aquellas jornadas en Caná: «Allí fue —pensarían— donde comenzó todo...». ¡Con qué naturalidad y con qué orgullo santo aquellos hombres disfrutaron de la fiesta, de la música, del ambiente de alegría, de los manjares, y por supuesto del vino, que no puede faltar en una celebración de bodas!

El vino es un producto adecuado en la mesa, pues manifiesta humanidad. Solo los seres humanos fermentan la uva. Los griegos afirmaban que debió ser un dios el que enseñó a los hombres cómo hacer vino, a tenor de los estados del alma elevados que inspira. Alegra el corazón, desata la lengua y aviva el alma. Bajo su influencia olvidamos nuestros problemas y hablamos con franqueza. El vino es un elemento que va más allá de la estricta necesidad —que en este caso sería calmar la sed— hasta alcanzar el ámbito de la libertad, donde el corazón y la mente son liberados por los placeres de la reflexión, la amistad, el canto y la espiritualidad. Todo ello va más allá de la estricta necesidad.

El vino representa y alienta esa vida elevada. En cualquier comida, el vino es un signo de libertad y gracia; y también su causa. Ofrecido a los invitados, es presagio de una generosidad natural, expresa confianza y deseo de intimidad.

Es cierto también que, como los otros alimentos y bebidas, participa de la ambigüedad moral de lo humano. Así, el vino bebido en exceso no eleva, libera o alegra, sino que más bien vuelve a los hombres salvajes. Pero ello no quita nada a la realidad de que el vino ofrecido sea una muestra humana de hospitalidad y ayude muchísimo a sentirse a gusto y en comunión con otros.

La escena de Caná de Galilea

Todo lo que hemos dicho hasta ahora acerca del vino era bien conocido por los judíos, y por ello era de los elementos más cuidados y abundantes en los festejos de bodas.

Según la costumbre de la época, duraban hasta siete días. A cargo de ese servicio estaba el maestresala, cuya misión en este caso consistía sobre todo en dirigir las mezclas del vino. El vino del país era tan fuerte que no se bebía nunca sin añadirle una cantidad de agua. A las órdenes del maestresala estaban los sirvientes. Mientras tanto, las mujeres —María entre ellas— preparaban los manjares.

Teniendo en cuenta todo lo anterior, lo que ahora relata el Evangelio no deja de ser sorprendente y, para los novios, bochornoso: «Y como faltó el vino, la madre de Jesús le dijo: No tienen vino». ¡Quedarse sin vino en una celebración de bodas...! ¡y más aún en Galilea, región marcadamente vinícola! Una vergüenza que María, puro corazón de madre, no podría soportar. Antes que el propio maestresala, Ella se hizo cargo de la situación y reaccionó.

Pero si sorprendente fue el hecho y la reacción, más aún la respuesta de Jesús: «Mujer, ¿qué nos importa a ti y a mí? Todavía no ha llegado mi hora». Es bien sabido que con la expresión «la hora de Jesús», Juan se está refiriendo a su Pasión y Muerte,

pero eso no implica que Jesús, conocedor de la situación angustiosa de ese momento, no debiera actuar.

Este pasaje resalta de una manera extraordinaria la esperanza segura de María, propia de una mujer, de una ayuda ulterior de Jesús. Era una esperanza que solo Ella podría tener, una esperanza serena, nada obstinada.

«Dijo su madre a los sirvientes: Haced lo que Él os diga». El mismo tono conciso, sencillo pero solemne, que empleó en su respuesta al arcángel san Gabriel: «Hágase en mí...». La esperanza de María aquel día es prelude de su esperanza el Sábado Santo, cuando —ya sí— había llegado la hora de Jesús. María sabía bien lo que decía.

Sobreabundancia y excelencia de las obras de Dios

Jesús manda llenar las vasijas hasta arriba, el vino convertido a partir del agua es de la máxima calidad y la cantidad es enorme (unos 520 litros) para una fiesta privada... Con estos datos «comenzamos a entender lo sucedido en Caná. La señal de Dios es la sobreabundancia»[5]. Y junto a la sobreabundancia, muy unida a ella, este pasaje nos habla de otra característica propia de las obras de Dios: la excelencia.

«Todos dejan el peor vino para el final y tú sacas al final el mejor». El vino de Cristo es el mejor. Es el vino con el que se celebra el compromiso, la fidelidad, el amor auténtico. Amores hay muchos, y todos son buenos, pero no *igualmente* buenos. El amor de amistad, el amor entre los novios..., el amor esponsal es el mejor. Trae consigo una unión, una entrega y una pureza total. No es ya un vino con mezcla de agua, sino agua transformada (transubstanciada) en vino.

Solo Dios puede lograr ese milagro. Por eso el matrimonio es un sacramento. El verdadero matrimonio supone una unidad, una complementariedad de sexos, produce algo distinto que la mera suma de dos personas, un amor novedoso y mejor. No es agua, ni mezcla... es vino excelente. Podríamos decir que tiene la denominación de origen más antigua de todas las marcas de amor que hay: la del amor original que procede de Dios: «Dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y serán los dos una sola carne».

Es cierto que luego san Pablo hablará del celibato por el Reino de los Cielos como un camino más excelente que el amor matrimonial. Pero no olvidemos que el celibato no es, de hecho, sino la sublimación del amor esponsal. Quien entienda el celibato como algo con un sentido meramente funcional, como un simplemente “estar más disponible” para las cosas de Dios, no lo entiende bien, pues la entrega a Dios en el celibato genera otro tipo de compromiso y de amor. También es amor esponsal, porque consiste —como el matrimonio— en darse del todo de forma prolongada, con el compromiso de no dejar caer el amor.

El matrimonio es una imagen real de la entrega de Jesucristo en la Cruz, de la Nueva Alianza. Pero también el celibato lo es, pues muestra de forma más plena aún esa entrega de Cristo no ya por una persona concreta, sino por todas las almas. El celibato

es, por tanto, la forma más excelente y sobreabundante de amor esponsal del alma con Dios, bien sea en la vida religiosa o en la vida cotidiana.

La santidad: el vino propio del Amor de Dios

Hablar de un vino o de un amor excelente, el mejor, lleva rápidamente a las comparaciones. Pero el Evangelio no busca eso, sino tan solo mostrar algo evidente: las obras de Dios son perfectas, y cuanto más dejemos intervenir a Dios, y solo a Él, más excelentes serán.

¿No nos habla ya todo esto con mucha fuerza de la santidad como algo accesible al ser humano, como algo que se alcanza solo y en la medida en que dejemos actuar a Dios y que, en la medida en que lo hagamos así, resulta algo incluso sencillo?

Hay que acabar con esa idea de la santidad como algo inalcanzable o para gente selecta. En una celebración sencilla de bodas, incluso cuando parece innecesario (y la santidad no es algo necesario), Dios puede obrar el milagro de la santidad a partir de lo más corriente. Más aún, es en esas actividades corrientes donde mejor puede actuar Dios. Le basta encontrar personas dóciles, bien dispuestas, transparentes y sencillas. Y a partir de ahí, “hacer lo que Él nos diga”.

El vino en la mesa es, por tanto, signo de excelencia, y es bueno que sea del mejor si queremos que cumpla su función. Hablamos —no lo olvidemos— de Dios y de la alegría que Dios ha venido a traer a la Tierra. Recuerdo a un famoso viticultor de Jerez que reservaba lo mejor de su cosecha para elaborar vino para la Misa. Para Dios debe ser lo mejor, pues nos da también lo mejor de su cosecha: su propio Hijo y su propia Madre. Igual que pone junto a nosotros personas capaces de diferenciar entre el amor de garrafa y el amor de la mejor cosecha.

No hay que ser expertos en enología para comprender que vivir solo con pan y agua es vivir en una cárcel de condena. Levantada la condena, redimidos por la sangre de Cristo, celebramos los tiempos mesiánicos, adelantamos las bodas del Cordero y necesitamos saborear el vino nuevo y eterno que será para nosotros bebida de salvación.

Por eso es tan conveniente que haya en la mesa un buen vino, y es tan trascendente la labor de esas personas que perciben su importancia: «No tienen vino». Son conscientes de que en esa mesa, entre otros convidados, está Cristo.

5 Joseph RATZINGER, *Jesús de Nazaret II*, p. 298.

4. UN HOMBRE DIO UNA GRAN CENA

Sobre los banquetes

«Cuando oyó esto uno de los comensales, le dijo:

—Bienaventurado el que coma el pan en el Reino de Dios.

Pero él le dijo:

—Un hombre daba una gran cena e invitó a muchos. Y envió a su siervo a la hora de la cena para decir a los invitados: “Venid, que ya está todo preparado”. Y todos a una comenzaron a excusarse» (Lc 14, 15-18).

Narra el Evangelio que un sábado Jesús entró a comer en casa de uno de los principales fariseos, que le observan. Cristo aprovechará una vez más esa situación privilegiada para seguir formando con calma a todos los que le escuchan.

Lo primero que hace es curar a un hombre que tenía la mano seca, para mostrar que ni el precepto sabático ni ningún otro precepto puede estar por encima de la caridad. A continuación les da una lección sobre la verdadera humildad: Cristo se ha fijado en que los que llegan a comer eligen los primeros puestos, y no debe ser así. Jesús señala a continuación qué actitud hemos de tener ante los pobres a la hora de dar un banquete: deben ser ellos —los pobres, los tullidos, los cojos, los ciegos...— los primeros invitados.

Uno de los que se encuentran sentados a la mesa hace en voz alta una reflexión: «Bienaventurado el que coma el pan en el Reino de los Cielos». Y sale de los labios del Señor una de las palabras más elocuentes del Evangelio, la parábola de los invitados a las bodas.

«Un hombre daba una gran cena e invitó a muchos...». Esa es la imagen del Reino de Dios: un gran banquete. La bienaventuranza eterna, simbolizada en un gran banquete, ya se recogía en el profeta Isaías: «El Señor de los ejércitos ofrecerá a todos los pueblos, en ese monte, un banquete de vinos añejos, manjares succulentos, y vinos exquisitos» (Is 25, 6).

Esa referencia a alimentos divinos que superan toda imaginación es una prefiguración del banquete eucarístico, y a su vez «la participación en la cena del Señor es anticipación del banquete escatológico por las bodas del Cordero»[6].

El banquete: la forma más humana de comer

La imagen del Cielo como un banquete ha sido muy recurrente, y ha incitado la imaginación de muchos a lo largo de la Historia. Pero si no queremos tergiversar las palabras del Maestro hemos de liberar esa imagen de todo el aspecto sensible que parece sugerir.

El banquete del que habla Cristo no es la versión cristiana de los banquetes de los dioses del Olimpo[7]. Aunque se viera de un modo más modesto y frugal, la idea de banquete a la que Cristo se refiere es muy diversa a las bacanales de las que disfrutaban aquellas divinidades paganas. En realidad —esto es esencial comprenderlo—, «el hecho de comer alcanza su forma humana cuando se transforma en banquete»[8]. Pensemos esto más despacio.

En el hombre, como ser que tiene existencia espiritual, lo biológico contiene un nuevo significado y una nueva profundidad; la comida tiene para él un sentido algo diverso del alimento para los animales. El banquete, no la simple comida, implica experimentar la exquisitez de la tierra junto a la compañía de otros. «La comida crea comunidad; el acto de comer está completo cuando se da en compañía, y la compañía alcanza su plenitud en la comunión del alimento... De este modo, la comida adquiere un profundo carácter interpretativo de lo que es el ser del hombre... Al comer, el hombre experimenta que él mismo no funda su propio ser... sino que está cimentado sobre *un doble con*: comunión con las cosas y comunión con el hombre; el hombre puede existir, por tanto, solamente en plural»[9].

Dos conclusiones se pueden extraer de estas palabras de Benedicto XVI. Una sencilla y superficial: lo incongruente que es comer en soledad. Y otra, más profunda: el hombre da al dato biológico de la alimentación una nueva dimensión: «Lo eterno se asoma por las ramas de la uniformidad de la cotidianidad humana» (Schleiermacher). Dicho con otras palabras: la dimensión sacramental de la comida eucarística se asoma por la forma humana de la comida, que es el banquete.

Detengámonos primero en la contradictoria idea de la comida en soledad para tratar luego de comprender por qué toda comida humana es, en sí, un banquete.

Comer solo es solo comer[10]

La necesidad de comer es el hecho más elemental de nuestra vida. Nos sentimos urgidos a comer en cortos intervalos de tiempo y ciertamente nadie puede hacerlo por nosotros: el comer es una función completamente particular. Además, en un mundo tan globalizado y atareado como el actual, los alimentos no son ya sentidos por el hombre desde el punto de vista de los contactos humanos. Ambos motivos han llevado a que en nuestros días se haya generalizado este modo de “comer solo” que, en efecto, acaba resultando “solo comer”.

Pero la comida compartida hace que la conducta humana sea más espiritual y social. La mesa tiene un gran sentido humanizador: «Contando con una cuidada mesa, donde

reposa el labrado cristal de las copas y la remansada oquedad de los platos, a través de un menú bien preparado, acompañado de un aceptable vino, se puede producir una admirable comunicación culinaria y convivial: se transforman los rostros y las miradas, vuelan cariñosas palabras y, al final, incluso los comensales pueden disponerse a cantar. Alrededor de la mesa, los comensales reciben un mensaje de amor y de belleza que puede operar una metamorfosis anímica, espiritual»[11].

El comer en compañía es el fenómeno por el que el hombre trasciende su animalidad: su necesidad biológica de comer no se satisface ya de manera puramente biológica[12]. Mientras que la comida solitaria se limita a esa función vital, la comida compartida entre varios expresa la comunidad y las relaciones entre los miembros que toman parte en ella. De ahí que la *exclusión de la mesa* signifique la exclusión de la comunidad (*ex-comunión*).

La comida en la mesa festeja de suyo nuestro ser de hombres en común. Por eso mismo tiene la comida en la mesa un carácter alegre, muy superior al que experimento cuando en solitario satisfago el apetito y saboreo los platos. Toda comida auténtica y humana es festiva, *es un festín*. Esto explica que cualquier acto de cierta trascendencia humana tenga forma de banquete.

Pasemos ya al aspecto más positivo de la cuestión, y veamos por qué se puede decir que el banquete —no ya la simple comida compartida con otros— es la comida propiamente humana. Para ello hemos de describir en qué consiste un comer “humano”, en el sentido más profundo de esa palabra.

En qué consiste el comer propiamente humano [13]

Lo primero que hemos de hacer a la hora de abordar este asunto es limpiar y purificar el propio concepto de banquete que en general manejamos.

Jesús hace referencia al banquete como algo aparentemente excepcional: en el regreso del hijo pródigo, cuando Leví le invita en su propia casa tras ser elegido como discípulo, en Caná de Galilea, al narrar los banquetes del rico Epulón y la pobreza de Lázaro...

Si de verdad comprendiéramos el valor de lo que somos y tenemos, el banquete sería lo normal, no lo “excepcional”. Nuestra actitud ante la vida ha de ser tan alegre y de tal gratitud ante lo que somos y recibimos que toda comida debería tener las características esenciales de un auténtico banquete. Y estas no son —vuelvo a insistir— las referidas a lo succulento de las viandas o al placer de los sentidos, sino a aspectos más esencialmente humanos. Un banquete pone de manifiesto todos los elementos y principios de *un comer superior*.

Cualquier banquete es un acontecimiento especial, un evento único e irrepetible. No sucede sin más: requiere preparación, planificación y cuidado. En los banquetes se eligen los invitados, que se preparan para la fiesta comportándose con elegancia; se les da la bienvenida, se cuida la conversación, el contraste de sabores y texturas en la comida... Todo es importante, también la presentación: vistas, olores, movimientos y sabores se

avienen en una experiencia estética, rica y armoniosa, elevándonos por encima de la imperiosa necesidad de comer para vivir. Se procura comer con el mínimo ruido, se prevé la disposición de los asientos según los diversos propósitos (honor, comodidad, apariencia, conversación...).

El modelo de banquete para un cristiano se parece bien poco al banquete de los dioses paganos del Olimpo. Toda la vida de Cristo se dirige hacia la Última Cena, que se renueva cada vez que participamos en la Santa Misa, el banquete eucarístico. En aquella ocasión es el mismo Cristo el que se preocupa de que aquella comida tenga las características propias del banquete pascual: los invitados están elegidos, su disposición en la mesa, el orden de las copas... La conversación no puede ser más cuidada: recoge en esencia todo el testamento que Jesús quiere dejar en el corazón de los discípulos.

Además, todo el cuidado de esa cena pascual no es sino la preparación del banquete que Cristo anuncia a sus discípulos: «Y os digo que desde ahora no beberé más de este fruto de la vid, hasta el día en que lo beba de nuevo con vosotros en el Reino de mi Padre» (*Mt* 26, 28; cfr. *Lc* 22, 18). Ese Reino de los cielos y ese Banquete es el que la Iglesia nos anuncia cada año durante el mes de noviembre, cuando nos anima a mirar al Cielo ya aquí en la Tierra: «Buscad las cosas de arriba; saboread las cosas de arriba» (*Col* 3, 1-2).

Al mismo tiempo, no nos olvidemos de lo que nos advierte Jesús a través también de san Mateo, refiriéndose a aquel invitado que no iba vestido con traje adecuado: «Amigo —le dice—, ¿cómo has entrado aquí sin traje de boda?» (*Mt* 22, 12). Y comenta san Agustín: «La mesa del Señor está dispuesta para todo aquel que quiera asistir correctamente. Pero es importante que cada cual examine el modo como acude al banquete. Tanto los invitados buenos como los malos se hallan presentes en esta fiesta... ¿Cuál es, pues, aquel vestido de fiesta?... Es el amor que procede de un corazón puro, de la conciencia recta y de la fe no fingida...».

Un Dios-Hombre dio una Gran Cena, y todos los hombres somos sus invitados. Cada domingo podemos degustar de ese banquete, que es memorial del banquete de Jesús y sus apóstoles en el cenáculo de Jerusalén la víspera de su Pasión y actualiza el otro Banquete definitivo.

Como la Virgen preparó aquella primera Última Cena, y acompañó a Jesús en su Pasión hasta el final, así también Ella nos ayudará a prepararnos para ese Banquete definitivo y a que toda comida ya en esta Tierra sea una imagen —si bien vaga— de la mesa del Cielo que un día no muy lejano podremos disfrutar: «Dichosos los invitados a la Cena del Señor».

- 6 JUAN PABLO II, Carta *Dies Domini*, n. 38. «¡Oh Sagrado banquete, en que Cristo es nuestra comida; se celebra el memorial de su Pasión; el alma se llena de gracia, y se nos da la prenda de la gloria futura!», reza la Iglesia en una antigua oración (*Catecismo de la Iglesia Católica* n.1402; vid. nn.1382-1405).
- 7 En realidad, incluso esa idea de Banquete en la Grecia clásica habría que matizarla mucho, porque responde más a la que nosotros nos hemos hecho que a la auténtica. Los mismos griegos sabían que en los ágapes el alimento fundamental era para el espíritu. Por eso dividían rígidamente estos entre el tiempo breve para comer —*syndeipnon*— y el eterno *symposion* para beber y dialogar.
- 8 J. RATZINGER, “La fundamentación sacramental de la existencia cristiana”, en Joseph RATZINGER, *Obras completas*, Tomo XI. *Teología de la Liturgia*, p.140. Las ideas que se exponen aquí deben mucho a ese trabajo del cardenal Ratzinger.
- 9 *Id.* p.142.
- 10 Sigo en este apartado el artículo de Juan CRUZ CRUZ “La soledad del que come solo”, en www.regusto.es. En esta página se encuentran aportaciones muy interesantes acerca de gastronomía y cultura culinaria.
- 11 J. CRUZ CRUZ, *La soledad del que come solo*.
- 12 También en el animal existe ese doble rasgo —individual y común— del comer. Pero en el caso del hombre se añade un elemento espiritual: la palabra. Al hablar en la mesa ya no formamos una comunidad meramente biológica, sino también espiritual. El animal, aunque esté en manada, siempre come solo: no habla. Por eso mismo, cuando el hombre come solo, lo que prima en él es la índole animal de su ser, no su aspecto espiritual.
- 13 Para este apartado se puede leer las consideraciones que hace Leon KASS en su libro *El alma hambrienta*, cap. V: “Libertad, amistad y filosofía: de la comida al convite”.

5. SI CONOCIERAS EL DON DE DIOS

Sobre la intimidad

«Llegó entonces a una ciudad de Samaría, llamada Sicar, junto al campo que le dio Jacob a su hijo José. Estaba allí el pozo de Jacob. Jesús, fatigado del camino, se había sentado en el pozo. Era más o menos la hora sexta.

Vino una mujer de Samaría a sacar agua. Jesús le dijo:

—Dame de beber —sus discípulos se habían marchado a la ciudad a comprar alimentos.

Entonces le dijo la mujer samaritana:

—¿Cómo tú, siendo judío, me pides de beber a mí, que soy una mujer samaritana? —porque los judíos no se tratan con lo samaritanos.

Jesús le respondió:

—Si conocieras el don de Dios y quién es el que te dice “dame de beber”, tú le habrías pedido a él y él te habría dado agua viva» (Jn 4, 5-10).

La escena no tiene lugar en torno a una mesa, pero es quizá una de las escenas donde mejor se muestra la Santísima Humanidad de Jesús. Y lo hace precisamente porque el protagonista es un Jesús cansado, sediento y con hambre, un hombre frágil y necesitado: como cualquiera de nosotros cuando se sienta a la mesa a mediodía tras una larga mañana de trabajo.

Veremos de nuevo cómo una situación tan cotidiana como esta se puede solventar como una necesidad fisiológica —un mero trámite diario— o puede llegar a ser un encuentro con Cristo que alcance toda la intimidad de la persona.

La sed de Dios

«Era alrededor de la hora sexta» —es decir, a mediodía, sobre las doce— cuando Jesús llegó a una ciudad de Samaría llamada Sicar, «fatigado del camino». Jesús se sienta junto a un pozo, en una escena sencilla de imaginar, entrañable, muy humana. Necesita reponer fuerzas. ¿No es impresionante la imagen de un modelo humano que, sin dejar de ser perfecto hombre, nos enseña que esa perfección no está reñida con la debilidad más básica?

La presencia de Jesús cansado nos hace perder el miedo a acudir a Él en tantos momentos en los que somos nosotros los que nos sentimos abatidos. «Cuando nos cansemos —en el trabajo, en el estudio, en la tarea apostólica—, cuando encontremos cerrazón en el horizonte, entonces, los ojos a Cristo: a Jesús bueno, a Jesús cansado, a Jesús hambriento y sediento. ¡Cómo te haces entender, Señor! ¡Cómo te haces querer!»[14].

Los discípulos han ido al pueblo vecino para buscar algo de comer. Jesús tiene sed, y está muy fatigado, pero ante la llegada de una mujer al pozo la sed de almas de Jesús pasa por encima de su sed corporal. Podría esperar perfectamente el regreso de los discípulos (más aún, se extrañarían —como así fue— de verle hablar a solas con una mujer), pero ve una ocasión para convertir a esa persona.

«Jesús le dijo: dame de beber». Quien pide ayuda es el Salvador. Dios pide ayuda a la criatura. ¿El mundo al revés? En realidad, es Jesús quien vuelve el mundo al derecho.

La mujer reacciona extrañada, pues los judíos no tienen trato con los samaritanos. Momento propicio que Jesús aprovecha para entrar de lleno en el tema que le preocupa: «Si conocieras el don de Dios y quien es el que te dice “dame de beber”, tú le hubieras pedido a él y te habría dado agua viva».

Una sed que calma la verdadera sed de las almas

A partir de aquí ocurre algo muy gracioso. La samaritana y Jesús, desde este momento, conversarán en dos planos totalmente distintos. Por un lado la samaritana, que tiene una visión plana de la vida y es consciente de todo el mal que ha hecho en su vida y lo lleva sobre su conciencia como un peso. Por otro lado, Jesús, que conoce esa situación perfectamente y se mantiene en un plano más elevado, sobrenatural. Con delicadeza inmensa Cristo irá llevando el alma de esa mujer por un plano inclinado hasta devolverle la esperanza de una vida nueva.

Jesús se presenta menesteroso, frágil. Esa actitud le sirve para que ella pueda acercarse a Él sin miedo y abrir el alma con confianza. Y a través de un diálogo de maravilla, extenso para ser una simple escena del Evangelio (Juan le dedica un capítulo entero) pero escueto para lo que supone una conversación de ese calado, los temores de la mujer van saliendo a flote y quedan al descubierto las miserias de su vida.

Como haría un buen médico, Jesús llega hasta el fondo de cada herida del corazón de la samaritana, no para ponerlas en evidencia o recriminarlas sino para comprenderlas, perdonarlas y curarlas.

El hambre y la sed física de Dios se sacia, al mismo tiempo que lo hace el alma de esa pobre mujer gracias a la misericordia del Señor. Ella es la verdadera indigente, aunque no lo parezca así si observamos la escena desde fuera. Dios tiene alimento de sobra, un alimento que ni ella ni los discípulos conocen: «Mi alimento es hacer la voluntad de Dios». Y la voluntad de Dios es redimir a todas las almas sin excepción. Jesús se alimenta sin necesidad de comer y sacia su sed sin beber agua del pozo. Él mismo es un pozo infinito de gracia.

Es en medio de las circunstancias más corrientes donde el alma debe encontrar a Dios: o le encontramos en medio de las circunstancias más corrientes de la vida, o no lo encontraremos nunca.

Hambre de almas, almas hambrientas

Demos un paso más. Solo cuando descubrimos la indigencia en la que se encuentra una persona cabe verdaderamente descubrir y conocer quién y cómo es Dios: «Si conocieras el don de Dios...». Esto es: ojalá descubras que las cosas que se dan por justicia, que se compran y venden, que se negocian y se deben... no tienen más valor que el que humanamente se les dé.

Ahora bien, cuando alguien no tiene nada que dar, cuando lo único que cabe es recibir de un modo inmerecido, cuando se vive solo de lo que se recibe gratuitamente, cuando se vive —digámoslo así— «pasivamente» recibiendo de Dios antes incluso que dándole a Dios algo... entonces es cuando se vive vida divina[15].

La lógica divina es la lógica del don. No bastan los criterios de la sola justicia, no es un trato entre iguales ya que nunca podremos dar a Dios lo mismo que Él nos da. Como ocurre en esta escena, no somos merecedores del trato que Dios nos dispensa, que va infinitamente más allá de lo que se esperaría del Señor.

Justo porque no hay trato entre judíos y samaritanos, y justo también porque su situación es de extrema necesidad y abandono, el Señor sabe sacar de esa mujer lo más valioso. Jesús bucea en el hondón del alma de la samaritana, limpia su fondo más íntimo de toda la basura que tenía y le hace recuperar su dignidad. Le devuelve el entusiasmo y con él su orientación vital.

Sin llegar a la trascendencia que en ese mismo sentido alcanzará la escena de la Última Cena, ya aquí se deja ver claramente que la necesidad de comida o bebida se pueden ver de dos modos diversos. Podría tratarse simplemente de una necesidad básica que hay que cubrir, y con ello sin duda se estaría respondiendo a nuestro ser animal de modo racional, o bien podría ser que en esa mujer y en cualquier persona viéramos antes que nada *no ya un cuerpo hambriento sino un alma hambrienta*[16].

Vivir es crear lazos, cuanto más libres y gratuitos mejor. Y también serán mejores nuestras relaciones cuanto más alcancen al núcleo de la persona, a su intimidad.

Pues bien, es experiencia común que en torno a una mesa, donde varias personas se disponen a compartir una buena comida, no se calman ya solo las necesidades biológicas básicas. La mesa es un lugar privilegiado donde crear lazos fuertes e íntimos con los que poder saciar las carencias esenciales de las almas: el hambre de cariño, la sed de ser amados, el ansia de trascendencia.

Llegaron los discípulos, que habían ido al pueblo a comprar alimentos. Y le dicen a Jesús: «Maestro, come». Y tras su respuesta —incomprensible para ellos— («yo tengo para comer un alimento que vosotros no conocéis»), la pregunta: «¿Le habrá traído alguien de comer?». Por un lado no, pero se podría decir en realidad que sí. Aquella conversión de esa mujer pecadora, y las que ella promoverá al llevar la noticia al pueblo,

habían ayudado a Jesús a recuperar las fuerzas más que cualquier alimento que le hubieran ofrecido.

Sepamos hacer de nuestros encuentros alrededor de la mesa, encuentros con Dios y con los demás. Si nuestras comidas no tuvieran ese fin, nos moveremos en el mismo plano chato y pegado a la tierra que la samaritana tenía en un primer momento. Pero si lográramos “conocer el don de Dios”, serán precisamente esos momentos tan corrientes de la vida donde descubriremos el núcleo de las personas que conviven a nuestro lado y sacaremos de nosotros mismos lo que más hay en el interior: la vida divina.

- 14 San Josemaría ESCRIVÁ, *Amigos de Dios* n. 201.
- 15 En su magnífico libro *Introducción al Cristianismo*, dentro de un *excursus* titulado “Estructuras de lo cristiano”, el cardenal Ratzinger señala que una de las señales identificativas de lo cristiano es —así lo llama él— «el principio por». Ahí desarrolla más esta idea que ahora hemos señalado. De ahí son estas palabras que nos parecen profundas y clarificadoras: «No basta que el hombre salga de sí mismo. El que solo quiere dar y no está dispuesto a recibir; el que solo quiere ser para los demás y no está dispuesto a reconocer que también él vive del sorprendente e inmerecido don del ‘para’ de los demás, ignora la configuración fundamental del ser humano y destruye el verdadero sentido del ‘para’ de los demás. Para que la superación de sí mismo sea realmente provechosa necesita recibir algo de los otros y, en definitiva, *del Otro*, que es el auténtico otro de toda la humanidad y que a la vez es el completamente uno con ella: Jesucristo, el Dios hecho hombre» (J. RATZINGER, *Introducción al Cristianismo*, p. 213).
- 16 L. KASS, *El alma hambrienta*, Ed. Cristiandad.

6. MUJER CON AROMAS

Sobre la misericordia

«Uno de los fariseos le rogaba que comiera con él; y entrando en casa del fariseo se recostó a la mesa. Y entonces una mujer pecadora que había en la ciudad, al enterarse de que estaba sentado a la mesa en casa del fariseo, llevó un frasco de alabastro con perfume, y por detrás se puso a sus pies llorando y comenzó a lavarle los pies con sus lágrimas, y los enjugaba con sus cabellos, los besaba y los ungió con el perfume.

Al ver esto el fariseo que le había invitado, se decía: “Si ese fuera profeta, sabría con certeza quién y qué clase de mujer es la que le toca: que es una pecadora”.

Jesús tomó la palabra y le dijo:

—Simón, tengo que decirte una cosa.

Y el contestó:

—Maestro, di.

—Un prestamista tenía dos deudores: uno le debía quinientos denarios y otro cincuenta. Como ellos no tenían con qué pagar, se los perdonó a los dos. ¿Cuál de ellos le amará más?

—Supongo que aquel a quien perdonó más —contestó Simón.

Entonces Jesús le dijo:

—Has juzgado con rectitud.

Y vuelto hacia la mujer, le dijo a Simón:

—¿Ves esta mujer? Entré en tu casa y no me diste agua para los pies. Ella en cambio me ha bañado los pies con sus lágrimas y me los ha enjugado con sus cabellos. No me diste el beso. Pero ella, desde que entré no ha dejado de besar mis pies. No has ungido mi cabeza con aceite. Ella en cambio ha ungido mis pies con perfume. Por eso te digo: le son perdonados sus muchos pecados, porque ha amado mucho. Aquel a quien menos se perdona menos ama.

Entonces le dijo a ella:

—Tus pecados quedan perdonados.

Y los convidados comenzaron a decir entre sí:

—¿Quién es ese que hasta perdona los pecados?

Él le dijo a la mujer:

—Tu fe te ha salvado; vete en paz» (Lc 7, 36-49).

Es bueno, incluso necesario, recordar siempre que «Dios es más grande que nuestro corazón» (1 Jn 3, 20). Porque a medida que crecemos en el amor a Cristo, nuestro corazón podría también imponernos una condena mayor ante cada pecado que cometemos. Pero el Corazón de Jesús, que conoce como ningún otro las más nobles posibilidades de la humanidad para el bien y sus tendencias más bajas, se entrega *a pesar*

de todo por cada uno de nosotros. «Este *a pesar de todo* hace su amor tan incomparable, tan único, tan materialmente tierno y tan generoso, que permanecerá inscrito para siempre en el recuerdo de la humanidad»[17]. La infinita misericordia de Dios es su mayor atractivo.

Esta es la enseñanza que Jesús quiere dejar grabada en el alma de aquel fariseo que le invita a comer. Y —por qué no decirlo— también en la nuestra, que necesita de tanto perdón y de cariño. Los fariseos se muestran en general hostiles hacia el Maestro. Pero no todos son tan fanáticos. San Lucas, que busca en su Evangelio enseñar el mensaje salvador de Cristo a toda la humanidad, describe en diversas ocasiones cómo Jesús va a comer también “incluso” con fariseos. Por eso este pasaje que ahora vamos a comentar despacio nos va a enseñar que el único límite, el único obstáculo real, para poder recibir la gracia de la salvación está y estará siempre en nuestro propio corazón.

Una comida, un fariseo, una pecadora

Jesús quiere enseñar los efectos beneficiosos ilimitados que produce insertarse en ese círculo virtuoso que se produce entre el amor y el perdón. A quien más ama, más se le perdona. Pero además, a quien más se le perdona, más ama. Y así el amor y el perdón podríamos decir que sufren del “síndrome de emulación”, de una sana —salvadora— competencia, que los hace crecer al unísono.

Este mensaje resulta esencial para comprender lo que supone la Redención. Nos ayuda a huir tanto del pesimismo ilustrado (típicamente protestante) como del *buenismo* ingenuo de los que se conforman con cumplir lo mandado (típicamente pelagiano). Y el Espíritu Santo nos quiere enseñar este mensaje nuclear en un ambiente adecuado: una comida.

Un fariseo, de nombre Simón, abre las puertas al Señor ofreciéndole un espléndido banquete. Ha hecho algo importante, ya que no se muestra tan receloso como tantos fariseos. Y tan solo por ese detalle recibirá su premio: aprender de labios del Señor una enseñanza que no olvidará jamás, algo que san Juan Pablo II repetía con frecuencia: abrid de par en par las puertas a Cristo, sin miedo a recibir al Señor y a mostrarnos tal como somos, por muchas que sean nuestras miserias. Dios no nos dejará jamás, por mucho que le defraudemos.

Pero si las puertas del alma, que se abren y se cierran solo por dentro, permanecieran cerradas... ¿de qué serviría repetirle a Cristo «pasa y come, ven a hospedarte en mi casa»?

En las antípodas de Simón el fariseo se encuentra el otro personaje que nos presenta Lucas: una pecadora pública. El talante hipócrita y cínico de aquel fariseo le llevará a murmurar de esta mujer, pues está lleno de prejuicios hacia ella.

Lo que Simón no sabe es que ella ya no es la que esos hombres han conocido hasta entonces, ya no es la pecadora pública conocida por todos. Sus pecados van ya en aquel frasco de perfume que lleva en sus manos y, derramados sobre Cristo, se transformarán en gracia.

Amor manifestado en obras

Adentrándonos en la escena vemos cómo los invitados se encuentran alrededor de la mesa, apoyados según es costumbre sobre el brazo izquierdo, en pequeños divanes, de modo que los pies quedan retirados hacia fuera. Entre ellos está Jesús, como uno más. Simón, bien por prejuicios, bien por atolondramiento, no ha querido o ha olvidado vivir los deberes de cortesía con el huésped: darle el beso de bienvenida, ofrecerle agua para lavarse los pies y perfumes con que ungirse. Aun así, podríamos seguir concluyendo que ha hecho una obra buena con Jesús, muestra de aprecio y de estima.

Este es el momento elegido por el Maestro para enseñarnos que la fe y el amor a Dios han de manifestarse a través de actos externos y sensibles, como el amor humano. Porque así de divinamente humano es el amor de Cristo, y así debe volver a Él.

El Espíritu Santo se sirve de aquella mujer para explicarnos que cuando alguien ama mucho ha de saber manifestarlo en los detalles, en el cuidado, en los gestos externos, en la unción... en todo aquello que se puede tocar y ver. El verdadero amor ha de sentirse tanto por dentro como por fuera.

Fijémonos en cómo describe Lucas lo que hay en el alma de esa mujer: «Tomó un vaso de alabastro de perfume, y poniéndose detrás, a los pies de él, comenzó a llorar, y con sus lágrimas le mojaba los pies y con los cabellos de su cabeza se los secaba; besaba sus pies y los ungía con el perfume» (*Lc 7, 37-38*). No es un formalismo. Solo Jesús comprende —deberíamos también caer en la cuenta— que aquellos gestos muestran el interior y el corazón de la persona.

Poco después, el mismo san Lucas recogerá una escena paralela a la que ahora estamos contemplando (*Lc 11, 37-54*). Esta vez el fariseo que le invita se maravillará al ver que Jesús no se había lavado antes de comer. Jesús le responde: «Mira, vosotros los fariseos limpiáis la copa y el plato por fuera, pero vuestro interior está lleno de rapiña y de maldad. ¡Insensatos!...». La dureza de las palabras de Jesús en esa escena no busca sino romper la dureza del corazón del fariseo y nuestro, hasta llegar al interior.

Allí, «en el interior del hombre» (san Agustín) es donde Dios lee y busca instalarse, allí es donde requiere nuestro afecto y cariño, mientras que las manifestaciones externas solo le agradan si responden a un amor auténtico y no a un mero formalismo.

El sacramento de la reconciliación

En casa de Simón solo Jesús entiende de verdad lo que está ocurriendo. Simón, que a ojos de los hombres ha mostrado su aprecio por Cristo, en realidad está muy lejos de su Corazón; mientras que aquella pecadora, que de cara al mundo parece muy alejada de Dios, es quien se encuentra más cerca y en sintonía con el Corazón de Cristo.

La prueba externa está en su modo de acercarse al Maestro: toma un vaso de alabastro lleno del perfume de aquellos pecados que su conciencia le ha mostrado; se postra con humildad a sus pies llorando de dolor de amor; comienza a regar sus pies con lágrimas de reparación y a secarlos con sus cabellos, mostrando así al mundo su

propósito de enmienda; besa en silencio sus pies liberándose con cada beso de cada pecado cometido; y los unge con el perfume embriagador de la penitencia. ¿No es ese el itinerario de la Reconciliación? Ese día recibió por primera vez en su vida la gracia de la confesión.

Pasado el primer momento de estupor, llega el tiempo de la enseñanza. Jesús saca a la luz lo que hasta ese instante estaba oculto a los ojos, lo esencial, el amor. Como un médico experto, el Señor quiere llegar al fondo del alma del enfermo, y como un padre cariñoso lo hace con una delicadeza extrema. Necesita poner en buena disposición el espíritu de Simón, sirviéndose de una comparación sencilla: un prestamista, dos deudores, una condonación de deuda...

De ese modo, el corazón de Simón parece ya preparado para transformarse en un corazón limpio y amable. Al final de la escena, los invitados murmuran entre sí: «¿Quién es este, que hasta perdona los pecados?». Pero Simón queda en silencio. Y Simón somos nosotros, que quedamos también en silencio porque el Señor acaba de darnos, con la ayuda de esa mujer, una lección que no podremos olvidar.

La enseñanza de Jesús

Dijo Jesús: ¿Ves a esta mujer? Entré en tu casa y no me diste agua para los pies; ella en cambio ha bañado mis pies con sus lágrimas y los ha secado con sus cabellos. Esto es, «hemos de recibir al Señor, en la Eucaristía, como a los grandes de la tierra, ¡mejor!: con adornos, luces, trajes nuevos... —Y si me preguntas qué limpieza, qué adornos y qué luces has de tener, te contestaré: limpieza en tus sentidos, uno por uno; adorno en tus potencias, una por una; luz en toda tu alma»[18].

No me diste el ósculo; pero ella, desde que entré, no ha cesado de besar mis pies. Esto es, hemos de vivir la *urbanidad de la piedad*, viviendo con detalles de cariño cada gesto y cada rúbrica, en el modo de celebrar o participar en la Eucaristía: al besar mentalmente junto al sacerdote el altar o el Evangelio, al arrodillarnos en adoración, al golpear el pecho con dolor, al saborear cada palabra de ese diálogo divino y humano a la vez, al gustar el pan eucaristizado con la ansiedad buena de un alma enamorada.

No ungiste mi cabeza con aceite; ella, en cambio, ha ungido mis pies con perfume. Esto es, hemos de cuidar con esmero el culto a Dios, para que tenga la dignidad que merece, demostrando al Señor —y a tantas personas— una fe y un amor que el Señor agradece. Procuremos ser espléndidos en las cosas que son para el servicio de Dios, en la riqueza de los vasos sagrados, en la limpieza y cuidado del templo y las vestiduras litúrgicas...

Todo eso y mucho más se encuentra encerrado en esta escena evangélica, como todo eso y mucho más se encuentra también en tantas ocasiones diarias que la vida nos facilita para ser más finos y delicados con las personas en reuniones, diversiones, en ratos de descanso y, como aquí bien se ve, en torno a la mesa.

Vivir a la medida del Corazón de Cristo

Hay personas que saben mostrar naturalmente un amor muy grande encerrado en constantes y pequeños servicios: la presentación esmerada de la mesa, el servicio ante cada necesidad, los detalles estéticos que hacen agradable el encuentro, la conversación amable y el silencio prudente, la sonrisa limpia y el ánimo despierto, el vestido elegante y el porte modesto, el buen humor y la paciencia afable... de todo ello se sirve el cuerpo para mostrar el alma.

Cuando una mujer sabe vivir en el cuidado del hogar y de la mesa tantos detalles como esa pecadora tuvo ese día, está mostrando al igual que ella que el amor no radica tanto en lo que se hace por Dios y por los demás sino en cómo se hace.

Y en eso no hay posibilidad de discriminación alguna, no hay nadie que pueda sentirse incapaz o excluido. Todos podemos sentirnos infinitamente amados y comprendidos por el Señor, por más que fuera el número de nuestros pecados, por más que tuviéramos lleno de heridas el corazón.

Esa mujer nos ha enseñado que Dios es más grande que nuestro corazón.

17 K. ADAM, *Jesucristo* p. 114.

18 San Josemaría, *Forja*, n. 834.

7. UNA BUENA OBRA HA HECHO CONMIGO

Sobre el servicio

«Se encontraba Jesús en Betania en la casa de Simón el leproso, y, mientras estaba recostado a la mesa, vino una mujer que llevaba un frasco de alabastro con perfume de nardo puro, de mucho precio. Y rompiendo el frasco se lo derramó por la cabeza. Algunos de los que estaban allí, indignados, se decían:

—¿Para qué se ha hecho este despilfarro de perfume? Se podía haber vendido este perfume por más de trescientos denarios y darlo a los pobres.

Y la reprendían.

Pero Jesús dijo:

—Dejadla, ¿por qué la molestáis? Ha hecho una obra buena conmigo, porque a los pobres los tenéis siempre con vosotros, y podéis hacerles bien cuando queráis, pero a mí no siempre me tenéis. Ha hecho cuanto estaba en su mano: se ha anticipado a embalsamar mi cuerpo para la sepultura. En verdad os digo: dondequiera que se predique el Evangelio, en todo el mundo, también lo que ella ha hecho se contará en memoria suya» (Mc, 14, 3-9).

Cuando el mismo Dios piensa en mandar a su propio Hijo a la Tierra, para hacerse uno de nosotros, piensa también en el hogar donde debía crecer. Debía ser un lugar donde nadie pensara en sí mismo, donde el mayor cariño se manifestara en los detalles más pequeños. Un hogar ejemplar: así fue Nazaret, el hogar que formaban Jesús, María y José.

Del mismo modo, cuando Cristo durante los tres años de vida pública convive estrechamente con sus discípulos, busca también un hogar donde los que allí viven reflejen lo mejor posible lo que Él recibió en Nazaret. Ese lugar lo encontró cerca de Jerusalén, en una aldea llamada Betania, en la casa donde vivían tres hermanos que fueron sus grandes amigos: Lázaro, Marta y María. A ese hogar iba con frecuencia con sus discípulos a descansar, a reparar sus fuerzas, a querer y a dejarse querer, como solo se puede hacer en un verdadero hogar de familia.

Como siempre, el Evangelio nos dice poco, pero suficiente. Nos toca a nosotros adentrarnos en la escena que describe sobre todo Marcos, siempre más preciso, aunque también Juan añade algunos datos importantes: que estaba presente Lázaro, que Marta servía la mesa y que fue María la protagonista de la escena.

Juan añade también un comentario muy oportuno. Después de que María tuviera aquel gesto de cariño, «la casa se llenó de la fragancia del perfume». De ese perfume vamos a hablar aquí: del perfume del servicio y del amor, del perfume que llena cualquier hogar verdaderamente cristiano allí donde alguien se decida a mostrar un cariño incondicional.

El verdadero valor de las cosas

La escena que ahora contemplamos tiene mucho paralelismo con la que tuvo lugar en casa del otro Simón, el fariseo, donde una pecadora pública se vuelca en detalles de cariño y reparación con el Señor (cfr. *Lc 7, 36-50*).

El Mesías (el “ungido”) vuelve a ser aquí ungido por una mujer, en este caso María, cumpliendo con ese gesto que forma parte de la antigua hospitalidad oriental y que honraba a los huéspedes ilustres con agua perfumada.

En este caso, el Evangelio nos lleva a reflexionar sobre *el valor real de las cosas*. Se suele decir que es un necio aquel que sabe el precio de todo pero no conoce el valor de nada. El verdadero valor de las cosas está en relación con las personas, y a su vez el valor de cada persona es relativo a Dios, de quien toda persona es imagen y a cuya semejanza hemos sido creados.

Así se entiende, por ejemplo, que lo que hizo María, gastar más de 300 denarios (unos 15.000 euros actuales) para ungir al Señor fuese un gesto de pobreza y no un despilfarro.

Algunos de los que están allí se indignan por el aparente derroche; entre ellos, Judas. Juan, al relatar esta escena, nos hace caer en la cuenta que hemos de mirar al interior de Judas para saber qué pasaba por su cabeza en esos momentos: «Esto lo dijo (Judas) no porque él se preocupara de los pobres, sino porque era ladrón y, como tenía la bolsa, se llevaba lo que echaban en ella» (*Jn 12, 6*). De hecho, la escena de la unción en Betania y de la traición de Judas se narran siempre juntas. Y es que la pobreza siempre será una señal significativa de lo que esconde el corazón humano. María vivió la pobreza, mientras que Judas era un egoísta; María era magnánima, Judas un mezquino; el amor sobreabundante de María le llevaba a derrochar con Dios, mientras que el amor propio de Judas le llevaba a ser un calculador respecto a Dios y a los demás.

No pensemos que las palabras de Jesús suponen un desprecio a los pobres o un abandono de los menesterosos. Nos encontramos al final de la vida pública del Señor, que durante tres años ha dado muestras continuas de desvelo por los más necesitados. *Pero ante Jesús no cuenta el dinero sino el amor: «Dios es Amor»* y todo lo que hacemos vale en función de ese único criterio.

La buena obra de María no está en la cuantía del gasto, sino en ser la única que ha sabido situarse de verdad. Así nos lo hace ver el Maestro: «Se ha anticipado a embalsamar mi cuerpo para la sepultura».

María como imagen de la actitud propia de una mujer cristiana

Es importante saber situarse en cada momento, evitando un análisis superficial y frívolo de lo que ocurre a nuestro alrededor. Eso es lo que siempre hace el Evangelio: darnos criterios de actuación.

Una buena madre de familia, cristiana —como María, protagonista de esta escena—, debe saber gastar lo que sea necesario en su marido y en sus hijos, mientras deja para ella la peor parte; sabe cuándo alguno de ellos necesita un gasto extraordinario...

María, a medida que derrama el nardo puro, va colmando su corazón de auténtico cariño. Nada pierde y es plenamente consciente de que todo lo que se da a Dios vuelve multiplicado. Es la paradójica lógica del amor verdadero, del amor cristiano divino y humano, del amor sin más.

De hecho, es eso lo que hace el mismo Dios: crear un mundo maravilloso para nosotros y a la hora de instalarse (nacer, morir, quedarse) elige lo peor. Dios sabe derrochar gracia extraordinaria cuando ve que alguien lo necesita, no para de trabajar y su corazón no deja de vigilar para que podamos descansar en Él siempre. Pone toda su imaginación a la hora de estar también en las cosas más pequeñas de nuestra vida sin que se le escape ninguna, busca los medios para mostrar que cada persona es infinitamente amada... María de Betania es, por tanto, una imagen real del amor de Dios. Y, con ella, todas aquellas mujeres que muestran con su vida y su trabajo esa verdad tan profunda.

¿Quién encontrará una mujer así? Una mujer que tenga por meta de su vida servir, que sea delicada, que valore los pequeños detalles, que no sea superficial, que sea sensible sin sensiblerías, que viva el orden por fuera y la armonía por dentro, que sea discreta pero no encogida, natural pero no zafia, dulce pero no melosa, austera pero no pobretona, modesta pero no rancia, alegre con sencillez, responsable pero no envarada, con una intimidad infinita donde Dios sea el invitado permanente y el arcángel san Gabriel quien guarde la casa...

Esa mujer ya ha sido encontrada y creada. Se llamó primero María de Nazaret.

Y tras ella vino esta otra María de Betania. Y tras ella otra y otra y otra...

¿Quién encontrará una mujer así?

El Evangelio no nos dice nunca cómo han de ser las personas, sino cómo son en realidad. Ello significa que todas esas cualidades que hemos citado —y muchísimas más— no son solo cualidades que se dan en algunas mujeres y tal vez no en otras, sino que son rasgos que conforman la verdadera esencia del alma femenina.

Cabría decir que con lo que acabamos de apuntar simplemente hemos obedecido en algo al Señor, que nos pide enseñar al mundo el ejemplo de esa mujer: «Donde quiera que se predique el Evangelio, en todo el mundo, también lo que ella ha hecho se contará en memoria suya». Pero —repito de intento— ella es tan solo una muestra, una más, de tantísimas mujeres que viven para servir, que gastan su vida despilfarrándola por Dios y por los demás, haciendo constantemente una buena obra. Son mujeres que hacen de ello

una vocación y una profesión, probablemente la profesión más influyente y más poderosa que existe: la de quien trabaja para servir. Porque «el verdadero poder está en el servicio» (papa Francisco).

A los que no entiendan que haya personas que vivan así, quienes no puedan comprender que una existencia llena gire exclusivamente en torno al servicio, y mucho más a aquellos que incluso se rebelan porque lo consideran degradante... habrá que recordarles que no existe modo mejor de imitar a Cristo que seguir el ejemplo de quien no vino a ser servido sino a servir.

Y si tales personas —siempre las habrá— siguieran obcecadas en sus prejuicios, será entonces el mismo Cristo quien les reprochará: «Dejadlas, ¿Por qué las molestáis? Una obra buena han hecho conmigo».

8. MARTA, MARTA

Sobre la vida contemplativa en medio del mundo

«Cuando iban de camino entró en cierta aldea, y una mujer llamada Marta le recibió en su casa. Tenía esta una hermana llamada María que, sentada también a los pies del Señor, escuchaba su palabra. Pero Marta andaba afanada con los múltiples quehaceres de la casa, y poniéndose delante dijo:

—Señor, ¿nada te importa que mi hermana me deje sola en el trabajo de la casa? Dile, pues, que me ayude.

Pero el Señor le respondió:

—Marta, Marta, tú te preocupas y te inquietas por muchas cosas. En verdad una sola cosa es necesaria. Así, pues, María ha escogido la mejor parte, que no le será arrebatada» (Lc, 10, 38-42).

Nos encontramos en Betania, en casa de una familia compuesta por tres hermanos: Marta, María y Lázaro. Son amigos de Jesús y, como la aldea se encuentra muy cerca de Jerusalén, el Mesías con sus discípulos visitan con frecuencia esa casa para descansar. Para Cristo, Betania es tal vez el modelo más cercano de lo que Él mismo vivió en sus años en Nazaret.

Y no se trata solo de cariño, paz, alegría... Tanto en Nazaret como en la casa de esos tres amigos se respira además un ambiente sano de laboriosidad y de vida vivida en presencia de Dios, por amor de Dios. Por eso Jesús está a gusto.

Marta y María

Para Jesús la casa de sus amigos no es únicamente un lugar de descanso, sino también un espacio en el que poder formar con calma a sus discípulos. Y lo hace tanto con palabras como con obras. Quien está a cargo de un hogar sabe perfectamente que, si bien se forma mediante las palabras, casi siempre es mejor formar con la misma vida.

Como en otras ocasiones, el Evangelio nos sitúa en una escena que debió ser de lo más trivial. Jesús ha llegado a la casa de Marta acompañado de un tropel de gente. Llegarían cansados y hambrientos. Ahora llegan a casa y encuentran un lugar grato, donde reponer las fuerzas.

Los apóstoles y discípulos, a pesar de su aparente madurez, forman por su sencillez y naturalidad un grupo que tal vez se comportara —por qué no decirlo— como lo hacen los chiquillos. Aquella “tropa” se ve acogida por los tres hermanos en su pequeña casa; en especial por Marta. Aunque María y Lázaro también vivían allí, Marta es la anfitriona. Ella hace el papel de madre y dueña de la casa, es la señora del hogar. Es necesario que las casas tengan dueño para que pueda haber en ellas orden y armonía. El papel de una madre en un hogar es insustituible. María, en cambio, aparece sentada a los pies del Señor, escuchándole. Está embelesada ante Cristo, fija la mirada en Él, atenta a sus labios, completamente abstraída de lo que ocurre a su alrededor.

Marta parece personificar el trabajo, mientras que María representaría la necesidad del descanso. Ambos son necesarios, se complementan y son caminos para llegar a Dios. Si el trabajo impidiera el descanso, no podría ser nunca trabajo de Dios. Si el descanso no nos sirviera para poder trabajar más y mejor, ya no sería verdadero descanso sino pura compensación.

Marta y María parecen adoptar actitudes antagónicas difíciles de conciliar, como se percibe día a día cuando unos se quejan por la falta del descanso necesario mientras otros andan ociosos desperdiciando un tiempo precioso, aunque calmen su conciencia con una —aparente— vida de piedad.

Pero, como tantas veces ocurre, en la disyuntiva, en la dialéctica, se encuentra el error. Solo la unión de trabajo (ni activismo ni *profesionalitis*) y descanso (ni ocio ni compensación) se encuentra la clave de esa sinergia infinita denominada santidad.

El trabajo profesional, camino contemplativo

El Evangelio muestra en muy pocos trazos el contraste: frente a la calma y la aparente pasividad de María, contemplamos la inquietud y la tensión de Marta. Este es el escenario.

Si nos preguntáramos, ¿cuál de las dos actitudes es la más correcta?, podría respondernos san Agustín: «Marta se ocupaba en muchas cosas disponiendo y preparando la comida del Señor. En cambio, María prefirió alimentarse de lo que decía el Señor. No reparó en el ajetreo continuo de su hermana y se sentó a los pies de Jesús, sin hacer otra cosa que escuchar su palabras. Había entendido de forma fidelísima lo que dice el Salmo: “Descansad y ved que yo soy el Señor” (*Ps* 46, 11). Marta se consumía, María se alimentaba; aquella abarcaba muchas cosas, esta solo atendía a una. Ambas cosas son buenas»^[19].

Marta ha venido a representar desde aquel momento en la historia de la espiritualidad el símbolo de la vida activa, mientras que María lo ha sido por su parte de la vida contemplativa. Ambas actitudes son buenas y necesarias. No solo es que sean compatibles. Eso es poco. Se trata, volvemos a decir, de algo mucho más profundo, se necesitan la una a la otra si no quieren ambas quedar desnaturalizadas. Porque desnaturalización sería entender respectivamente la vida activa como activismo, o la vida contemplativa como pasividad. Caerían en el primer defecto quienes trabajaran

olvidándose de buscar la unión con Dios; mientras que, por su parte, una pretendida vida de oración que prescindiera de la preocupación apostólica y de la santificación de las realidades temporales tampoco podría ser agradable a Dios.

Mucho se ha hablado de la necesidad de que la vida contemplativa salga a las realidades temporales (son muchos los autores de espiritualidad que han procurado corregir la posible pasividad en la que podrían caer las almas contemplativas si no se comprometieran en tareas misionales o de caridad). Pero por el contrario apenas se ha escrito del peligro opuesto, esto es, el de las personas que, trabajando en medio del mundo, piensan que su trabajo profesional es un coto cerrado a la trascendencia, al trato con Dios. Y este es, de hecho —no el primero—, el peligro del que Jesús nos habla en este pasaje del Evangelio. A quien se dirige Jesús es a Marta, no a María. Porque sabe que por cada alma contemplativa despreocupada de las realidades del mundo, hay muchísimas otras que padecen lo contrario. ¡Tantas personas buenas que ven en su trabajo un obstáculo para poder amar a Dios!^[20]

¡Cuántas personas podrían encontrar en esta escena del Evangelio una estupenda vacuna para esas enfermedades de nuestros días que con diversos nombres (activismo, “profesionalitis”...), proceden de la misma cepa! Son muchos los cristianos que trabajan de espaldas a Dios. Son buenos trabajadores, y tal vez hacen sus tareas con el deseo de servir a Dios. Pero les falta lo más importante, lo único necesario.

El descanso, piedra de toque del trabajo contemplativo

El trabajo agotador pero algo desorientado de Marta trae como resultado inevitable un gran cansancio, que no es solo fruto del ejercicio físico o mental. Es un agotamiento malo que empieza en desaliento interior y podría acabar, si no se remedia, incluso con la pérdida del sentido de su vida.

En este plano inclinado hacia abajo, antes o después entra un elemento fundamental: los demás. Quienes ven la profesión como un fin en sí mismo, como lo único importante, acaban juzgando mal a los demás. No solo a aquellos que pierden el tiempo y no trabajan, sino también a quienes trabajan con intensidad pero lo hacen por Dios y para Dios, y por ello saben dedicarle al Señor el tiempo exterior e interior que sea necesario. Esos injustos prejuicios, esas murmuraciones de tantos que presumen salvar el mundo con su trabajo cuando ni siquiera saben cómo salvarse a sí mismos, son también para esas almas, buenas pero ingenuas, fuente de agotamiento y frustración.

Pensemos en Marta. Solo piensa en su trabajo. Y lo ejerce como acostumbra, como sabe, como es ella: se vuelca, se da. Marta se multiplica, calcula, pregunta, sube, duda, suma, mira, se para y sigue, se va cansando por fuera y desgastando por dentro... ¿Le cansa el trabajo? No es tanto el trabajo (su vida es trabajar...); hay algo que le cansa más: la actitud de su hermana. No le cansan la falta de tiempo, los escasos recursos materiales, el desgaste físico corporal... No. Le cansa ver a su hermana sentada plácidamente a los pies del Señor. Aquello, aquello es lo que supera sus fuerzas. No entiende que María no

se percate de lo necesaria que es su ayuda en ese momento. Todo el mundo lo vería clarísimo. Todo el mundo... menos Jesús.

Los trabajos manuales, modelo de todo trabajo profesional

¿Cómo lograr que el trabajo nos lleve a Dios, cómo lograr que sea realmente contemplativo? Todo verdadero trabajo debería serlo y puede serlo. Desde que Cristo se pasó la mayor parte de su vida trabajando, debería estar claro. Miremos cómo era el trabajo de Cristo, modelo de todo trabajo cristiano, para imitarlo.

Asombra que el trabajo de Jesús en el taller de José fuera sobre todo un trabajo manual. Él era la Sabiduría infinita y vino a la Tierra a traernos un mensaje de salvación. Podía haber pasado la vida enseñando los arcanos del misterio de Dios, profundizando en la ciencia divina y humana. Él era el verdadero y único Maestro. Pero, sin embargo, lo que más hizo Jesucristo en la Tierra, con gran diferencia, es trabajar con sus manos.

A lo largo de la Historia, por influencia sobre todo del pensamiento griego clásico, se ha entendido que cuando se trata de llegar a la divinidad, o a Dios, el camino más idóneo es el trabajo intelectual[21]. Por su parte, los trabajos manuales han tenido con el tiempo una valoración negativa, al menos como modo adecuado para relacionarse con Dios. Eso ha llevado a considerar la vida contemplativa fuera del mundo como el modo privilegiado de tratar a Dios. Su modelo ha sido la vida religiosa, monacal, apartada del mundo. Para estas personas los demás modos de vivir en cristiano son imperfectos. No es que se estimen como malos, pero la opinión generalizada es que los trabajos manuales no gozan del *privilegio* de ser considerados contemplativos. La contemplación quedaría reservada a las tareas intelectuales, más semejantes a la naturaleza espiritual de lo divino. En el otro extremo estarían los que privilegian la vida activa, el trabajo “en el mundo”. Toda la Reforma protestante, con Lutero a la cabeza, consideró incompatible el trabajo secular con la vida contemplativa. También en este caso los extremos se tocan y se hacen incompatibles. La visión católica religiosa y clerical del trabajo, sobre todo del trabajo manual, ha corrido en paralelo con la visión secular profana de las tareas profesionales, también sobre todo de las profesiones que se realizan con las manos.

Por eso mismo el trabajo manual debe ser nuestro punto de referencia si buscamos un trabajo que imitar. Es lo que nos enseñó Cristo con su propia vida y con su lección a Marta. La verdadera doctrina cristiana sobre el trabajo abarca y supera en realidad las dos concepciones que acabamos de describir y muestra lo que cada una de ellas tiene de auténtica verdad.

Este pasaje que ahora meditamos ayuda a hacer examen sobre nuestro propio modo de trabajar. Y es que todos tenemos nuestras tendencias, unos a ser como María, otros a ser como Marta. Tanto una como la otra son modelos para nosotros, ambas a la vez y en la misma medida, pues ambas se necesitan y se complementan. Y donde mejor puede apreciarse esto es en los trabajos del hogar.

Las tareas del hogar como paradigma de todo trabajo profesional contemplativo

La preponderancia del pensamiento religioso, que más arriba mencionábamos, ha llegado como máximo a valorar las tareas manuales como tareas que permitían ocupar el tiempo de ocio para evitar tentaciones de la mente, y también como trabajos que al tiempo que ocupaban las manos de un modo más bien mecánico liberaban la mente para poder rezar. Sea de un modo o de otro, lo cierto es que hemos llegado hasta el siglo XXI sin apenas profundizar en la posibilidad de que ese trabajo manual pueda ser auténtico camino de santificación[22].

La escena del Evangelio que ahora comentamos va al núcleo de esta cuestión, pues nos sirve para entender una enseñanza clave del mensaje de Cristo: que todo trabajo, en especial el manual, y más en concreto las tareas de la casa, nos ha de llevar a ser buenos cristianos, santos.

Pero, ¿por qué, en concreto, las tareas del hogar?

Es cierto que, en cuanto a su naturaleza *manual*, el trabajo del hogar (la limpieza, las tareas de la cocina, el lavado de la ropa...) no parece muy diferente a cualquier trabajo manual. Parece que lo único diferente sería el objeto material sobre el que se ejercita ese trabajo: comida, ropa, casa... Pero, sin querer quitar nada del valor de todo trabajo manual, los trabajos del hogar tienen su peculiaridad, y muy positiva.

En concreto, el trabajo manual que gira en torno a la familia y a la atención del hogar deja ver, en primer plano y con un efecto directo, su especial influencia sobre las personas. Y ello precisamente por el contexto en el que se ejercita —el hogar—, que es mucho más que un mero contexto.

¿Qué quiere decir esto? Que los trabajos del hogar no son solo trabajos que *se hacen en* el hogar, sino trabajos que *hacen* el hogar. Ese hogar del que hemos surgido cada uno de nosotros, al que pertenecemos, que nos hace verdaderas personas y hemos de saber transmitir.

Aunque exceda de los límites de estas páginas, es necesario romper de nuevo una lanza a favor del trabajo específico que una mujer puede hacer en esa tarea de *hacer hogar*. En el caso de la mujer respecto al hombre, «la característica principal de su intervención se cifra en que la mujer, si no renuncia a su feminidad, allí donde está es casa, hace hogar»[23].

Quienes optan por trabajar en ese ámbito profesional[24] parten de una auténtica vocación profesional, ciertamente ilusionante: buscan con su profesionalidad, su arte, su cariño, su cualificación... ser capaces de construir un auténtico hogar. Trabajar en el ámbito del hogar es compartir un proyecto vital que participa del proyecto que Dios tuvo desde el principio (Génesis) con todo hombre y mujer que llegara al mundo: crear un lugar acogedor; no meramente habitable, sino capaz de albergar y mostrar todas las virtudes humanas y divinas que todos necesitamos para vivir como auténticos hijos de Dios.

Por eso mismo, quienes trabajan en el hogar con esa disposición no entienden esas tareas como una renuncia a ejercitar otros trabajos —quizá mejor estimados por los

demás, y sobre todo mejor remunerados—, sino como participación en un proyecto enriquecedor —el mayor que pueda darse— y una auténtica vocación humana y divina. Como el de María y José, como el de Marta y María.

Si la Sagrada Familia es nuestro modelo de familia, no cabe mejor vocación profesional: verdadera vocación, pues se trata de un auténtico proyecto vital, no una mera vivencia de impresiones o sensaciones cambiantes; y verdaderamente profesional, pues requiere el ejercicio integral de toda la persona.

19 SAN AGUSTÍN, *Sermo* 103.

- 20 Aquí se inserta de lleno un tema tan fundamental como el de la santificación del trabajo, tema reciente en Teología (basta pensar que la voz “Travail” ni se incluyó en 1950 en el *Dictionnaire de Théologie Catholique*). Desde León XIII al Concilio Vaticano II son numerosas las intervenciones del Magisterio de la Iglesia sobre la dignidad del trabajo. En el ámbito doctrinal, san Josemaría Escrivá ha sido reconocido en este campo como precursor del último Concilio, si bien ya en los comienzos de la labor del Opus Dei (1928) había una fuerte conciencia acerca de la necesidad de promover un modo de trabajar en el que la actividad fuera verdaderamente expresión de la persona: «Nuestra época tiene por misión propia, por vocación, la constitución de una civilización fundada en la espiritualidad del trabajo» (S. WEIL, *Echar raíces*, Madrid 1996, p. 87). Una buena síntesis de las posturas de algunos autores que hablan del trabajo con una visión conforme a la dignidad humana se puede encontrar en G. BIANCHI, *Dalla pare di Marta: per una teología del lavoro*, cap. III, Brescia 1986. Acerca del pensamiento de san Josemaría en este aspecto son numerosos los ensayos y trabajos. Para un primer acercamiento sintético y clarificador recomendamos la lectura de su homilía *Amar al mundo apasionadamente*.
- 21 Seguimos en este punto las ideas y trabajos de M.P. CHIRINOS. En concreto su libro *Apuntes para una antropología del trabajo manual*, EUNSA.
- 22 Es significativo cómo han sido autores más bien alejados de la Iglesia los que muchas veces han llegado a denunciar, antes incluso que la propia Iglesia, la diferente y discriminatoria valoración que han tenido los trabajos manuales respecto a los intelectuales y que han traído consigo injusticias sociales. Es quizá paradigmático el caso de Simone Weil.
- 23 Blanca CASTILLA Y CORTÁZAR, *Consideraciones sobre la antropología “varón y mujer”*, en *Romana* 2007.
- 24 Necesito aclarar también que no me refiero tanto aquí al trabajo de las empleadas del hogar —que también— sino sobre todo al inmenso panorama de mujeres y también hombres que dedican parte o todo su tiempo a hacer hogar en su familia, a crear la forma adecuada donde se formen, crezcan, vivan, disfruten, maduren... auténticas personas. Salgo así al paso de los prejuicios feministas que califican como machistas y trasnochadas las decisiones de tantas personas (sobre todo madres) que trabajan en su casa por su familia. De todas formas, soy consciente que, por más que quiera aclarar ese punto con esta nota —o con muchos libros que escribiera—, esa ideología feminista siempre comprenderá estas afirmaciones que aquí se hacen conforme a sus propios prejuicios ideológicos. Es lo que tienen las ideologías. Gracias a Dios, la grandeza y dignidad de las tareas del hogar estarán siempre mucho más allá de toda ideología. Como hemos intentado aclarar, pertenecen a la raíz de la naturaleza social de las personas, sean hombres o mujeres.

9. VAMOS A CELEBRARLO CON UN BANQUETE

Sobre la alegría y la celebración

«Dijo también:

—Un hombre tenía dos hijos. El más joven de ellos le dijo a su padre: “Padre, dame la parte de la hacienda que me corresponde”. Y le repartió los bienes. No muchos días después, el hijo más joven lo recogió todo, se fue a un país lejano y malgastó allí su fortuna viviendo lujuriosamente. Después de gastarlo todo, hubo una gran hambre en aquella región y él empezó a pasar necesidad. Fue y se puso a servir a un hombre de aquella región, el cual lo mandó a sus tierras a guardar cerdos; le entraban ganas de saciarse de las algarrobas que comían los cerdos y nadie se las daba. Recapacitando, se dijo: “¡Cuántos jornaleros de mi padre tienen pan abundante mientras yo aquí me muero de hambre! Me levantaré e iré a mi padre y le diré: Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no soy digno de ser llamado hijo tuyo; trátame como a uno de tus jornaleros”. Y levantándose se puso en camino hacia la casa de su padre.

Cuando aún estaba lejos, le vio su padre y se compadeció. Y corriendo a su encuentro, se le echó al cuello y le cubrió de besos. Comenzó a decirle el hijo: “Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no soy digno de ser llamado hijo tuyo”. Pero el padre les dijo a sus siervos: “Pronto, sacad el mejor traje y vestidle; ponedle un anillo en la mano y sandalias en los pies; traed el ternero cebado y matadlo, y vamos a celebrarlo con un banquete; porque este hijo mío estaba muerto y ha vuelto a la vida, estaba perdido y ha sido encontrado”. Y se pusieron a celebrarlo.

El hijo mayor estaba en el campo; al volver y acercarse a casa oyó la música y los cantos y, llamando a uno de los siervos, le preguntó qué pasaba. Este le dijo: “Ha llegado tu hermano, y tu padre ha matado el ternero cebado por haberle recobrado sano”. Se indignó y no quería entrar; pero su padre salió a convencerle. Él replicó a su padre: “Mira cuántos años hace que te sirvo sin desobedecer ninguna orden tuya, y nunca me has dado ni un cabrito para divertirme con mis amigos. Pero en cuanto ha venido ese hijo tuyo que devoró tu fortuna con meretrices, has hecho matar para él el ternero cebado”. Pero él respondió: “Hijo, tú siempre estás conmigo, y todo lo mío es tuyo; pero había que celebrarlo y alegrarse, porque ese hermano tuyo estaba muerto y ha vuelto a la vida, estaba perdido y ha sido encontrado”» (Lc 15, 11-32).

El Evangelio de Lucas es llamado “el Evangelio de la misericordia” sobre todo por las parábolas de su capítulo 15, en especial por esta del hijo pródigo. En esa parábola, sirviéndose de los tres personajes que la protagonizan, el Espíritu Santo nos habla del proceso de conversión de una persona (hijo menor), de la indiferencia y frialdad que puede llegar a mostrar otra (hijo mayor) y de la inmensidad de la misericordia de Dios (padre de la parábola). Destaca esto último, lo que ha llevado a muchos a titular esta

parábola no como la del “hijo pródigo”, sino como la del “padre misericordioso”, auténtico protagonista de la escena.

En pocas líneas, y con una belleza conmovedora, se describe la inmensidad del amor de Dios, Padre infinitamente misericordioso. Tiene mucho en común con las parábolas de la oveja perdida o de la dracma perdida, que son las que la preceden, pues todas ellas describen la tristeza de una pérdida y la alegría del encuentro. Pero la parábola del hijo pródigo abunda y se recrea más en los sentimientos que embargaban los corazones de los protagonistas. Y según iremos viendo, lo expresan del modo más gráfico posible entre seres humanos: con una referencia clara a la comida. Por eso este pasaje nos servirá para hablar de la comida como modo de mostrar sentimientos tan fuertes y humanos como la alegría y la celebración.

Pasar hambre es el principio de la conversión

Aunque nos detendremos sobre todo en el aspecto festivo del banquete final, resulta útil ver el contraste entre ese premio final que Dios tiene preparado para siempre a los que vuelven a Él, con la lamentable situación en la que se encuentra el alma que se desvincula de Dios.

Aquel muchacho dilapidó su hacienda viviendo disolutamente. Toma su opción de independizarse de su padre, de hacer su vida al margen de su familia. Tiene derecho a ello, y los medios económicos le corresponden en justicia. Todo es conforme a legalidad e incluso podría llegar a mostrar un punto de madurez, ya que frente a su hermano mayor, que vive de lo que el padre le da, es el menor el que parece comprender que la vida debe forjarla cada uno por su lado. A eso lo llamarían muchos “tener personalidad”.

No obstante, hemos de ahondar en el corazón de las personas, en el sagrario de su conciencia, para ver si de verdad esos actos son en realidad tan buenos y tan maduros como parecen. De hecho, no tendrá que pasar mucho tiempo para caer en la cuenta que ese joven, con un poco de malicia y un mucho de ingenuidad, no sabe usar de su independencia. La vida le puede y se dejará llevar por el camino fácil, que siempre es el peor. Él sabe que no está obrando bien, pero sus tendencias, su negligencia, sus pasiones... le dominan. Tal vez, en el fondo de su alma, querría reaccionar y cambiar la orientación de su vida, pero su soberbia le cortará las alas una y otra vez. Como bacteria dañina que entra en un cuerpo sin defensas y va atacando todos los órganos vitales, el pecado le inculca en el alma la desesperanza y deja el alma sin defensas; a partir de ahí resulta sencillo destruir la confianza y la fe, y finalmente atacar el corazón, la caridad, hasta dejar el alma fría y sin capacidad de reacción.

Es entonces cuando juega su papel y su sentido uno de esos grandes tesoros que hay en la tierra y que hemos de saber aprovechar: el hambre. Tras gastarlo todo, «hubo una gran hambre en aquella región y él empezó a pasar necesidad». ¿Dolor de amor por su padre, o dolor de estómago ante el hambre que está pasando? Más bien lo segundo: «Recapitando, se dijo: “¡Cuántos jornaleros de mi padre tienen pan abundante mientras yo aquí me muero de hambre!”».

No parece, por tanto, que haya en él mucha rectitud de intención ni cariño. El pecado ha dejado su corazón muy maltrecho, apenas queda nada de aquel muchacho soñador e idealista que salió un día de casa en busca de nuevas experiencias. Está totalmente desengañado de la vida, del amor, de la amistad, de la misma libertad. A pesar de ello, nada de aquello le hará cambiar de actitud y recomenzar: solo el hambre física.

Una buena comida ayuda a entrar en razón. Pero cuando esta no se tiene, el hambre es lo que nos devuelve a la realidad y a tomar decisiones razonables. La comida (el pan de cada día) es algo necesario para poder llevar una buena vida. La falta de comida, el hambre (y también la sobriedad, el espíritu de sacrificio en los gustos y en la mesa, la templanza...), es algo necesario para llevar una vida buena.

El banquete de la alegría

Vayamos ya a la segunda parte de la parábola, la más sorprendente, especialmente para ese hijo que se encontraba tan perdido, tan desorientado, y también para quienes nos sabemos constantemente hijos pródigos de Dios, necesitados de una conversión constante y de un padre como él tenía. Reflexionemos sobre la reacción del Padre: «Cuando aún estaba lejos, le vio su padre y se compadeció. Y corriendo a su encuentro, se le echó al cuello y le cubrió de besos». Así es Dios: sorprendente.

Pero falta lo mejor: ¿Cómo manifiesta el padre la alegría que lleva dentro, cómo puede transmitirla a los demás? Sin apenas dejarle hablar —adivinando lo que le cuesta a su hijo pronunciar palabra—, el padre dijo a sus siervos: «Pronto, sacad el mejor traje y vestidle; ponédle un anillo en la mano y sandalias en los pies; traed el ternero cebado y matadlo, y vamos a celebrarlo con un banquete; porque este hijo mío estaba muerto y ha vuelto a la vida, estaba perdido y ha sido encontrado. Y se pusieron a celebrarlo».

La parábola adquiere en ese momento grandiosidad y alcanza el cenit de los afectos. Se detiene el tiempo, pues es necesario un poco de eternidad, de sentido sobrenatural, para saborear lo que está ocurriendo. Están chocando dos corazones, dos pensamientos, dos vidas. Una pequeña ola, mezcla de resignación, tristeza y soberbia herida, se encuentra de frente una oleada infinita de cariño sincero y misericordia ilimitada que se lleva por delante, purificadas, todas las sensaciones malas arrastradas por la tímida ola del joven, agria y amarga. Basta un poquito de arrepentimiento. Un poquito, una pizca... lo suficiente cuando se cocina en un recipiente que es todo misericordia.

Pero, insistimos, ¿qué se le ocurre a aquel padre para que todo vuelva a su sitio? ¿Cómo quiere sellar una nueva alianza con su hijo que, olvidando lo pasado, rehaga sus relaciones? No hay nada que inventar: un banquete, una fiesta. El padre no se permite la menor concesión a la enseñanza moral, al reproche paternalista. Las palabras de consuelo o de lección moral sobran en ese momento.

Cuando las palabras no añaden nada a lo que ya hay en el corazón —tantas veces ocurre esto— y el silencio no es capaz de aguantar la presión de una alegría desbordante, solo cabe expresar con obras lo que se siente. Hay que celebrarlo con una cuidada comida.

Lo más propio para celebrar un gran acontecimiento es un banquete. Una fiesta en la que todo esté bien preparado: los trajes, la música, la presentación, la participación de todos sin que nadie pueda ni deba faltar... Solo una comida así es el espacio adecuado donde disfrutar con otros, charlar y reír con ganas, con gustos que nos hagan saborear ese momento, contar las alegrías e ilusiones, grandes o pequeñas, que cambian el sabor de amargas pasadas, reponen fuerzas del cuerpo y del alma...

Celebrar las alegrías de la vida con una comida cuidada es la respuesta lógica de Dios Padre, y de los que aman como Él.

Terneros cebados y cabritos

Cuando decimos que un banquete es el mejor modo de celebrar la fraternidad y unidad entre las personas, fácilmente nos viene a la mente el propio banquete pascual celebrado en el cenáculo de Jerusalén la víspera de la Pasión y Muerte del Señor. Todos los discípulos guardarán en su memoria cada momento de la cena pascual. Pero hay uno, Judas Iscariote, que por esa misma misericordia se ve superado ante una actitud y un lenguaje que apenas entiende. La mezquindad de Judas, forjada y acrecentada durante mucho tiempo, queda al descubierto. Cuando el amor misericordioso de Jesús rompe todos los diques de contención, arrastra tras de sí todo corazón sin vida que huya desconcertado. Si alguno le deja una pequeña brecha, por pequeña que sea, aquella alma volverá a la vida, como ocurrió con el hijo pródigo. Una comida celebrativa es el mejor modo de sentir la unidad con los que estamos unidos. Y al mismo tiempo es una buena piedra de toque para descubrir quién está unido y quién no lo está tanto.

Similar al de Judas es el caso del hermano mayor de la parábola. Este, quizá por el hecho de ser mayor o por permitir que su corazón se haya ido endureciendo con el tiempo, no puede entender la actitud de su padre. Bien es verdad —lo hemos dicho ya— que tampoco el hermano menor la comprende del todo. Se conforma con aceptarla, aun siendo plenamente consciente de lo inmerecido (¿injusto?) del premio que recibe, pues sabe que aquello le ayudará a volver a sentirse parte de la familia, y eso es lo que busca en el fondo del corazón.

El banquete hará esa función purificadora. Un ternero bien cebado es una prueba bastante clara de que es así. Él, con su mentalidad estrecha, quizá no pedía tanto, sino que probablemente le bastaría, y soñaría, con el rancho diario de un jornalero, que al menos le permitiría subsistir. Tal estado de degradación Dios lo cubre con su medida, siempre generosa e incluso exagerada. Como siempre, los hombres pedimos como somos y Dios nos da como es.

El hermano mayor no solo no comprende la celebración, sino que se rebela. Es más, le echa en cara a su padre no tanto el trato de favor que tiene con ese otro hermano —ni siquiera llega a ese nivel de envidia— sino que piensa más bajo aún, piensa en sí mismo: «Mira cuántos años hace que te sirvo sin desobedecer ninguna orden tuya, y nunca me has dado ni un cabrito para divertirme con mis amigos. Pero en cuanto ha venido ese hijo tuyo que devoró tu fortuna con meretrices, has hecho matar para él el ternero cebado».

Hace la acusación más dura que un hijo puede hacer a su padre: le acusa de no quererle. Y con ello se pone en evidencia, mostrando que es él quien no sabe querer. Si todo pecado nubla la vista, la soberbia ciega, y aquel joven no podía ver el amor del Padre, y piensa que es desamor. En realidad, su mirada apagada hace ya tiempo que ha perdido la luz del amor, el brillo del cariño y de la ternura.

Las actitudes de los dos hijos son reprochables. Pero la frialdad del hijo mayor, al tiempo que se alejaba del amor del padre, le ha hecho poco a poco muy retorcido. Lleva la cuenta. ¿En qué nota la aparente falta de cariño del padre? En que, a pesar de servirle hace tantos años y con tanta diligencia «nunca me diste un cabrito para hacer fiesta con mis amigos».

Pensemos en lo sibilino y astuto del argumento. Lo que le dice por fuera a su padre es que no necesita un ternero cebado, se conformaría aparentemente con un cabrito. Parece justo y sensato, pero no es problema de un ternero, que podría haber tenido cuando quisiera. Lo que realmente ocurre es que su vida gira en torno a él, no ve más allá. Es incapaz de comprender la actitud del padre, es incapaz de comprender a nadie que no sea él mismo.

Preparar la comida adecuada al estado del alma

De este modo, la parábola del hijo pródigo muestra cómo la comida puede y debe responder a la situación del alma y a la dignidad de cada persona. Es el hambre lo que hace que el hijo pródigo cambie de actitud, es un banquete organizado por su padre lo que le devuelve su dignidad, y es la falta de esa comida la que reprocha el hijo mayor y pone de manifiesto su verdad.

Todas las madres son expertas en psicología y entienden perfectamente cuál es la comida que necesitan sus hijos y su marido en cada momento, cuándo toca celebrar o cuándo toca quedarse sin comer. Dios, la mejor de las madres, lo sabe mejor que nadie. Con Dios, cuando se trata de alegrar a alguien que lo necesita porque ha vuelto a casa — ¡y qué frecuentes son esas ocasiones, no lo olvidemos!— la medida mínima es el banquete.

Todo hombre merece por justicia su salario[25], y no hay nada más indigno que no salir al paso de las necesidades de los más indigentes. Y —repetimos de intento— si se trata de celebrar fiesta, de comer los hijos de Dios con los hijos de Dios, la medida mínima es el banquete. Comer junto a Dios ya es un motivo suficiente para que esa comida sea la mejor posible y se cuide de modo especial.

Como dijimos, cuando hablamos de banquete no se trata de que comamos manjares caros. El Evangelio nos habla de un modo gráfico. Lo esencial no es tanto el dinero que se gasta, sino el cuidado y el cariño en las cosas de la mesa.

La comida puede ser un modo de decir a los comensales: Dios está entre nosotros. Y si alguno lo necesitara, es un modo de decirle: bienvenido a casa, te estaba esperando, todo estaba preparado para tu regreso, aquí tienes tu hogar, aquí siempre podrás saciarte de cariño.

Esa relación esencial que se da entre filiación divina (sentirse auténticos hijos de Dios) y espíritu de familia (el ambiente de hogar que todos necesitamos), requiere un ámbito cuidado lleno de ternura[26].

Al final de la lectura de la parábola, lo que más queda en quienes la meditan con corazón atento no es tanto una enseñanza concreta, sino más bien una paleta variada de gustos que casi se pueden paladear: el gusto agrio del hijo pródigo, la dulzura del padre y la amargura del hijo mayor.

Dios, una y otra vez, se gana a las almas por el estómago.

- 25 El término salario, de hecho, supone un pago en especies alimenticias, una cantidad de sal; de ahí su origen etimológico.
- 26 Algún autor ha destacado que, cuando Rembrandt pinta su famoso cuadro que ilustra ese momento del encuentro entre el padre y el hijo, una de las manos que el padre apoya en el hombro de su hijo es anatómicamente una mano de mujer, de madre, queriendo expresar que toda la femineidad de Dios se vuelca en ese momento en ese muchacho que, más que nunca, necesita toda la ternura y el consuelo de una buena madre.

10. MULTIPLICACIÓN DE LOS PANES Y LOS PECES

Sobreabundancia

«Al oírlo Jesús se alejó de allí en una barca hacia un lugar apartado él solo. Cuando la gente se enteró le siguió a pie desde las ciudades. Al desembarcar vio una gran muchedumbre y se llenó de compasión por ella y curó a los enfermos. Al atardecer se acercaron sus discípulos y le dijeron:

—Este es un lugar apartado y ya ha pasado la hora; despide a la gente para que vayan a las aldeas a comprar alimentos.

Pero Jesús les dijo:

—No hace falta que se vayan, dadles vosotros de comer.

Ellos le respondieron:

—Aquí no tenemos más que cinco panes y dos peces.

Él les dijo:

—Traédmelos aquí.

Entonces mandó a la gente que se acomodara en la hierba. Tomó los cinco panes y los dos peces, levantó los ojos al cielo, pronunció la bendición, partió los panes y los dio a los discípulos y los discípulos a la gente. Comieron todos hasta que quedaron satisfechos, y de los trozos que sobraron recogieron doce cestos llenos. Los que comieron eran unos cinco mil hombres, sin contar mujeres y niños» (Mt 14, 13-22).

Entre todos los milagros de Jesucristo, los Evangelios recogen dos escenas muy parecidas, cercanas en el tiempo. Han pasado a conocerse como la primera y la segunda multiplicación de los panes y los peces. En ambas escenas destaca una idea: que Jesús da el alimento en abundancia, sin desperdiciar nada de lo sobrante.

Tiempo de primavera, tiempo de descanso

El milagro de la multiplicación debió transcurrir en tiempo de primavera, pues señala el Evangelio (cfr. *Mc* 6, 40 y *Jn* 6, 10) que la hierba estaba verde. Aún hoy existe, en la orilla oriental del lago de Genesaret, una verdadera pradera llamada El-Batihah donde pudo tener lugar ese milagro. En ella podían sentarse cómodamente los cinco mil hombres (sin contar mujeres y niños) a los que se refiere el pasaje. El lugar invitaba al descanso y a la contemplación de la Creación, que era lo que Jesús buscaba. La grandeza

de la naturaleza creada por su Padre Dios le ayudaba a lograr reposo y a pensar en Dios y en su poder creador.

Mejor situado que el primero, el segundo lago formado por el Jordán era un escenario espléndido para un milagro en el que quiere mostrar la magnificencia de Dios en todo, empezando por lo más visible: la Creación. En los Evangelios suele denominarse lago de Genesaret o Mar de Galilea. Juan lo llama también Mar de Tiberíades.

Horas antes acababa de ocurrir un suceso muy doloroso para Jesús: la muerte de san Juan Bautista a manos de Herodes. El Señor se encontraría abatido por ello, y busca retirarse con los suyos: «Venid vosotros solos a un lugar apartado, y descansad un poco. Porque eran muchos los que iban y venían y ni siquiera tenían tiempo para comer» (*Mc* 6, 31; ya en otra ocasión —*Mc* 3, 20— se hace referencia a la falta de tiempo incluso para comer). Cualquiera de nosotros hemos disfrutado de jornadas en el campo y hemos comprobado cómo ayuda a que cuerpo y alma se expansionen. La abundancia del amor de Dios Creador nos libera.

Y es que la sobreabundancia es una característica de todo lo divino. En el caso de la Creación, Dios Padre es exagerado, derrochador. Dios Espíritu Santo no para de derramar su amor en las almas sobreabundantemente. Y Jesús también sobreabunda en todo lo que hace, pues su Corazón no tiene medida. Por eso busca el descanso de los suyos: «El Señor hace descansar a sus discípulos para enseñar a los que gobiernan que quienes trabajan de obra o de palabra no pueden trabajar sin interrupción» (san Beda).

Pero si bien es cierto que Dios sobreabunda en todo lo que es y hace, más cierto aún es que lo más abundante en Dios será siempre su misericordia: «Porque es eterna su misericordia». Y así, pese a la situación física y psíquica en la que Jesús se hallaba, es mucho más llamativa la reacción de Jesús al encontrar una multitud que le busca necesitada. Sin ni siquiera reclamárselo, Él mismo cae en la cuenta de la indigencia de tanta gente. Dios sobreabunda en todo lo que hace y en todo lo que da.

Sobreabundancia: la característica de las obras de Dios

Según nos narra el relato más antiguo del Génesis (*Gen* 2, 4-3, 24), el hombre fue colocado desde el principio por Dios en un jardín exuberante cuyos frutos estaban a su disposición. Desde los comienzos hasta la actualidad, Dios fue, es y será aquel que da la comida a todo viviente, especialmente a los más pobres y necesitados (Salmo 136, 25; 145, 15-16; 34, 11; 107, 36-38; 1 *Sam* 2, 5; *Is* 65, 13), y siempre con magnanimidad: «Los pobres comerán hasta saciarse» (Salmo 22). Lo único que necesita el Señor es una respuesta confiada por parte del hombre.

Toda la historia del pueblo de Israel se basa en esa promesa que Dios le hace de alcanzar un lugar «que mana leche y miel» (*Ex* 3, 8.17; cf 13, 5; 33, 3; etc.). Para alcanzar esa Tierra, Israel debe poseer un corazón que sobreabunde en confianza en Dios, que sepa ver en la abundancia un don de la bondad divina y no el resultado de su propio trabajo (*Dt* 8, 17), o menos aún de la intervención de otras divinidades (*Os* 2, 7; cf. *Jer* 44, 17).

En sentido contrario, la falta de comida será entendida por los hombres como consecuencia de la infidelidad (*Am* 4, 6-9) y una llamada a la conversión (*Os* 2, 8-17). Perdida esa confianza y cometido el grave pecado de idolatría, la esplendidez se convertirá en un signo que señalará el tiempo de la llegada del Mesías esperado.

Señal de la llegada del Mesías

En ese contexto, la escena de la multiplicación de los panes y los peces contiene las dos características que anuncian la llegada de esos tiempos mesiánicos.

Por un lado, el pueblo que se acerca a Jesús es una multitud cuya confianza en Él es incondicional. Le siguen a pie desde las ciudades sin echar cuenta sobre qué será de ellos al llegar, qué comerán. «El lugar es desierto y ya ha pasado la hora». Los discípulos saben apreciar la magnitud del problema y Jesús sabe apreciar la grandeza de aquellos corazones —y estómagos— indigentes. Dios premia la perseverancia de su seguimiento, olvidándose de todo lo demás. No piensa en los obstáculos, le basta un terreno bien abonado con la confianza plena en la Providencia divina.

Por otro lado, a esa sobreabundancia de fe sencilla del pueblo responderá el Mesías con similar esplendidez. Como hacían considerar frecuentemente los santos Padres, Moisés repartía el maná según las necesidades de cada uno, de manera que lo que sobraba se llenaba de gusanos (*Ex* 16, 16-20); del mismo modo Elías dio a la viuda lo que era indispensable para su sustento (*1 Reg* 17, 13-16). En cambio, Jesús da con generosidad, con abundancia.

Como habían predicho los profetas (cfr. *Jer* 31, 14), los tiempos mesiánicos se conocerían por la abundancia, también material. Así se entiende que el comienzo de la vida pública sea el milagro de las bodas de Caná, un signo en el que Jesús muestra claramente su magnanimidad.

«La señal de Dios es la sobreabundancia. Lo vemos en la multiplicación de los panes, lo volvemos a ver siempre, pero sobre todo en el centro de la Historia de la Salvación: en el hecho de que se derrocha a sí mismo por la mísera criatura que es el hombre. Este exceso es su “gloria”. La sobreabundancia de Caná es, por ello, un signo de que ha comenzado la fiesta de Dios con la humanidad, su entregarse a sí mismo por los hombres. El marco del episodio —la boda— se convierte así en la imagen que, más allá de sí misma, señala la hora mesiánica»[27].

Pocas cosas dejan peor sensación en el corazón de una madre de familia que una comida escasa. Una madre hace lo que sea necesario para dar de comer a sus hijos y, si puede, con abundancia. ¿Cuántas veces habremos dicho a nuestra madre: “Mamá, no me echas tanto”? ¿Cuántas nos habrá insinuado que repitamos? ¡Qué escena más normal ese último cazo echado en nuestro plato cuando menos lo esperábamos! Las madres, como Dios, se esmeran en las comidas y no escatiman.

¿De qué nos habla esa sobreabundancia? ¿Qué significan esas sobras y ese derroche? Para los mezquinos de corazón, es un mal cálculo. Para nosotros es un signo de Dios, que nos ama más de lo que pensamos, sin escatimar. Su alegría, su paz, su

ternura, su misericordia..., todos los frutos de su corazón son excedentes, que no se pierden porque ese amor no debido es pura ganancia.

Jesús se conmueve con el derroche de la mujer pecadora y se aleja de la cicatería de Judas; muestra la alegría del Padre del hijo pródigo que dilapidó su hacienda pero se arrepiente, y reprocha el cálculo frío del hijo mayor; su corazón desborda en la Pasión anegando toda nuestra rebeldía humana. Y así es Dios en todas sus manifestaciones. Sobreabundante.

Donde abundó el pecado sobreabundó la gracia

Lo primero que llama la atención de ambos milagros es la desproporción entre los medios que poseen y la multitud que les rodea. Entre cuatro mil hombres solo consiguen hacerse con siete panes y unos cuantos pececillos; y entre cinco mil hombres solo conseguirán cinco panes y dos peces. Mientras que a la hora de recoger lo que sobra, asombra de nuevo la desproporción: siete espuelas llenas y doces cestos, respectivamente.

No es que Dios calcule mal, es que su modo de calcular es muy distinto del nuestro. Busca precisamente que dejemos de pensar como los hombres y aprendamos a pensar como Dios, a confiar más y más en Él. Jesús enseña a sus discípulos a confiar en Él ante las dificultades que encontrarán en sus futuras tareas apostólicas, al emprenderlas con medios insuficientes. Él aportará lo que falta.

Fe en Dios, por tanto, que no deja de actuar y lo hace siempre contando con lo poco que los hombres puedan darle, claramente insuficiente para calmar el hambre y la sed de tantos. A partir de ahí puede hacer Dios cosas grandes: «De que tú y yo nos portemos como Dios quiere —no lo olvides— dependen muchas cosas grandes»[28].

Lo único que Dios necesita es un corazón grande como el suyo, que sepa conmoverse ante las necesidades del prójimo, no solo materiales sino también aquellas que más tocan el corazón de Jesús: la ignorancia acerca de Dios. Las necesidades materiales desde luego han de conmover constantemente el corazón verdaderamente cristiano. Y así nos lo recuerda constantemente el Magisterio de la Iglesia con su llamada a salir a las periferias, a los más indigentes. Los excedentes de comida que en nuestros días se tiran mientras que millones de personas tienen hambre, ofrecen, en el gesto de recoger lo que sobra, una respuesta elocuente y un modelo de comportamiento a seguir para todos los hombres de buena voluntad[29]. Ahora bien, «se muere mi pueblo por falta de doctrina»[30].

Solo Jesús es consciente de la verdadera menesterosidad de aquellas gentes, que no se reducen ni mucho menos a sus necesidades fisiológicas, sino a los medios que necesitan para ser salvados. La comida es, una vez más, un signo de lo que traerá Cristo con los sacramentos, sobre todo con la Eucaristía.

Este milagro es una figura de la Sagrada Eucaristía: Cristo lo realizó poco antes de la promesa de este sacramento (*Jn* 6, 1 ss) y es constante esta enseñanza en los Santos

Padres. Poder y amor van juntos a la hora de alimentar a su pueblo. «Lo tome uno o lo tomen mil, lo mismo toman estos que aquel, no se agota por tomarlo»[31].

El gesto de elevar los ojos al cielo lo recuerda el *Canon Romano*. El relato del milagro comienza casi con las mismas palabras con que los sinópticos y san Pablo narran la institución de la Eucaristía (*Mt* 26, 26); *Mc* 14, 22, *Lc* 22, 19; *1 Cor* 11, 25).

El gesto de coger los panes e irlos partiendo y repartiendo recuerda el modo propio que Jesús tenía de repartir el pan en las comidas que tenía con sus discípulos; son los gestos de la Última Cena y de cada Eucaristía que se celebre. El milagro consiste en que los trozos de pan se multiplican en las manos de Jesús, tal y como solía hacerlo el padre de familia o el que presidía la mesa[32]. El Señor sigue esa costumbre que nos enseñan la naturalidad y el ritmo que han de tener los verdaderos milagros que le pidamos a Dios, muy alejados de la espectacularidad que a veces se busca.

El gesto de recoger los trozos, para no derrochar y como prueba tangible del milagro también nos recuerda a la Eucaristía como modo pedagógico de mostrar el valor de las cosas pequeñas hechas con amor de Dios: no solo el orden de los detalles materiales, la limpieza, el acabar las tareas hasta el final, sino también el cuidado en las reservas eucarísticas. Como en una partícula pequeña de la Eucaristía está todo Dios, los detalles pequeños con Jesús sacramentado se hacen grandes por el amor que se ponga en ellos.

Todo el pasaje confluye en un mensaje claro: la abundancia de los dones divinos, en el plano de la gracia y de la gloria, de los medios y del premio eterno Dios da a los hombres más gracias de las que estrictamente necesitarían. No hay margen para la desesperanza ni para la desesperación. «Donde abundó el pecado sobreabundó la gracia» (*Rom* 5, 20); «la gracia sobreabunda en nosotros con toda sabiduría» (*Ef* 1, 8), «sobreabundó la gracia de Nuestro Señor con la fe y caridad que está en Cristo Jesús» (*1 Tim* 1, 14).

27 J. RATZINGER, *Jesús de Nazaret II*, p. 298.

28 San Josemaría, *Camino* n. 755.

29 «Después de haber alimentado con liberalidad a la muchedumbre, el Señor recomienda a sus discípulos recoger lo que ha sobrado para que nada se pierda. ¡Qué hermosa lección de economía, en el sentido más noble y más pleno de la palabra, para nuestra época dominada por el derroche! Lleva consigo además la condena de toda una concepción de la sociedad en la que hasta el mismo consumo tiende a convertirse en propio bien, despreciando a los que se ven necesitados y en detrimento, en definitiva, de los que creen ser sus beneficiarios, incapaces ya de percibir que el hombre está llamado a un destino más alto» (PABLO VI, *Discurso a los participantes en la Conferencia Mundial de la Alimentación*, 9.XI,74).

30 *Os* 4, 6.

31 De la secuencia que compuso santo Tomás para la Misa del Corpus Christi.

32 Los panes en Oriente Próximo suelen tener la forma de tortas delgadas, que se parten fácilmente con las manos y se distribuyen a los comensales.

11. MI CARNE ES VERDADERA COMIDA

Sobre el realismo cristiano

«Jesús les respondió:

—Yo soy el pan de vida; el que viene a mí no tendrá hambre, y el que cree en mí no tendrá nunca sed.

Los judíos, entonces, comenzaron a murmurar de él por haber dicho: “Yo soy el pan que ha bajado del cielo”. Y decían:

—¿No es este Jesús, el hijo de José, de quien conocemos a su padre y a su madre? ¿Cómo es que ahora dice: “He bajado del cielo”?

Respondió Jesús y les dijo:

—No murmuréis entre vosotros. Nadie puede venir a mí si no le atrae el Padre que me ha enviado, y yo le resucitaré en el último día. Está escrito en los Profetas: Y serán todos enseñados por Dios. Todo el que ha escuchado al que viene del Padre, y ha aprendido, viene a mí. No es que alguien haya visto al Padre, sino que aquel que procede de Dios, ese ha visto al Padre. En verdad, en verdad os digo que el que cree tiene vida eterna. Yo soy el pan de vida. Vuestros padres comieron en el desierto el maná y murieron. Este es el pan que baja del cielo, para que si alguien lo come no muera. Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo. Si alguno come este pan vivirá eternamente; y el pan que yo daré es mi carne para la vida del mundo

Los judíos se pusieron a discutir entre ellos:

—¿Cómo puede este darnos a comer su carne?

Jesús les dijo:

—En verdad, en verdad os digo que si no coméis la carne del Hijo del Hombre y no bebéis su sangre, no tendréis vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna, y yo le resucitaré en el último día. Porque mi carne es verdadera comida y mi sangre es verdadera bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí y yo en él. Este es el pan que ha bajado del cielo, no como el que comieron los padres y murieron: quien come este pan vivirá eternamente» (Jn 6, 35, 41-56, 58).

El discurso del Pan de vida es uno de los más importantes que Jesús pronuncia durante su vida pública. Tiene lugar en Cafarnaún, localidad en la que desarrollaba su ministerio en Galilea. En él Jesús revela quién es, de dónde procede y qué bienes nos comunica: la fe, la Eucaristía y la vida eterna.

El discurso se abre con un diálogo entre Jesús y los judíos. Ellos, que veían en el maná que recogían los israelitas durante su paso por el desierto un símbolo de los bienes que traería el Mesías, le piden a Jesús que haga un portento semejante. Sin embargo, no podían ni siquiera sospechar que el maná era figura del gran don mesiánico que Dios iba

a comunicar a los hombres: su propio Hijo presente en el misterio de la Sagrada Eucaristía.

El discurso consta de dos partes: en la primera Jesús se presenta como el Pan de vida, y en la segunda Cristo revela el misterio de la Eucaristía.

Sus palabras son de un realismo tan fuerte que excluyen —frente al maná— cualquier interpretación en sentido figurativo. Los oyentes entienden el sentido propio y directo de las palabras de Jesús, pero no acaban de creer que tal afirmación pueda ser verdad.

Por todo lo dicho tal vez se trate del mejor texto para hablar del realismo cristiano que se encierra en el sacramento de la Eucaristía, y en general en toda la vida humana.

Tras esta reflexión, que no he querido ahorrar porque resulta esencial para lo que ahora vamos a desarrollar, pensemos en el misterio de la Eucaristía, y vayamos, sin interpretaciones, al texto del Evangelio: «Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo»; «si no coméis la carne del Hijo del Hombre y no bebéis su sangre, no tendréis vida en vosotros».

El pan, el alimento más básico

La pobreza del suelo no ha permitido nunca a la población de Palestina una alimentación excesivamente rica. La comida básica era el pan. De hecho, tomar la propia comida se indica en la Sagrada Escritura a menudo con la expresión «comer el pan» (*Gen 37, 25*). En el imaginario colectivo del pueblo judío, por tanto, el pan es el alimento humano esencial. La carne se reservaba para circunstancias especiales, como la llegada de un huésped (*Gen 18, 7*). Decir pan era decir alimento[33].

Así se entienden las constantes referencias al pan en el Evangelio. San Marcos tiene, por ejemplo, toda una «sección de los panes» (así se suelen denominar los textos que van de *Mc 6, 33* a *8, 21*), llamada así por sus numerosas referencias al pan: la primera multiplicación de los panes y los peces, la enseñanza a los fariseos después de que murmurasen al ver a los discípulos comer pan con las manos impuras, el diálogo con la mujer sirofenicia a la que contesta que no está bien tomar el pan de los hijos y echárselo a los perrillos, la segunda multiplicación de los panes y los peces, la escena en la barca en la que los discípulos olvidan llevar panes y Jesús les habla de la levadura de los fariseos...

Ahora bien, en esa misma sección solo san Juan recoge este discurso del pan de vida, que va al núcleo de la enseñanza de Jesús y a la estrecha relación que se da entre lo que la comida significa y la salvación anunciada por Jesús. Por más que el pan pueda verse como un alimento indispensable, el verdadero Pan de Vida es Él mismo, Jesús de Nazaret.

En definitiva, el discurso de Cafarnaún es una prefiguración de la Eucaristía. De esta manera, Jesús adelanta la sacramentalidad que puede llegar a tener el alimento más básico que el ser humano toma diariamente: el pan.

La sacramentalidad del pan

Sabemos que los sacramentos de la Iglesia contienen lo que significan. En el caso de la Eucaristía no se trata solo de que esta signifique, o simbolice, el cuerpo de Cristo, sino que *realmente es* el Cuerpo de Cristo.

Aunque la puerta de entrada de los sacramentos sea el Bautismo, que nos hace hijos de Dios, la Eucaristía es la fuente y el culmen de los demás sacramentos y de toda la vida cristiana[34]. La Iglesia vive de la Eucaristía, el pan de vida.

Ese contenido real de los sacramentos es lo que hace que estos canales de la gracia instituidos por Jesucristo sean los medios que Dios nos da para salvar el gran problema que el hombre encuentra en su trato con Dios: la distancia infinita entre Dios y los hombres. Dios soluciona ese salto ontológico, que el hombre no podría salvar por más que pusiera de su parte, instituyendo canales que, estando a nuestro alcance, posibiliten ese encuentro.

Abarcar el misterio de Dios es imposible. Hay un personaje de un cuento de Borges que pretende lograrlo: quería hacer un mapa cartográfico cada vez más fiel a la realidad, y fue creciendo y creciendo en la escala y en el tamaño del papel. Cada vez era más fiel a la realidad que buscaba copiar, pero no tenía papel suficiente para poder usar la escala 1.1. ¿De qué sirve una imagen real de la realidad? ¿Qué añade? Solo sirve para quitarle a la realidad lo más importante: su realismo. Nosotros no somos capaces de representar a Dios tal como es. No somos Dios. Y si lo hiciéramos, esa imagen le quitaría a Dios lo más importante: su realidad.

Lo que nosotros no podemos, Dios se adelanta a hacerlo. Nadie como Él conoce la realidad de la que estamos hechos, y sabe perfectamente que «la especie humana no soporta demasiada realidad»[35]. Somos de la raza de Dios, pero no somos Dios. Todo lo que es divino nos supera, no podemos contenerlo en toda su trascendencia. Necesitamos la humildad de la fe y la ayuda de Dios.

Así, en contraste con el maná bajado del cielo que dio Moisés, Jesús es el verdadero pan del Cielo, el pan de Vida: Por eso «si alguno come este pan vivirá eternamente».

Comer mi carne, beber mi sangre

A estas alturas del discurso, ya la mayoría de los oyentes de Jesús se encontraban desconcertados. Se va preparando una desbandada general que no puede soportar la dureza de sus palabras. Volvemos a decir: son humanos y, como tales, no soportan demasiada realidad.

La realidad de la presencia real, sustancial, de Cristo en la Eucaristía requiere una vida de fe que ni siquiera los discípulos tenían en ese momento. Si ellos no terminan también yéndose se debe a la ascendencia que sobre el grupo tiene Pedro, que se aferra a la falta de una alternativa clara: «¿A quién iremos? Solo Tú tienes palabras de vida eterna».

No entienden, pero se fían. De algún modo ya tienen la esencia de lo que luego se les dará a lo grande: una fe que no busque explicar, sino comprender[36]. Porque, ¿en qué consiste tener vida eterna si no es precisamente en vivir vida divina, por encima de criterios humanos? ¿Quién puede amar y aceptar la Eucaristía sino aquel que, con humildad, reconoce que Dios, como Dios que es, puede permanecer en las especies sacramentales del pan y del vino? «Mi carne es verdadera comida y mi sangre es verdadera bebida». He ahí la afirmación más difícil de entender para aquellos hombres y también para muchos de nuestros contemporáneos.

Nunca ha habido ni habrá dos realidades que estén tan infinitamente separadas (Dios y el pan) y al mismo tiempo tan esencialmente unidas (la Eucaristía).

La Eucaristía es el culmen y la fuente de toda la realidad y, por ello, de toda la vida cristiana.

Qué se parece a qué

Llegado a este punto solo queda sacar una conclusión que se pueda aplicar a nuestra comida diaria. Y no será difícil si ponemos en orden los términos de la comparación.

Por lo que hemos visto, la Eucaristía es el verdadero pan que el hombre necesita, pues el hombre lo que más necesita es a Dios. Sin embargo —y esto es muy importante—, no es que la Eucaristía tenga sentido a partir del pan cotidiano (que primero sea el pan cotidiano y luego el verdadero Pan que es Cristo). Es al contrario: la referencia principal, aquel alimento al que todo alimento debe mirar, es la Eucaristía. Ese y no otro es el pan que “soporta” toda la realidad, que es Dios.

¿Y el resto de alimentos? Desde que Cristo se hizo alimento por nosotros, todos los demás alimentos ya no son solo cosas que nos ayudan a subsistir y a nutrirnos como especie humana. Desde que el Mesías comió pan, ya todo pan es don de Dios. Ningún nutriente cumple ya solo una función meramente biológica, pues Cristo ha elevado toda la realidad, empezando por el ser humano y llegando hasta las cosas más materiales y básicas de nuestra existencia.

Cada vez que nos sentamos a la mesa a comer no cumplimos simplemente con una función básica, como animales desarrollados que somos. La comida tiene ya para nosotros algo de misterio, nos habla de Dios y de su poder, de su cercanía y de su entrega, del amor y la compasión que nos tiene, de su afán por compartir (*cum-partire*) con nosotros el pan y nuestras necesidades más básicas.

Y entre aquellos que comen juntos y quienes facilitan ese encuentro en torno a la mesa de Dios (porque toda mesa es ya mesa donde está Dios) se crea una corriente que nos une con el mismo Cristo: es Comunión.

- 33 Sabemos que muchos pueblos no comen pan, pero sí arroz. Más aún, el arroz es la base de la alimentación de la mitad de la población del mundo. No era ni es así en el caso de los judíos.
- 34 Decr. *Sacrosanctum Concilium*, n.10.
- 35 T. S. Eliot emplea esa expresión en dos de sus obras más famosas: *Cuatro cuartetos* (en el inicio del primero de ellos, *Burnt Norton*) y en *Asesinato en la catedral* (pronunciado por el Coro ante la muerte de Thomas Becket).
- 36 Libro de Job, 42, 3.

12. SU CORAZÓN ESTÁ MUY LEJOS DE MÍ

Sobre la estética en la mesa

«Se reunieron junto a él los fariseos y algunos escribas que habían llegado de Jerusalén, y vieron a algunos de sus discípulos que comían los panes con manos impuras, es decir, sin lavar. Pues los fariseos y todos los judíos nunca comen si no se lavan las manos muchas veces, observando la tradición de los mayores; y cuando llegan de la plaza no comen, si no se purifican; y hay otras muchas cosas que guardan por tradición: purificaciones de las copas y de las jarras, de las vasijas de cobre y de los lechos. Y le preguntaban los fariseos y los escribas:

—“¿Por qué tus discípulos no se comportan conforme a la tradición de los mayores, sino que comen el pan con manos impuras?”

Él les respondió:

—Bien profetizó Isaías de vosotros, los hipócritas, como está escrito:

“Este pueblo me honra con los labios,

pero su corazón está muy lejos de mí.

Inútilmente me dan culto,

mientras enseñan doctrinas

que son preceptos humanos”.

Abandonando el mandamiento de Dios, retenéis la tradición de los hombres» (Mc 7, 1-8).

Los escribas acusan a los discípulos de Jesús de omitir los ritos de la purificación que todos los judíos debían cumplir, y acusan de paso al mismo Jesús por permitir esa actuación que va contra la Ley. El Señor se sirve de ese escenario para poner en guardia a quienes le escuchan del peligro del *legalismo*, esa enfermedad de la conciencia que consiste en cumplir lo previsto en las normas o costumbres sin tener en cuenta el sentido o el fin que tienen.

El espíritu de lo que el Señor denuncia en este pasaje nos puede servir para abordar un tema referido a la comida y muy de moda en nuestros días: la separación radical que con frecuencia se da entre el cuidado de los formalismos y el motivo de vivirlos, que no es ni puede ser otro que las personas mismas.

Por tanto, vamos a abordar aquí el peligro de lo que podemos denominar *esteticismo*: poner tanto hincapié en los aspectos externos de la elaboración y presentación de las comidas —que toda comida debe tener sin lugar a dudas— que

podamos olvidar por quién se hace. O al menos, sin llegar a ese extremo, correr el riesgo de poner en segundo lugar lo que debería ser prioritario: las personas.

Comer con manos impuras

El modo educado de comer ha evolucionado mucho con el tiempo. Por más relativas que sean las distintas costumbres según las culturas o según los tiempos, el relativismo en este ámbito —como en todos— acaba siendo una falacia. En todas las culturas el ser humano ha ido mejorando en su modo de alimentarse, y no solo en cuanto al contenido de lo que come (llegando a la antropofagia), sino sobre todo en la forma de hacerlo.

Son innumerables los escritos que recogen la evolución y el progreso del arte culinario, desde aspectos puramente higiénicos hasta los que se refieren más a la presentación de la comida y al modo de comer[37].

Puede ser que en el caso de algunos alimentos o de algunos lugares comer con las manos sea lo correcto e incluso lo elegante. No obstante, nadie pensará que el modo de comer de los pueblos bárbaros o de los vikingos era más avanzado que el nuestro, o más propio de la categoría humana. Si, como es el caso del pasaje evangélico que nos ocupa, nos refiriéramos a la higiene o limpieza, sería mucho más patente.

Pero dicho esto, hoy día en nuestras culturas occidentales desarrolladas nos encontramos más bien en el polo opuesto. Pecamos de exceso.

En nuestra época y en el ambiente occidental, la pérdida del sentido trascendente de la vida y su sustitución por un materialismo instalado, ha llevado a hacer de la materia misma —también de la materia alimenticia— un ídolo. Se idolatra a los *chefs* de renombre, y algunos restaurantes de lujo son santuarios con unas normas y una compleja *paraliturgia*, donde se tratan los sabores como algo divino.

No se trata de criticar la *Alta Gastronomía*, ni mucho menos el trabajo digno y cualificado de tantas personas que procuran dar lo máximo en su profesión. Ojalá sea siempre mayor el número de *gourmets*, de personas con gustos delicados y paladares exquisitos, que nos hagan disfrutar de los placeres que reporta una buena comida. Personalmente conozco a bastantes personas que ponen cada día sumo cuidado y cariño en la presentación adecuada de cada plato, o en la armonía y belleza que toda esa labor puede crear[38].

Precisamente por eso, porque gracias a Dios son aún mayoría los que entienden que cada vez más y más en tantos ambientes del mundo el esteticismo hueco parece ganar adeptos, resulta necesario recuperar la cordura y señalar los peligros de enfatizar el aspecto estético antes que el humano.

Ya san Pablo, que no podía conocer los actuales excesos pero conocía bien los de su época, denunciaba con gran fuerza a aquellos enemigos de la Cruz de Cristo cuyo dios es el vientre, su gloria es su vergüenza y solo piensan en las cosas terrenales (*Fil 3, 19*). Aquellos tiempos siguen siendo los nuestros. Cambiemos un poco el mobiliario, el lenguaje y el modo de vestirnos y veremos que hoy pasa lo mismo.

El lujo, la elegancia y la cortesía[39]

Hablemos ahora de tres conceptos que pueden ayudarnos a comprender mejor lo que venimos diciendo. Me refiero a las ideas de lujo, elegancia y cortesía: del lujo hay que huir, mientras que la elegancia y la cortesía son ingredientes necesarios de toda comida humana.

La escalada de emulación en el modo lujoso de comer y beber ha provocado más y más división entre los distintos contextos culturales y sociales. Restaurantes de lujo compiten con frenesí por comer mejor y más caro que otros, y su refinamiento descompensado puede alcanzar lo cursi y lo ridículo. También en el caso de los cocineros, como en el de cualquier artista, la apariencia de elegancia y riqueza puede acabar en mal gusto.

Hemos olvidado tal vez que el único lujo que puede darse en una mesa con comida es la persona misma. Cada persona vale más que todos los alimentos, recetas, menús... que puedan hacerse durante toda la Historia del mundo. Solo la persona vale y hace valer.

Para alcanzar la *elegancia*, aclara Balzac[40], es preciso, en primer lugar, que lo conseguido posea *nobleza* y otorgue *distinción* al porte y a los modales. En segundo lugar, lo elegante ha de ser bien proporcionado, en el sentido de que no se encuentre inacabado o maltrecho. Y en tercer lugar —y esto es tal vez lo más importante—, en lo elegante debe brillar la *sencillez*, entendida como simplicidad y claridad: la forma no ha de ser recargada, los medios no deben ser complicados o embrollados, y los movimientos han de ser suaves. He ahí tres criterios para saber si una comida es o no elegante[41].

Finalmente, la *cortesía*. Sin duda la cortesía es *bella y embellece la vida*. Ser cortés es una actitud y una acción que no solo cumple un objetivo técnico, sino que expresa un sentido valioso en sí mismo, el de la *dignidad* humana. Si bien es cierto que corre el mismo peligro que amenaza a todas las formas sociales: volverse *artificial* y *afectado*, y por tanto, falso.

Hoy se está perdiendo la cortesía en las maneras de comportarse en la mesa. Muchos van a comer con la misma actitud que se emplea en el mundo laboral y técnico, con los tiempos calculados y los espacios reglamentados. Se tiende a eliminar los pequeños detalles, que parecen superfluos, para lanzarse sin más hacia lo que se estima primordial y más importante: ¡comamos! Pero perdidos los detalles, perdido lo esencial; perdido lo esencial, perdida la cortesía. Sin la cortesía no resultaría posible crear ámbitos de encuentro, atmósferas propicias para tratar a la persona, a su dignidad, a su corazón y sentimientos. Sin cortesía la vida se empobrece y se vuelve áspera.

Se suele contar, a este respecto, la anécdota de un invitado a la casa de una gran señora, un campesino que, no sabiendo usar los cubiertos, comenzó a comer la carne con los dedos. La gente en la mesa empezó a burlarse de su incultura y sus malos modales cuando la señora, percatándose, resolvió empezar ella misma a comer con los dedos. El resto no tuvo más remedio que imitarla, y acabaron comiendo todos con los dedos.

Dentro de lo que son las normas, la primera y más básica es la del respeto y humanidad. Cómo se parece esta anécdota a la escena de Jesús con los fariseos.

La belleza que salva al mundo

Uno de los tópicos más positivos que a veces podemos leer en la promoción de un restaurante es su “ambiente familiar”. Y esto tiene mucho que ver, aunque no lo parezca en un primer momento, con la belleza.

Al final de la película *Ratatouille*, el crítico que resume la moraleja del film reconoce, tras probar la comida que ha de valorar y criticar, que “me han tocado en lo más profundo”, al mismo tiempo que el director incluye un *flashback* donde el personaje vuelve a ser niño y a probar la comida que le hacía su madre y que le transformaba por dentro. Y a continuación la conclusión: “No cualquiera puede convertirse en un gran artista, pero un gran artista puede provenir de cualquier lado”; haciendo referencia al lema del restaurante: “cualquiera puede cocinar”.

Es un canto a la belleza de esa armonía que debe darse entre lo profesional y lo primigenio. Y lo más primigenio, lo más original, está en la familia, origen de lo que somos. La comida más bella debe devolvernos a ella a través de los sentidos externos, debe hacer y sentir familia. En nuestro tiempo, donde la gente se olvida de tantas cosas importantes, es más urgente que nunca recordar el lugar más importante al que acudir cuando las preocupaciones nos abrumen: al hogar familiar, donde el individuo nace, crece y muere como persona[42].

El ambiente familiar que la comida debe lograr está hecho de amor y entrega, de educación y responsabilidad, de afanes, ilusiones y esperanzas. Es un ambiente que se logra cuando la comida facilita un ámbito de encuentro, donde la persona se siente afirmada, querida, cuidada. Esto supone limpieza y pulcritud, cuidado de la atención y del servicio.

El ser humano está hecho para la belleza, y el cuidado y la armonía en las comidas se lo recuerda. Dicho ambiente familiar, además de ayudarnos a acabar con esa idea de un mundo inhóspito, nos hará ver el mundo como “una casa infinita”, el hogar de todos. A través de la comida y de las demás tareas del hogar «el hombre puede convertir la naturaleza en hogar, en un mundo específicamente humano» (M. A. Labrada)[43].

Del mismo modo que Dios es capaz de crear tanta belleza en los lirios del campo, en las aves del cielo, en la naturaleza entera, nuestra casa común, nuestro modo de crear belleza a través del arte culinario no ha de buscar otros referentes ni otros fines que el que Él mismo busca en todo lo que hace: la persona.

A través de la belleza, Dios cuida al hombre y salva al mundo (Dostoievski). El Salvador del mundo vino a través de la belleza que creó a la Virgen. Ella fue creada toda hermosa para poder ser, dice un Padre de la Iglesia, el taller adecuado al arte de Dios[44].

Parte fundamental del *genio* de la mujer de la que hablaba san Juan Pablo II en su encíclica *Mulieris Dignitatem* consiste precisamente en su tarea de participar en esa

sanación del hombre y de redención del mundo creando auténtica belleza. Toda mujer cumple ahí lo más insustituible de su misión.

- 37 La bibliografía sería extensísima. Basta hacer referencia a un par de libros más globales y la bibliografía ahí contenida: *Enciclopedia del Saber Estar y el Protocolo*, VV.AA., Ediciones Nobel, Oviedo, 1999; e *Historia del Protocolo*, Escuela Internacional del Protocolo, VV.AA., Madrid, 2000. Específicamente sobre el tema de las comidas puede leerse M^a del Pilar MUIÑOS MORALES, *El protocolo en las comidas*, Ediciones Protocolo, Madrid, 2004. Por lo que atañe al contenido de este capítulo, tal vez sea el Renacimiento la época en la que, como en otros campos, se hace de lo culinario un arte y se pega un gran salto en el cuidado del refinamiento y educación en la mesa. En la Península aparecen *Eximienis*, los *Diálogos latinos* de Juan Luis Vives, o el *Arte Cisoria* de Enrique de Villena. Fuera de la Península escriben sobre este tema autores como Platino de Cremona, Erasmo de Rotterdam, Montaigne, Rabelais. Cabe destacar, por su curiosidad y minuciosidad, las *Notas de Cocina* que escribe Leonardo da Vinci, prototipo de la vanguardia en la cocina y en el diseño de banquetes para Ludovico Sforza (habla ahí del invento de la servilleta, el tostador de pan... pero también de eliminar las ranas de los depósitos de agua o del uso de una mopa tirada por bueyes para mantener limpio el suelo). La bibliografía es extensísima. Y muy entretenida.
- 38 El Informe aprobado por el Parlamento Europeo el 12 de marzo de 2014, sobre el valor del Patrimonio Gastronómico Europeo, reconoce, por ejemplo, que «la gastronomía y la cocina se ha convertido en una forma de expresión artística y cultural cada vez más importante; que la alimentación y la buena mesa son uno de los soportes fundamentales para las relaciones sociales y familiares y que, naturalmente, la satisfacción a la hora de comer es indispensable desde el punto de vista sensorial pero, también, desde el punto de vista psíquico, puesto que es un elemento sustancial de equilibrio psicológico y sentimental».
- 39 Las ideas de este párrafo están tomadas de la página www.regusto.org. En esta página pueden encontrarse muchas referencias a la historia y sentido del gusto y el cuidado del buen comer, y de muchos de los aspectos éticos y estéticos que incluye. Recomiendo la lectura de ese blog, donde se encuentran, para quien sea aficionado, multitud de aspectos y curiosidades de la cocina.
- 40 H. BALZAC, *Traité de la vie elegante*.
- 41 Balzac aplicaba esos criterios a otros ámbitos: los discursos, el coraje... incluso se atrevía a aplicar a la mujer esa distinción, proporción y sencillez cuando decía: «La mujer tosca se cubre; la mujer rica y la boba se adorna; la mujer elegante se viste».
- 42 Las estadísticas más reconocidas arrojan el asombroso resultado de que incluso los niños que no están suficientemente atendidos en el hogar o no participan en la mesa son más proclives al abandono escolar y a las formas destructivas de la propia personalidad: delincuencia, drogadicción, etc.
- 43 Cit. en María Jesús SOTO BRUNA, *El lenguaje del arte*, en *Trasfondos* vol. 7. Recomiendo la lectura calmada de ese volumen de la revista *Trasfondos*, titulado *Arte y estética en el contexto de la dignidad humana*. Allí se trata con gran amplitud la relación intrínseca entre Amor, Belleza y Hogar.
- 44 Dice en concreto así la preciosa expresión de san Basilio: «La mayoría de las artes requieren un taller, un lugar donde las tareas materiales se llevan a cabo. El taller de esta *economía de sanación* fue el cuerpo de María» (*In Sanctam-Christi generationem*, 3. cit. en Jean de GROOT, *La mujer en la economía divina*, en *Romana* 2004).

13. ARDIENTEMENTE HE DESEADO COMER ESTA PASCUA

Sobre la entrega

«Cuando llegó la hora, se puso a la mesa y los apóstoles con Él. Y les dijo:

—Ardientemente he deseado comer esta Pascua con vosotros, antes de padecer, porque os digo que no la volveré a comer hasta que tenga su cumplimiento en el Reino de Dios.

Y tomando el cáliz, dio gracias y dijo:

—Tomadlo y distribuidlo entre vosotros; pues os digo que a partir de ahora no volveré a beber del fruto de la vid hasta que venga el Reino de Dios.

Y tomando pan, dio gracias, lo partió y se lo dio diciendo:

—Esto es mi cuerpo, que es entregado por vosotros. Haced esto en memoria mía.

Y del mismo modo el cáliz, después de haber cenado, diciendo:

—Este cáliz es la nueva alianza en mi sangre, que es derramada por vosotros» (Lc 22, 14-20).

Mientras los dirigentes judíos hacen los preparativos pertinentes para apresar a Jesús, Él, con un gesto profético, manda preparar una sala en casa de un amigo de Jerusalén para comer la Pascua con sus discípulos (Lc 22,1.7-13).

Está a punto de consumarse la obra de nuestra Redención. El pan partido y el vino derramado en el cáliz representan eficazmente a partir de aquella noche la muerte de Cristo, entendida como la expresión más radical del Amor de Dios a los hombres, de su entrega total por cada uno de nosotros. Va a tener lugar la liberación definitiva de la Humanidad, de la que la Pascua hebrea era una prefiguración.

Entramos en este relato central de la vida de Cristo y de nuestra vida, que se renueva cada vez que un sacerdote celebra la Santa Misa.

Hacia esta escena convergen todos los demás pasajes que tienen relación con la presencia de Jesús en torno a una mesa, pues solo la Eucaristía es en sentido propio y total la «mesa del Señor» (Mal 1, 7.12).

La mesa de Dios

Con expresión fuerte, explica san Pablo (que es quien ha dejado el relato más detallado de la institución de la Eucaristía) que los sacrificios y comidas sacrificiales, tan frecuentes hasta ese momento de la Historia entre los pueblos paganos, «se dirigen a los demonios» (1 *Cor* 10, 14-22), porque los dioses son vanidad y tras esa vanidad se esconden los demonios. Los sacrificios judíos solo valen —sigue diciendo san Pablo— para el altar, ya no para Dios. Los cristianos poseen el verdadero sacrificio, la verdadera y única comida sacrificial: la Eucaristía es el único culto de la nueva era cristiana.

Del mismo modo, la Comunión que se opera en esos tres casos mencionados es muy distinta: las comidas paganas operan comunión con los demonios, las comidas sacrificiales judías operan comunión con el altar, mientras que la comida y bebida de la Eucaristía opera “Comunión” (participación, *koinonía*) con el Cuerpo y la Sangre de Cristo[45].

Así pues, en la Eucaristía estamos sentados en la mesa del Señor para compartir con Él una comida en común. Comer juntos era ya en tiempos de Jesús la forma con que ordinariamente se cerraban los pactos y tratados (*Gen* 26, 30-31). No había nada que ayudara tanto a distender los ánimos, a profundizar en el diálogo y a hacer caer las barreras que dividían a las personas. Ya la alianza sinaítica se había ratificado mediante un banquete[46].

En sentido contrario, hacer daño a una persona con la que se había compartido la comida era considerado como un crimen especialmente abominable (*Sal* 41, 10; cfr. *Jer* 41, 1-2). Así se entiende que el gesto de Jesús de ofrecer su comida a Judas durante la Última Cena sirva para mostrar la extrema gravedad de lo que se dispone a hacer. El Señor buscaba de este modo ofrecerle una última oportunidad para su arrepentimiento.

Por todo lo dicho, cada Eucaristía nos habla, como ningún rito o símbolo puede hacerlo, de la presencia real de Jesús, de la memoria de su muerte y de la renovación de la alianza de Dios con los hombres.

Todo ello, tan trascendental, asombroso y lleno del misterio de Dios, tiene lugar en el marco de una comida.

La comida como el contexto más adecuado

La comida que Jesús prepara a los suyos es a un mismo tiempo comida de despedida, nueva comida pascual y anticipo de la comida escatológica (*Lc* 22, 15-16; 1 *Cor* 11, 23-25).

Lo que a nosotros más nos interesa destacar aquí es que, para entender el misterio que trae consigo la Eucaristía, no es indiferente el marco en que fue celebrada —una comida—, sino que por el contrario resulta muy relevante.

Jesús instituyó la Eucaristía dentro de una comida festiva de despedida. El carácter festivo lo muestran los aderezos en un piso superior en Jerusalén (*Mc* 14, 13-15), reclinarsse a la mesa según la costumbre helenística (*Mc* 14, 18), el uso del vino (*Mc* 14, 23)[47]. Mientras que al carácter de comida de despedida aluden el tenor de las propias

palabras de Jesús (*Lc* 22, 16-18), el «testamento» (*Lc* 22, 28 ss.) y el regalo de despedida que dejó como «mandato» o «institución» (*Lc* 22, 19).

La Eucaristía fue instituida en el marco de la cena pascual. Esta, que era la comida principal, comenzaba con la bendición, fracción y reparto del pan sin levadura, en forma de plato, como torta blanda. Seguía el cordero pascual. Y se tomaba con la copa de vino (“cáliz de bendición”) sobre la que el padre de familia pronunciaba la acción de gracias.

Muchos exegetas afirman (sin que haya acuerdo unánime) que Jesús aprovechó el pan del comienzo de la comida y el cáliz o copa de vino final.

Cristo es el cordero pascual que se inmola (1 *Cor* 5, 7) en el mismo momento en el que a unos cientos de metros los corderos pascuales eran sacrificados en el Templo de Jerusalén; y, como estaba previsto para ese sacrificio (*Ex* 12, 46; *Num* 9, 12; *Sal* 34, 21), no le quebrarán ningún hueso (*Jn* 19, 36). “Cuerpo”, “sangre”, “derramar”... todos son términos del lenguaje sacrificial. Jesús mismo quiso designarse a sí mismo como cordero pascual.

Toda comida queda elevada por la comida de Dios

Como hemos mencionado más arriba, el realismo de la presencia de Cristo en la Eucaristía está más enérgicamente formulado en el Evangelio de san Juan que en los demás textos, y de una manera francamente “escandalosa”[48].

Lo que pretende Juan con este lenguaje claro, incluso radical, es oponerse a la visión espiritualizante que empezó a surgir ya por entonces por influencia del gnosticismo y docetismo. Eran bastantes los que hablaban de “apariencias” cuando se referían al Cuerpo de Cristo y a su presencia en el pan eucarístico. Al mismo tiempo, era necesario superar el escándalo de la antropofagia y la idea de que la carne y la sangre pudieran ser portadoras de vida divina[49].

Como puede apreciarse, estas desviaciones heréticas no nos resultan novedosas, porque han ido surgiendo a lo largo de la Historia del Cristianismo. Pero en este caso nos encontramos en sus primeras versiones y desde el principio se hacía necesaria gran claridad y fortaleza en la enseñanza de la verdadera doctrina.

San Juan sale con fuerza al paso de estas interpretaciones heréticas con todo el discurso del Pan de Vida. Lo que se ofrece como comida es la carne y la sangre del Señor exaltado y glorioso, no materia groseramente sensible y muerta. Es cierto que la carne sin espíritu vivificante no puede llevar a la vida. Pero las palabras de la promesa eucarística hablan de carne y sangre en cuanto contienen vida, que es dada por el Espíritu.

Como acabamos de decir, el pensamiento gnóstico o espiritualizante sigue estando muy difundido en nuestros días. Y como corolario de ese modo de pensar hay actualmente un tufillo de maniqueísmo, que busca separar en la realidad el aspecto material respecto de su trasfondo divino. La materia sería así la portadora del mal radical, que lucha contra el espíritu, verdadero y único lugar donde se asentaría el bien. El

espíritu sería lo que verdaderamente nos pondría en contacto con la divinidad, siendo la materia un obstáculo.

Con la institución de la Eucaristía Cristo procede a una doble transformación. En primer lugar, es capaz de elevar el alimento a la categoría de una sustancia que “es soporte de” la divinidad: manteniendo los accidentes del pan y del vino, la sustancia es Dios. Y en segundo lugar, de un modo indirecto, la Eucaristía eleva la consideración de la comida —de toda comida— a algo esencialmente positivo, bendecido y amado por Dios.

No solo se trata ya de que, a través del ascetismo, la comida pierda ese “carácter pecaminoso”, como si se tratara de algo que hubiera que evitar o dominar. Es mucho más profundo: transubstanciando el pan y el vino, Cristo ha dejado claro del modo más radical que ningún alimento debe ser visto de por sí como una tentación pecaminosa.

Como consecuencia de todo ello podemos concluir que comer en la mesa con los hermanos en Cristo (que eso somos) para adquirir vida natural, recordando aquella comida pascual a la que todos debemos la participación en la vida sobrenatural, llega a ser el más alto y más auténtico sentido de toda comida.

Desde aquella cena de Pascua ya ningún ser humano comerá del mismo modo que lo hizo antes. Cristo ha hecho nuevas todas las cosas, también la comida. Cristo ha elevado de categoría todas las cosas, entre ellas los alimentos.

Es más. En el colmo de esa transformación, Cristo se entrega como alimento por nosotros, y nos anima finalmente a ver en ese don de Dios un motivo y una oportunidad de entregarnos también nosotros a Dios y a los demás.

La entrega hasta el holocausto

Dios no se conforma con entregarnos algo, aunque de hecho nos da todo lo que tenemos y somos, sino que se entrega Él mismo. Y lo hace hasta el extremo, hasta el holocausto. No queda nada de la víctima, como pasaba en los sacrificios antiguos. De este modo, toda comida, todo elemento comestible que se entrega al hombre, es un recordatorio de aquella primera y total entrega de Dios como alimento. El Cristianismo ha traído a la Tierra a Dios, hecho hombre, hecho comida.

Dios se ha acomodado al modo humano de vivir y recibir. El salto infinito que hay entre Dios y nosotros Él mismo lo salva para que resulte muy sencillo poder asumirlo (sumirle).

Los dioses paganos solo comían ambrosías. Y para el ser humano en general (vegetariano o no) alimentarse de seres humanos, ya sea de modo ritual o no, es una perversión. Pues bien, entre ambas posiciones extremas, el Génesis parece más bien decirnos que nuestros primeros padres eran frugívoros hasta llegar a humanizarse.

Cuando Dios crea el mundo por segunda vez, les son dados al hombre los animales como alimentos. El mismo Rousseau reconoce que nuestro ascenso comenzó con la variación dietética hacia la carne. Quizá el texto más conocido que apunta a la conexión entre el consumo de carne y la humanización sea la *República* de Platón: la carne, según él, parece ser el alimento del hombre en cuanto hombre.

Sin embargo, quedaba aún un paso más, que será el definitivo: ¿Cuál es el alimento del hombre redimido? He aquí la afirmación fuerte que queremos hacer: el nuevo hombre, el hombre a la medida de Cristo, no es elevado (humanizado) por un simple cambio dietético, ya de por sí sustancial, como sería el salto de la verdura a la carne. El verdadero cambio sustancial lo trae el alimento Eucarístico: Jesús se entrega Él mismo como comida.

Si el cambio a la carne nos humaniza, el cambio a la Eucaristía (ser “capaces” de alimentarnos de Dios) nos diviniza.

En su famoso libro *Lo crudo y lo cocido*, Levi-Strauss establece una relación de oposición entre la naturaleza y la cultura. Pero no hay tal oposición. Resulta imprescindible salir de esa falsa dialéctica tan propia, por ejemplo, del estructuralismo. No hay relaciones de oposición sino de elevación[50]. Y no solo entre la naturaleza y la cultura, sino sobre todo entre la naturaleza y la gracia.

Si bien es cierto que la cultura culinaria tiene un gran papel humanizador (hasta aquí la tesis de L. Kass), más asombroso aún es el papel que la comida (la Eucaristía) tiene como papel divinizador.

En la medida en que todas las comidas nos recuerden ese proceso, nos harán ser más humanos y con ello más divinos.

- 45 No es tan solo una comunión moral o extática, dicen los teólogos, sino *ónticamente* real con Cristo.
- 46 *Ex* 24, 11: «Y ellos vieron a Dios y comieron y bebieron»; *Dt* 27, 6: «Ofreecerás sacrificios de reconciliación y allí comerás y te regocijarás ante el Señor, tu Dios».
- 47 El vino, aunque se producía en Palestina, se usaba casi exclusivamente en las fiestas (1 *Sam* 25, 36; 2 *Sam* 13, 28; *Is* 5, 12) y a menudo se mezclaba con agua (*Is* 1, 22; 2 *Mac* 15, 39).
- 48 Juan, por ejemplo, en vez del verbo «comer» usa el verbo «mascar»; o en lugar de «cuerpo» emplea «carne» (cfr. *Jn* 6, 54-58).
- 49 Es curioso apreciar cómo esta idea de rechazar la presencia real de Cristo, con su cuerpo, sangre, alma y divinidad, puede resultar escandalosa para tantas personas, y al mismo tiempo se ha ido perdiendo con el tiempo el sentido sagrado del cuerpo y de la presencia de algo espiritual en nuestro propio cuerpo y sangre. Pensemos en el tan manipulado episodio de Miguel Servet, en pleno siglo XVI, donde se le achaca a la Iglesia Católica algo que Calvino no podía entender; pero los católicos perfectamente: que el alma es forma del cuerpo y la sangre. Lógicamente no entramos en este tema, pero no deja de ser una consecuencia más de la tesis de estas páginas: lo material nunca es “solo” material.
- 50 «Si nos tomamos en serio la cultura, vemos que la gente no solo necesita comida suficiente (aunque, al parecer, no somos capaces de asegurar ni siquiera eso) sino también una *cuisine* adecuada y propia» (T. S. Eliot, *La unidad de la cultura europea. Notas para la definición de la cultura*, Encuentro 2003, p. 50). En general, la lectura de ese libro puede ser una buena vacuna contra el reduccionismo estructuralista.

14. LE RECONOCIERON AL PARTIR EL PAN

Sobre las cosas pequeñas

«Llegaron cerca de la aldea a donde iban y él hizo ademán de continuar adelante. Pero le retuvieron diciéndole:

—Quédate con nosotros, porque se hace tarde y está ya anocheciendo.

Y entró para quedarse con ellos. Y cuando estaban juntos a la mesa tomó el pan, lo bendijo, lo partió y se lo dio. Entonces se les abrieron los ojos y le reconocieron, pero él desapareció de su presencia. Y se dijeron uno a otro:

—¿No es verdad que ardía nuestro corazón dentro de nosotros, mientras nos hablaba por el camino y nos explicaba las Escrituras?

Y al instante se levantaron y regresaron a Jerusalén, y encontraron reunidos a los Once y a los que estaban con ellos, que decían:

—El Señor ha resucitado realmente y se ha aparecido a Simón.

Y ellos se pusieron a contar lo que había pasado en el camino, y cómo le habían reconocido en la fracción del pan» (Lc 24, 28-35).

Lucas recoge con detalle la escena de la aparición de Jesús resucitado a dos de sus discípulos que volvían a su aldea, Emaús, la misma tarde del día de su Resurrección, y que iban profundamente desanimados, pues la crucifixión de Jesús les había hecho perder la esperanza.

El mismo Jesús se hará el encontradizo en su trayecto para hacerles ver que lo ocurrido estaba ya previsto. Con todo tipo de argumentos, les explica todo lo que en las Escrituras aparecía concerniente al Mesías y al sentido de lo que acababa de ocurrir en Jerusalén. No les convence plenamente, ya que sus mentes se encontraban como embotadas por el desaliento. A pesar de ello, Jesús no se desanima. Sabe que lo único que necesita es buscar un contexto adecuado, y lograr ser invitado a comer.

Ahí es donde arrancan estos últimos versículos de la escena y que nos vienen bien para la idea de fondo de este capítulo: que hay situaciones tan grandes en la vida que solo el cuidado de lo más pequeño nos las puede mostrar. Si aprendemos bien esas lecciones en “la escuela de las cosas pequeñas”, todo lo que hagamos tendrá siempre mucha trascendencia.

Estando juntos a la mesa

Como ya dijimos, la hospitalidad es un elemento muy importante de la cultura oriental, algo que no debe saltarse, no solo como norma básica de educación sino como aspecto propio de la piedad. La invitación no supuso, pues, una manifestación extraordinaria de educación: era lo normal en esos casos, y Jesús lo sabía. Toda la conversación anterior, por muy detallada y persuasiva que fuera, no era sino la preparación de lo que ocurriría después en torno a esa mesa.

Estar juntos a la mesa con Jesús es algo que podemos hacer todos los días. Ahí tienen lugar grandes momentos como los que narra el Evangelio: la celebración de la vocación de Leví (*Mt* 9, 10-11), el perdón de la mujer pecadora (*Lc* 7, 36), las enseñanzas a escribas y fariseos (*Lc* 11, 37), la celebración de la vuelta a casa del hijo pródigo (*Lc* 15, 24), la unción en Betania (*Jn* 12, 2)... y, sobre todo, la última Cena: «Cuando estaban a la mesa cenando» (*Mc* 14, 17).

Durante el largo camino Jesús se había encargado de preparar sus almas para ese momento. El clima de una comida sería suficiente para que pudieran llegar a reconocerle, junto a sus palabras y sus gestos, que el evangelista apenas recoge: «Tomó el pan, lo bendijo, lo partió y se lo dio».

El Señor sabía mejor que nadie que estar «juntos a la mesa» supone mucho más que un hecho estrictamente físico. Pensemos en Judas, que sin duda estuvo tantas veces sentado en la mesa del Señor, pero que poco a poco se fue separando de Él interiormente, hasta el punto de que, por más que comiera del mismo plato, la sintonía con Jesús llegó a ser nula.

Impresiona pensar que el gesto que muestra la traición de Judas sea un gesto propio de la máxima familiaridad: «Señor, ¿quién es? Jesús le responde: Es aquel a quien dé el bocado que voy a mojar. Y después de mojar el bocado, se lo da a Judas, hijo de Simón Iscariote. Entonces, tras el bocado, entró en él Satanás» (*Jn* 13, 26-27). El mismo gesto que puede indicar la mayor fidelidad y sintonía, puede llegar a ser por contra una señal de la hora de la deslealtad: «Lo que vas a hacer hazlo pronto». Un solo gesto puede mostrar todo lo que alguien lleva en el corazón.

Volvamos al camino de Emaús. Jesús necesita que la conversación vaya por un derrotero que le permita ganarse la confianza de aquellos hombres, pretende que le puedan recibir en su propia mesa para comer con ellos como uno más de la familia o como un amigo recién conocido y fiable. Y lo logró hasta el punto de que Él mismo presidirá la cena de modo que aquellos hombres no tendrán más remedio que estar atentos a los gestos y palabras de aquel invitado que ya les había cautivado.

Entonces le reconocieron

«Entonces se les abrieron los ojos y le reconocieron». No es que antes no llevaran bien abiertos los ojos. El Evangelista se refiere a lo que la gracia, en un golpe rápido, logra producir en las mentes de Cleofás y su amigo.

La gracia es una luz que ilumina el alma y la hace capaz de ver mucho más allá que los ojos del cuerpo. Ya Jesús había advertido de la posibilidad de que hubiera personas tan cerradas para las cosas de Dios, que viendo no vieran y oyendo no oyeran. Y es que, a pesar de tantas pruebas que Dios nos haya podido dar a lo largo de tantos siglos, y de tanto como ha evolucionado el conocimiento de fe, de razón y de ciencia, siempre habrá personas que no puedan, quieran o sepan reconocerle.

San Lucas emplea la palabra “reconocer”. También al final del pasaje: «Cómo le reconocieron al partir el pan». No es lo mismo conocer que reconocer. Puede ser que a través de argumentos filosóficos o teológicos haya muchas personas de buena voluntad que logren conocer mucho de Dios, de su existencia y de su esencia, de su presencia entre nosotros y de su vida y sus actos. Y sin duda no deja de ser importante este conocimiento. Pero no olvidemos que si conocer a Cristo es importante (la fe es razonable si es fe católica) reconocerle es definitivo, pues es lo que nos convierte, nos cambia la vida.

El pasaje de los discípulos de Emaús nos desentraña entonces una clave esencial de la vida cristiana: es cierto que se puede llegar a conocer a Dios a través del estudio y de argumentos intelectuales o de disquisiciones teológicas, pero para reconocer a Cristo no hay nada mejor que tratarle fijándonos en sus gestos, en ese modo tan suyo que tiene de bendecir el pan, de partirlo y de distribuirlo luego entre los comensales que se encuentran a la mesa junto a Él.

Dios no deja de dar argumentos y de razonar su presencia entre nosotros, y su actuar en el mundo, obra de sus manos. Pero si de lo que se trata es de cambiar el corazón de las personas —y se trata de eso— debe buscar un contexto tan humano y cercano que hasta los corazones más fríos y embotados puedan reconocerle. Y la comida —cuidada en las cosas pequeñas, preparada con cariño, compartida en amigable conversación, fraternal...— es el ámbito más privilegiado para llegar al corazón de las personas y reconocer a Cristo en medio de nosotros.

¿Cómo le reconocieron?

¿Qué fue lo que hizo que aquellos hombres reconocieran a Jesús? ¿Fue simplemente el hecho de que bendijera la mesa, partiera el pan y lo repartiera? ¿No eran acaso esos gestos los que cualquier otro invitado también hubiera hecho en el caso de ser invitado a la mesa en lugar de Jesús?

Sí y no, pues el modo que Jesús tenía de bendecir, partir el pan y repartirlo entre los comensales era tan peculiar, tan propio, que aquellos hombres supieron distinguirlo. No fue el timbre de voz, ni sus vestidos... ni su aspecto físico, lo que llevó a aquellos hombres a reconocer a Jesús. Fue el modo de comportarse en la mesa a la hora de cenar.

Jesús habría aprendido en Nazaret a comportarse en la mesa y sabría desde entonces qué debía hacer cuando le tocara presidir la mesa. Lo habría visto muchas veces en san José, hombre educado donde los haya. María le habría hecho tantas pequeñas correcciones y advertencias para cuando le llegara ese momento y le habría

gastado tantas bromas, y le habría enseñado refranes populares y enseñanzas básicas acerca de “cómo debe comportarse un buen chico en la mesa”. Él mismo habría forjado su propio modo de proceder, que dependería también de las distintas situaciones (no es lo mismo dar de comer a miles de personas en un valle que a dos en una pequeña habitación).

Todo eso hace más necesario caer en la cuenta de lo crucial que puede ser el cuidado de las cosas pequeñas en todo lo que hacemos, sobre todo en las comidas, hasta el punto de que sea ese cuidado de lo pequeño lo que más nos descubra la presencia de Cristo entre nosotros.

El Evangelio no dice mucho sobre los gestos que Jesús empleó o en qué consistía su peculiaridad. Se trataría de aspectos muy pequeños y materiales. Pero siempre tendremos un lugar si queremos aprender y entender la grandeza de lo pequeño: la Liturgia, en concreto la celebración y participación en la Santa Misa, la mesa del Señor. En ningún ámbito como en torno al altar se ve tan claro la enorme relevancia y trascendencia que tiene cada detalle.

Cuidar la piedad litúrgica nos ayudará a cuidar también nuestro modo de comer. Las normas de educación o de buenos modales que deban vivirse quedan muy vacías de sentido si solo se vivieran por formalismo, sin referencia trascendente alguna, mientras que cuando se viven como reflejo —muy vago y lejano, pero reflejo al fin— de la Cena del Señor, están llenas de sentido y fuerza.

Las almas que reconocen a Cristo al partir el pan en la Misa, reconocen a Cristo cuando son ellos los que lo parten y lo comparten con otros. Esas almas buenas reconocen que Cristo está a la mesa con nosotros y en nosotros, y lo demuestran con la presentación atractiva de una comida, la limpieza de la mantelería, la disposición de los cubiertos, la armonía de lo que se coloca sobre la mesa, la decoración de la mesa, el equilibrio de cantidades y sabores, el orden y el ritmo de lo que se presenta, el ofrecimiento amable de cada plato, el tino y el tono de la conversación, las miradas de cariño y alegría, la delicadeza al adelantarse a las necesidades de los otros, la ausencia de prisa al comer y la prisa en servir... el cuidado de tantas cosas pequeñas... tantas cosas que nos hacen recordar y asombrarnos ante un invitado tan distinguido.

Son esas almas buenas las que le han invitado a quedarse esa noche a cenar. Jesús se queda, y ese encuentro cambia sus vidas para siempre.

15. BRASAS Y PEZ EN LA ORILLA

Sobre la delicadeza

«Cuando ya amaneció, se presentó Jesús en la orilla, pero sus discípulos no se dieron cuenta de que era Jesús. Les dijo Jesús:

—Muchachos, ¿tenéis algo de comer?

—No —le contestaron.

Él les dijo:

—Echad la red a la derecha de la barca y encontraréis.

La echaron, y casi no eran capaces de sacarla por la gran cantidad de peces. Aquel discípulo a quien amaba Jesús dijo a Pedro:

—¡Es el Señor!

Al oír Simón Pedro que era el Señor se ató la túnica, porque estaba desnudo, y se echó al mar. Los otros discípulos vinieron en la barca, pues no estaban lejos de tierra, sino a unos doscientos codos, arrastrando la red con los peces.

Cuando descendieron a tierra vieron unas brasas preparadas, un pez encima y pan. Jesús les dijo:

—Traed algunos de los peces que habéis pescado ahora.

Subió Simón Pedro y sacó a tierra la red llena de ciento cincuenta y tres peces grandes. Y a pesar de ser tantos no se rompió la red. Jesús les dijo:

—Venid a comer.

Ninguno de los discípulos se atrevía a preguntarle: “¿Tú quién eres?”, pues sabían que era el Señor.

Vino Jesús, tomó el pan y lo distribuyó entre ellos y lo mismo el pez» (Jn 21, 4-13).

Honda impresión debió de causar en el alma de los apóstoles esta nueva aparición tan entrañable y humana de Jesús resucitado, especialmente en el alma de Juan, que es quien nos narra la escena con bastantes detalles. El evangelista deja traslucir la inmensa delicadeza del Señor con sus discípulos, algo que habían comprobado ya tantas veces a lo largo de la vida pública. Ese mismo Jesús, ahora resucitado, les demostraba que seguía siendo el mismo, con el mismo corazón de hermano y amigo cariñoso.

Por encima del milagro mismo, que muestra continuidad y les traería inmediatamente a la memoria el recuerdo de la primera pesca milagrosa (*Lc 5, 1-11*), esta escena destaca por el impresionante realismo de la presencia de Cristo, que usa medios materiales —las brasas, el pez...— para mostrar su Santísima Humanidad y dar a ese momento el tono familiar al que los discípulos estaban acostumbrados.

La comida como excusa y como ambiente

El modo de obrar de Jesús en sus apariciones suele ser siempre el mismo: aparece oculto a los ojos de quienes lo encuentran para luego buscar una excusa material que les ayude a reconocerle. Esa excusa suele ser una comida (en el Cenáculo, con los de Emaús, o aquí en la playa). Algo tendrá la comida, que es un buen modo de relacionarse con el mismo Cristo.

Jesús les pregunta lo mismo que les preguntó en el Cenáculo en una de sus primeras apariciones: «¿Tenéis algo de comer?». En este caso, Él sabía perfectamente que no tenían nada que ofrecerle, pues a pesar de que habían faenado toda la noche no habían pescado nada. Por ese motivo se encuentran cansados y con un desánimo añadido al de aquellas jornadas tan duras.

Sin que ellos lo sepan, Jesús está preparando un momento muy importante: el primado de Pedro, que tendrá lugar justo después de haber comido, en un diálogo maravilloso que el Maestro mantendrá con Simón en presencia de Juan. Y Cristo necesita que para entonces los ánimos de Pedro estén en su cenit, y cuando escuche sea consciente de algo que jamás debe olvidar: que se lo está diciendo el Hijo de Dios (acaba de vivir el milagro) y el Hijo del Hombre (acaba de pasar un rato de descanso con Jesús, disfrutando de un clima de familia y cariño entrañable).

La comida como el ambiente más adecuado

Alterado por el milagro que acaba de presenciar y nervioso por el deseo de ver a Jesús, a quien Juan había reconocido ya, Pedro salta a la playa el primero, precipitadamente. Pero al llegar se encuentra una estampa que le lleva a detenerse: «Vieron unas brasas preparadas, un pez puesto encima y pan».

Jesús no es de los que pierden el tiempo. Quiere preparar el encuentro, y lo hace discretamente. No es de los que les gusta el entusiasmo y la charanga. Claro que le gustan las fiestas y las celebraciones, pero incluso en ellas busca el modo de crear a su alrededor un clima de intimidad que le permita dirigirse al corazón.

En torno a la mesa el tiempo de detiene, se convierte en tiempo real, proporcionado para la importancia que de verdad tienen (muchas veces, más bien, no tienen) los acontecimientos con los que llegamos al momento del almuerzo. Al llegar al comedor hemos de dejar nuestras preocupaciones, pues nos esperan personas que quieren comer con nosotros y compartir temas y asuntos mucho más importantes.

Jesús consigue lo que quiere. No le deja siquiera hablar para mostrar su entusiasmo por la inmensa pesca. Como buen anfitrión, ordena a Pedro traer de los grandes peces que han capturado. Quizá pretende que Pedro pueda mostrar aquellas piezas y recuperar el orgullo herido tras una noche trabajando en balde.

Curiosamente, la escena narra que lo que acabó repartiendo Jesús entre sus discípulos no fueron los peces que ellos capturaron, sino el pez y el pan que Él mismo ya había conseguido por su cuenta. Jesús no necesita de lo nuestro. Ellos lo sabían

perfectamente —pensemos en las multiplicaciones de los panes y los peces—, pero no quiere dejar de contar con lo que tenemos. Nos necesita necesitados, igual que Él mismo se nos muestra también necesitado de nosotros.

Le reconocieron por su delicadeza

Debió de ser encantadora aquella conversación de sobremesa a orillas del lago, sentados sobre la arena de la playa. ¿De qué hablaron? Casi le echamos la culpa a Juan por su negligencia, por su falta de “visión histórica” y no ponernos al corriente de lo que allí se trató.

Pero recordemos que el Evangelio no dice más que lo que tiene que decir, según el criterio del Espíritu Santo (no tanto de los evangelistas). Y que cuando no dice algo (pensemos en el caso extremo de los treinta años de vida oculta de Jesús en Nazaret) es precisamente porque las palabras, más que añadir, restarían fuerza al mensaje que Dios quiere dejarnos en el alma.

En este caso no recoge palabras sino algo de lo que hizo Cristo en aquel momento: «Vino Jesús, tomó el pan y lo distribuyó entre ellos, y lo mismo el pez». ¿Tan solo eso? ¿Tan importante resulta esa actitud de servicio del Señor? Jesús que come con ellos, como en el Cenáculo, tras la Resurrección; Jesús que les sirve, como en el Cenáculo antes de la Pascua; Jesús que les reparte la comida tras bendecirla, como en Emaús... Jesús, en definitiva. El mismo Jesús de siempre, con el que ellos estaban acostumbrados a convivir en tantos momentos parecidos.

Por eso las palabras pasan a un plano muy secundario, pues se trata de reconocer a Jesús en persona, de unir aquella historia entrañable de tres años de amistad y cariño, de detalles infinitos, con la situación en la que ahora nos encontramos.

La muerte ha sido vencida, la Resurrección nos ha devuelto al mismo Jesús que siempre conocimos: sus mismos gestos, su misma delicadeza.

Delicadeza, porque tanto en el modo de mandar de Jesús sobre el ímpetu de Pedro como en el modo de prepararles la comida y repartirla entre ellos, todo rezuma de una enorme delicadeza humana.

La delicadeza como rasgo de auténtica humanidad

Sabemos que los tiempos que corren son groseros y que las manifestaciones de degradación humana se han multiplicado. Sin ningún tipo de pudor se muestran en los medios de comunicación, como si fuera normal, actitudes que, frutos del pecado y de la bajeza humana, se quieren presentar como sencillez y naturalidad. Los modos zafios en el hablar y en el trato, y las modas impúdicas e irrespetuosas con la dignidad humana están a la orden del día.

Nos encontramos con frecuencia ante la radical alternativa de tener que elegir entre la exquisitez para élites selectas o para acontecimientos puntuales, y la comida rápida y al

por mayor, de fácil consumo, de usar y tirar.

Decía san Juan Pablo II que en nuestros días es necesaria una nueva generación de personas «expertas en humanidad»[51]. En ellos se encuentra el germen para la Nueva Evangelización. Y entre los rasgos de ese nuevo humanismo se encuentra delicadeza.

Nuestras comidas deben tener como punto de referencia aquellas comidas que Cristo, hombre perfecto, tuvo con sus discípulos en tantas ocasiones. Desde esa perspectiva resulta sencillo corregir tantos defectos, centrarnos en las personas, volcarnos en detalles, cuidar lo que hay que cuidar, saber estar... Momentos donde el alma se alimenta al mismo ritmo que el cuerpo, lo espiritual se forma y crece tanto como lo físico, salimos renovados y descansados. La delicadeza de Jesús nos conquista cada día, como a los apóstoles, y aprendemos a tratar a todas las almas como sentimos que Jesús lo hace: con infinita delicadeza.

51 La cita entera es esta: «Se necesitan heraldos del Evangelio expertos en humanidad, que conozcan a fondo el corazón del hombre de hoy, participen de sus gozos y esperanzas, de sus angustias y tristezas, y al mismo tiempo sean contemplativos, enamorados de Dios. Para esto se necesitan nuevos santos. Los grandes evangelizadores de Europa han sido los santos. Debemos suplicar al Señor que aumente el espíritu de santidad en la Iglesia y nos mande nuevos santos para evangelizar el mundo de hoy» (JUAN PABLO II, Discurso al Simposio del Consejo de la Conferencia Episcopal de Europa, 11-X-1985).

16. MARÍA DE NAZARET

Sobre la mujer

Es lógico que dediquemos el último capítulo a la Madre de Jesús, María de Nazaret. Fue en el hogar de Nazaret donde Jesús aprendió a comer con ayuda de sus padres, como uno más. San José, y sobre todo santa María, enseñaron a Jesús Niño a comportarse en la mesa: le explicaron las normas de educación que debía vivir y dejaron en Él la huella humana que tienen todas las cosas de Dios.

Jesús forja su personalidad en un hogar concreto y ahí encuentra su alimento: sus aromas, sus sabores, sus costumbres... Y para todo ello Dios necesitaba una mujer cuyo trabajo consistiera en ser la madre. No “una” madre, sino “la” madre. Por ese motivo el trabajo en el hogar no es un trabajo más dentro de todos los trabajos, sino el trabajo que escogió Dios para la Santísima Virgen, consciente del papel que tendría que jugar en la formación humana de Jesús. Y no pensemos que san José se desentendería de esa labor de hogar. José, siendo Patriarca, tenía todo el señorío que le correspondía por su categoría, combinado con tal sencillez y tanto amor a María y a Jesús, que se implicaría en tantas tareas como la Virgen le dejara y le pidiera.

Sabores del hogar de familia

La infancia del hombre es excepcionalmente sensible a los aromas. Dicen que a la edad de seis semanas, un lactante es capaz de distinguir el olor del seno materno del olor de una nodriza. Jesús no tuvo nodriza, tuvo madre sana y fuerte, que alimentó a Jesús con su propia leche para que el niño creciera robusto. Las asociaciones hechas en el curso de la infancia entre los gustos, los olores y las emociones vividas, se perpetúan hasta la edad adulta. En el caso de Jesús, Él recibía todo ese influjo de la Virgen y en el ambiente que Ella crearía para su hijo.

Hay una conocida novela que tiene como punto de partida el momento en que el protagonista prueba una magdalena mojada en el té[52]. Este hecho tan pequeño hizo brotar en él una serie de recuerdos, y abrir la puerta a tantas sensaciones con las que el

autor parece identificarse. Sensaciones no ideales, sino pegadas a gustos, sabores, detalles... que tienen gran profundidad y forjan un modo de ser, un modo propio de ser feliz.

Podemos fácilmente pensar en la infinidad de momentos en los que Jesús volvería una y otra vez al hogar de Nazaret: cuando probara una comida concreta preparada por alguna de las mujeres que le acompañaban, cuando el olor de una flor o planta determinada le recordara olores de su primer hogar, cuando Marta echara algún condimento específico al preparar un plato, cuando alguno de sus discípulos hiciera algún gesto o comiera de algún modo que le recordara a algo que Él también había aprendido de sus padres... La Virgen enseñaría a Jesús a cuidar su ropa, a doblarla bien y a conservarla en buen estado, cosiéndola en caso de necesidad. Le explicaría tantos pequeños trucos que le podrían facilitar su vida cuando Él fuera “independiente”. También le mostró la importancia vital de ser delicado en las cosas que tienen que ver con el hogar, pues allí todo lo pequeño se convierte en grande según el amor que se ponga.

A su vez, Jesús procuraría enseñar a sus discípulos tantas cosas que quizá ellos, bien por su rudeza o por su juventud, no valorarían como importantes. Para ellos serían incluso “cosas de mujeres” o asuntos de segunda categoría, frente a lo que consideraban verdaderamente esencial: su trabajo profesional, la labor de almas o el advenimiento del Reino de Israel. Pero el Reino de los Cielos, que es el que el Mesías viene a instaurar, «es semejante a la levadura que toma una mujer y mezcla con tres medidas de harina hasta que todo fermenta...» (Mt 13, 33).

Esa mujer que Jesús tenía en su subconsciente era siempre la misma: María de Nazaret.

¿Quién es María de Nazaret?

María de Nazaret es toda mujer que hace recordar a los demás, con su trabajo, el hogar del que procede. Todo verdadero hogar es parte de aquel donde Jesús creció. Allí donde haya una mujer como María, allí hay hogar.

«El hogar es el sitio del que se parte» (T. S. Eliot)[53]. Y hogar es también el lugar al que siempre se vuelve[54]. Jesús, a través de lo que percibía por sus sentidos, volvía una y otra vez a sus orígenes. Nunca se alejó de ellos ni renunció a ellos. Le hicieron ser el que era y como era.

Todos los que convivían con Él, de un modo casi inconsciente, sabían que Jesús tenía un modo propio de partir el pan. Le reconocerían antes por ese gesto que por el timbre de su voz o por su aspecto externo, como les ocurrió a los discípulos de Emaús. Y a su vez, ese modo de partir del pan y repartirlo a los demás no era sino una imitación de san José. De la misma manera, todo lo que supone presidir una mesa, bien fuera una mesa corriente o bien fuera la cena de Pascua.

Si cada uno de nosotros somos capaces de recordar muchos instantes felices de nuestra vida evocando comidas, reuniones, detalles materiales de la casa, decoraciones,

limpieza del hogar, olores del ambiente, gestos cotidianos... ¡cuánto más Jesús, naturaleza humana perfecta, sería capaz de descubrir y disfrutar de tantos momentos de su infancia y juventud, que traerían de nuevo a su corazón no ya solo sensaciones sensibles, sino tanto cariño derramado y manifestado de ese modo!

Cuando alguien dedica su vida a recordar a los demás que tienen un hogar y que ese hogar es además un hogar cristiano, el hogar de Cristo..., esa persona es María de Nazaret.

He repetido de intento varias veces la palabra “recordar” porque pienso que ahí se encuentra la esencia de la familia. Y ahí es precisamente donde más se aprecia el inmenso valor del cuidado de la mesa. “Recordar” (*re-cordare*) significa, literalmente, volver a traer al corazón, volver al lugar donde se esconden nuestros mayores tesoros, nuestros cofres llenos de doblones de oro puro y limpio.

Una mesa limpia preparada con esmero, un detalle inesperado en el menú un lunes cualquiera, una comida abundante que entra por los ojos y hace esbozar una sonrisa, una incitación tan imperativa como delicada a servirse más en el plato, saber saltarse la etiqueta cuando sea necesario para no cohibir, lograr que a nadie le falte nada (sobre todo el cuidado), lograr que en la mesa estemos todos “a la misma altura” y sin clasismos, arrancar una a una, si hace falta con buen vino, las espinas que traemos clavadas tras ese día de trabajo, curar cada herida con un detalle y otro... Todo aquello lo hacía María en su hogar con Jesús.

Con el cuidado que ponía y sin ruido de palabras, Ella no hacía otra cosa que decir constantemente a su hijo: “Recuerda, hijo mío, que eres Hijo de Dios, y *por eso* necesitas un hogar y una madre que te cuide”.

Humanismo, no angelismo

El Cristianismo no es una religión del libro sino de una Persona. Ser cristiano es saber encontrar a Cristo en todas las circunstancias de la vida, pero especialmente allí donde alguien se manifiesta, aún más, tal y como es. Y ese sitio privilegiado siempre será el hogar.

Nos hemos centrado en escenas que giran alrededor de la comida precisamente porque en torno a la mesa es donde mejor se ve el humanismo cristiano, manifestado en la vida humana corriente de Jesús, y eso está en el Evangelio. El Evangelio no es desde luego un libro de gastronomía, pero es el libro donde se puede leer la vida de un hombre perfecto y su modo de manifestarse en el mundo, sin por ello dejar de ser Dios perfecto. La unión de lo humano y lo divino en una persona, esa unidad de vida que Jesucristo realiza perfectamente, es el modelo que todo cristiano ha de seguir.

Tan importante como subrayar el valor divino de lo humano es incidir en el valor humano de lo divino. Dios, que está antes que nosotros, actúa tan humanamente que eleva todas las manifestaciones de la vida, hasta las más materiales (las materiales más incluso que las espirituales, pues lo necesitan más). Si queremos imitar a Dios no es

necesario hacer meditación trascendental, yoga o zen, sino disfrutar con los demás de una buena comida, en la que Él esté presente y que gracias a Él disfrutemos.

Es muy bonito ver hasta qué punto los Evangelios nos muestran a un Jesús muy humano y muy cercano, que se preocupa por dar de comer y beber a los que le rodean. Pensemos, por ejemplo, en esa escena en la que Cristo resucita a una niña pequeña: «Y en seguida la niña se levantó y se puso a andar; pues tenía doce años; y quedaron llenos de asombro. Les insistió mucho en que nadie lo supiera, y dijo que dieran de comer a la niña» (*Mc* 5, 42-43). No se le escapa un detalle de lo importante. Tendría hambre. Y así con los discípulos constantemente, con las muchedumbres que le seguían o con personas muy concretas. Todo eso lo aprendió de María.

A nuestra Madre no se le escaparía la necesidad que Jesús tendría de comer, aunque se resistiera. María sabía que su hijo era Dios, no un ángel sino un hombre. Y por tanto, le insistiría en que comiera, como todas las madres. Conocería sus gustos preferidos, sabría cuándo tenía que darle más de comer, prepararía sorpresas y se dejaría caer por el taller para llevarles a José y a Jesús algún tentempié inesperado.

Tantos detalles —todos— quedaban grabados a fuego en el alma infinitamente amable y delicada de Jesús, que trasladaría luego a sus discípulos lo que Él mismo había venido a enseñar: para ser muy divinos hay que empezar siendo muy humanos[55]. El hambre de los cuarenta días en el desierto, la sed junto al pozo de Sicar, probar —sin llegar a beber— el vino mezclado con hiel que le ofrecen en el Calvario... momentos en los que Jesús muestra que comer y beber no es nunca pura satisfacción. Asimismo, los innumerables momentos de comidas y sobremesas con sus apóstoles y discípulos, así como su cuidado por las personas en esos aspectos tan esenciales... Son otras tantas ocasiones en los que Jesús nos hace sentirnos satisfechos de nuestra condición de personas humanas sin atributos angelicales.

Podríamos resumir lo dicho en estos párrafos diciendo que lo más opuesto a la gastronomía es el angelismo: Dios se hizo carne, no espíritu ni ángel.

Sin quitarles nada de su dignidad, los hombres son superiores a los ángeles, ya que pueden comer como Dios. Y para colmo de su grandeza inmerecida, pueden a la vez comer el pan de los ángeles desde el momento en que el mismo Dios se hizo Pan para nosotros.

¿Qué le gusta a Jesús?

María cuidaba de su Hijo como hombre que era. Una cosa es imaginarse que a Jesús le supiera celestial todo lo preparado por María —que tendría muy buena mano para la cocina— y otra que no comiera. Jesús comía y tendría buen apetito. Y José probablemente más. Cuando ambos terminaran de trabajar a mediodía estarían hambrientos. Si venían de fuera, al entrar en casa se acercarían instintivamente al fogón en el que estaba Ella ultimando la comida. El olor del guiso llenaría la estancia. Ella sabría dejar encima de la mesa, como por descuido, algo que pudiera matar el hambre.

Tal vez José superaría la tentación de probar la comida antes de tiempo, pero Jesús seguro que no, y eso sería la alegría de la Virgen, que le veía crecer fuerte y sano.

¡Cuántas veces su Hijo vendría acompañado de otros amigos! María, acostumbrada a ese tipo de sustos, sacaría más comida de no se sabe dónde. Como cualquier madre, a las que siempre “les queda algo” (un día será Marta la que tendrá que acostumbrarse a que Jesús nunca venga solo). Y allí tuvo lugar, como en tantas casas a diario, las primerísimas “multiplicaciones de los panes y los peces”.

María era para Jesús su punto de referencia sobre cómo vivir. ¿Cómo le gustaban las cosas? Como las hacía su Madre. ¿No es esa la experiencia común de todas las personas? ¿Cómo nos gustan las comidas? Como las preparan nuestras madres. Por eso nadie mejor que Ella puede enseñarnos a descubrir en el entorno de la mesa y de la comida un camino para llegar a Dios.

María nos recuerda que el hombre no queda *satisfecho* simplemente consumiendo los nutrientes necesarios prescritos en un régimen racional. Esto se debe a algo que no se suele decir ni pensar: los alimentos no solo expresan un valor nutritivo, sino también un valor emocional.

Jesucristo, hombre como el que más, nunca come exclusivamente por nutrirse. Había descubierto que María no le *nutría*. María le quería y lo manifestaba en tantos detalles, muchos de ellos relacionados con la comida. Quizá Ella no podía regalarle tantas cosas como a otros amigos o niños de su entorno, pero Jesús no lo echaba en falta; quizá sus comidas no fueran opulentas ni caras, pero el cariño suplía todo; con dicho ingrediente y sus delicadezas de mujer, todo lo demás sobraba.

Jesús no cambiaría por nada del mundo ninguno de los menús, aderezos, sabores u olores que percibió en su casa. Y nosotros tampoco.

Bendición de la mesa

Puestos los tres miembros de la Sagrada Familia a la mesa, después de que los varones de la casa se lavaran convenientemente las manos, María traería la comida. Todo estaba dispuesto. Probablemente nadie hablaría de la política romana, de la economía judía ni del deporte griego. Se reunían para comer, pero antes, para quererse. Ese era el tema de conversación: interesarse por el otro, verse las caras, llegar al corazón, compartir el amor y el pan.

Aquellas confidencias entre esas tres almas maravillosas las hemos de disfrutar cada uno de nosotros en nuestra oración, para poder de ese modo revivirlas en nuestras propias comidas familiares.

Y así termina este libro, como deben terminar nuestras comidas: con una profunda acción de gracias.

Esta vez será José, cabeza de familia, quien la pronunciará:

«Te damos gracias, Omnipotente Dios, por todos tus beneficios. Tú quisiste entregarle al género humano el alimento necesario y abundante para poder vivir. Hiciste rica a la Tierra y variadas las plantas y los animales, para que pudieran servirnos de comida. Nos enseñas la necesidad de pasar hambre y sed

para sabernos indigentes y deudores de tus dones. Nos haces capaces de poder compartir los alimentos con los que los necesiten. Tus alimentos, Señor, nos hablan de tu generosidad y de tu misericordia. El cariño y el trabajo de mi mujer, María, nos permite descubrirte en la auténtica belleza y amor. La inocencia y alegría de Jesús, tu Hijo, nos enseña a María y a mí a ser fieles a tu voluntad, a gustar de los bienes de la Tierra y a pregonar el banquete del Cielo. El pan y el vino que hemos compartido queremos que nos recuerden a tantas familias como la nuestra que, hasta el final de los tiempos, no tendrán más deseo que descubrir esa felicidad completa que solo se adquiere estando a la mesa junto a Ti. Amén».

Y la Virgen dijo «Amén».

Y Jesús sonrió y salió corriendo a jugar.

52 M. PROUST, *En busca del tiempo perdido*.

53 «*Home is where one starts from*» (T. S. Eliot)

54 Rafael ALVIRA, *El lugar al que se vuelve. Reflexiones sobre la familia*, EUNSA, Pamplona, 1998.

55 «Para ser divinos, para endiosarnos, hemos de empezar siendo muy humanos, viviendo cara a Dios nuestra condición de hombres corrientes, santificando esa aparente pequeñez» (San Josemaría, *Es Cristo que pasa*, n.172).

Índice

INTRODUCCIÓN	7
1. EL FESTÍN DE BABELLE	11
2. BELÉN, CASA DEL PAN, CASA DE DIOS	15
Dios busca constantemente alojamiento	15
Dios crea un hogar para nosotros	16
La novedad cristiana y el sentido de la Sagrada Liturgia	17
Belén, imagen de la Tierra entera	18
La familia, el hogar, la mesa	19
3. Y ESTABA ALLÍ LA MADRE DE JESÚS	21
Valor y sentido del vino en las celebraciones	21
La escena de Caná de Galilea	22
Sobreabundancia y excelencia de las obras de Dios	23
La santidad: el vino propio del Amor de Dios	24
4. UN HOMBRE DIO UNA GRAN CENA	26
El banquete: la forma más humana de comer	27
Comer solo es solo comer	27
En qué consiste el comer propiamente humano	28
5. SI CONOCIERAS EL DON DE DIOS	31
La sed de Dios	31
Una sed que calma la verdadera sed de las almas	32
Hambre de almas, almas hambrientas	33
6. MUJER CON AROMAS	36
Una comida, un fariseo, una pecadora	37
Amor manifestado en obras	38
El sacramento de la reconciliación	38
La enseñanza de Jesús	39
Vivir a la medida del Corazón de Cristo	40
7. UNA BUENA OBRA HA HECHO CONMIGO	42
El verdadero valor de las cosas	43
María como imagen de la actitud propia de una mujer cristiana	44
¿Quién encontrará una mujer así?	44

8. MARTA, MARTA	46
Marta y María	46
El trabajo profesional, camino contemplativo	47
El descanso, piedra de toque del trabajo contemplativo	48
Los trabajos manuales, modelo de todo trabajo profesional	49
Las tareas del hogar como paradigma de todo trabajo profesional contemplativo	50
9. VAMOS A CELEBRARLO CON UN BANQUETE	53
Pasar hambre es el principio de la conversión	54
El banquete de la alegría	55
Terneros cebados y cabritos	56
Preparar la comida adecuada al estado del alma	57
10. MULTIPLICACIÓN DE LOS PANES Y LOS PECES	60
Tiempo de primavera, tiempo de descanso	60
Sobreabundancia: la característica de las obras de Dios	61
Señal de la llegada del Mesías	62
Donde abundó el pecado sobreabundó la gracia	63
11. MI CARNE ES VERDADERA COMIDA	66
El pan, el alimento más básico	67
La sacramentalidad del pan	68
Comer mi carne, beber mi sangre	68
Qué se parece a qué	69
12. SU CORAZÓN ESTÁ MUY LEJOS DE MÍ	71
Comer con manos impuras	72
El lujo, la elegancia y la cortesía	73
La belleza que salva al mundo	74
13. ARDIENTEMENTE HE DESEADO COMER ESTA PASCUA	77
La mesa de Dios	77
La comida como el contexto más adecuado	78
Toda comida queda elevada por la comida de Dios	79
La entrega hasta el holocausto	80
14. LE RECONOCIERON AL PARTIR EL PAN	83
Estando juntos a la mesa	84
Entonces le reconocieron	84
¿Cómo le reconocieron?	85

15. BRASAS Y PEZ EN LA ORILLA	87
La comida como excusa y como ambiente	88
La comida como el ambiente más adecuado	88
Le reconocieron por su delicadeza	89
La delicadeza como rasgo de auténtica humanidad	89
16. MARÍA DE NAZARET	92
Sabores del hogar de familia	92
¿Quién es María de Nazaret?	93
Humanismo, no angelismo	94
¿Qué le gusta a Jesús?	95
Bendición de la mesa	96